



OBSERVACIONES SOBRE LA LENGUA SUECA

I

Habiéndose oído más de lo que suele oírse entre nosotros el nombre de Suecia, con motivo del premio concedido al señor Echegaray, creemos que será bien recibido de nuestros lectores el presente artículo, que se propone apuntar algunos datos acerca del idioma de aquel país, uno de los menos conocidos entre la comunidad europea.

Sigue en esto la suerte de la nación que lo habla, cuya historia sólo en determinados períodos se entrelaza con la de los demás países.

Lo está antes que con ninguna otra con la de Inglaterra; más tarde con la de Alemania y la de Rusia, figura el país un momento entre las grandes potencias y vuelve después, como en la ocasión presente, á su secular aislamiento. Sin embargo, la misma historia de España está enlazada con la de los escandinavos, porque de su país procedieron los godos, fundadores de nuestra nacionalidad. La historia propiamente escandinava comienza más tarde, porque esa familia étnica escribe antes páginas en las historias extranjeras que en la propia, y una rama llega á poner la planta en el continente americano para abandonarlo al fin y no volver á él más que representada por colonizaciones individuales ó familiares de las que no trata la historia. Esto no impide que sean los escandinavos pueblos eminentemente civilizados y dignos de estudio para etnólogos, filólogos y aun para los mismos historiadores, y que hayan resuelto problemas que aún están muy distantes de acertada y definitiva solución entre los pueblos del centro y del mediodía en la comunidad europea.

Si su relación con los pueblos meridionales se debió á cir-

cunstancias históricas de las que no se prevén ni se repiten, no sucede otro tanto con los pueblos germánicos, de los que son hermanos y que jamás los han desconocido. La misma relación que entre germanos y escandinavos existe entre sus lenguas; la famosa obra de Tácito *De moribus germáanorum* es un archivo de antigüedades para las dos ramas de tan extensa familia. También en las vicisitudes religiosas, ya antes, ya después del Cristianismo, tuvieron la misma suerte, y no es muy diferente su actual situación respecto á la cultura, como prueba el hecho de que los países hoy más adelantados en la instrucción del pueblo son Sajonia y Suecia.

Desconocida como es hoy la primitiva lengua de los arios, desde que se ha negado esta calificación al sánscrito, han adquirido mayor importancia y se miran con más interés los troncos secundarios de que proceden los actuales idiomas europeos, el latín, el antiguo eslavo y el teutónico, del que igualmente provienen las lenguas germánicas y escandinavas. En los estudios prehistóricos tienen igualmente innegable importancia los que se han hecho en Dinamarca, y en sus museos es preciso estudiar mucho de lo que sobre el arte *prehistórico ó protohistórico* importa conocer á las naciones meridionales. Del conocimiento de las lenguas germánicas se pasa fácilmente al de sus hermanas de la Escandinavia, las cuales, á su vez, presentan extraordinario parecido.

Desgraciadamente, aunque dotados de gran sentido jurídico y político, los escandinavos en este punto de política y gobierno han descuidado el de la fraternidad y la unión y están repartidos en distintas nacionalidades. Dinamarca ha perdido los pueblos alemanes que estaban sujetos á su dominación; pero ha perdido definitivamente á Noruega, que tantos siglos había compartido sus destinos. Las tres coronas son una mera representación gráfica en el blasón de Suecia. Las colonias que los escandinavos conservan en otros países del mundo carecen de importancia, y en Europa misma apenas se consulta su parecer en los asuntos que á la comunidad interesan. Los Oxenstiern y los Struensée de este tiempo no se ven por ninguna parte; cuando Dinamarca se vió atacada por todas las fuerzas de Alemania, permanecieron inactivas Suecia y Norue-

ga, y la influencia escandinava en países tan separados del centro de la vida europea como Islandia y Groenlandia es para el resto del mundo como si no existiera.

Nada de eso, sin embargo, impide que disfruten de paz y que indudablemente progresen. Aprovechan admirablemente los recursos que á la minería, agricultura y navegación ofrece su territorio más y mejor que otros de más bonancibles climas. Hoy todavía, ninguna gran transformación podría hacerse en el Norte de Europa sin contar con ellos. Ayer todavía, las naciones que en el Báltico traficaban se veían obligadas á pagar el impuesto por el paso del Sund á los daneses. El Rey de Dinamarca ha logrado ver sentados á sus hijos en los principales tronos de Europa, y nombres de sabios daneses, noruegos y suecos han figurado siempre entre los de fama europea. La elección de nombres de todos los países para la concesión del premio Nobel prueba que allí se conoce perfectamente quiénes son los primates de la ciencia y literatura europeas. En las Universidades de Escandinavia se estudian nuestra lengua y literatura, y escritores como Munthe, emulando en sus investigaciones á los mismos alemanes, hacen objeto de su investigación los dialectos españoles, y nuestra generación no ha olvidado todavía que otro sabio sueco, Lorichs, Embajador de su patria en Madrid, estudió, con tanto interés como hubiera podido hacerlo un español, nuestras antiguas monedas.

Por lo que á nosotros se refiere y una vez que tratamos este asunto, diremos que siempre han llamado nuestra atención en historia y en filología los países escandinavos, y en el segundo concepto el estudio de sus lenguas. Al sabio escritor sueco Olivekrona, bien conocido de los que cultivan las ciencias jurídicas, debemos pruebas de estimación y amistad, que hubieran bastado para despertar una afición antigua ya en nosotros y que no había menester de semejante estímulo. Aprovechamos, pues, con gusto la presente ocasión, de las que pocas veces se presentan, correspondiendo á la prueba de aprecio que la nación sueca nos ha dado, para decir algo acerca de su lengua.

II

Si grandes son las semejanzas de las lenguas germánicas entre sí, son superiores á toda ponderación las que se observan en el grupo escandinavo, y tanto que la aventura de Pagan el héroe de una novela de Julio Verne, que aprendió el portugués creyendo aprender el español, pudiera muy bien reproducirse en el estudio de aquéllas. En cuanto á la gramática, la lengua sueca nos recuerda más la inglesa que la alemana, porque no nos presenta las dificultades de esta última. Es el reverso de la lengua francesa y se parece á la inglesa en no pintar acentos. Claro es que sin ellos en la pronunciación no hay lengua alguna; pero en la escritura bien pueden omitirse. Nótase en la pronunciación del sueco un elemento musical desconocido en otras lenguas europeas, aun de la misma familia. En los cantos suecos que hemos oído era regular que hubiese esa melodía; pero sin necesidad de él y aun en la misma recitación de las frases resulta muy perceptible. Una de las dificultades del sueco nace precisamente de esa circunstancia, porque hay palabras iguales en la escritura y que pronunciadas dan significados muy diferentes. En cuanto á la distinción entre sílabas largas y breves, más se parece el sueco á las lenguas antiguas que á las modernas, en las que hemos llegado á no entendernos cuando se trata de la cantidad y del acento.

Parécese á las germánicas, al inglés, sobre todo, en no dar á las vocales el sonido que nosotros creemos propio de ellas. Ninguna lengua tiene el alfabeto que debiera tener y el sueco no se libra de esta imperfección, común á todas, y que si bien confesada por todos y conocida desde la primera lección gramatical que se recibe, no tiene fácil remedio. Esta imperfección del alfabeto es causa de que se acuda en sueco á signos complementarios que los naturales del país no necesitan y que poco ó nada sirven para guiar en la pronunciación á los extranjeros. El sueco guarda para la *Y* el sonido de la *u* francesa. La *G* y la *N* tienen cuatro muy diferentes.

Tiene el sueco, lo mismo que el inglés, artículos definido é

indefinido; pero este último se coloca, no al principio, sino al fin de la palabra á que se refiere. Grande es la extrañeza que á muchos pueblos produce esta posposición, lo mismo que la de las preposiciones que en algunos idiomas se observa. Este artículo es la sílaba y palabra *en* para los nombres masculinos y femeninos y *att* para los neutros.

Existe la declinación por casos, pero muy imperfecta. El genitivo, como en alemán, se indica por una *s*, que los ingleses han conservado con el nombre de genitivo germánico, al abandonar la verdadera declinación clásica por la que se sirve de preposiciones.

Conócense tres géneros: masculino, femenino y neutro, observándose las anomalías, de las que sólo se ha librado el inglés, como en otra ocasión dijimos. Así los nombres de lagos, bosques y ríos son masculinos. Muchos nombres geográficos son del género neutro.

Parécese la lengua sueca al alemán en la variedad de terminación de los plurales en *n*, en *ar*, en *or*, en *er*, según los casos. También se registran muchos nombres indeclinables:

Los adjetivos tienen género y número, aunque esto, que desaparece en inglés, ya no tiene gran importancia en la lengua sueca.

De algún tiempo hasta el nuestro se concede gran importancia al estudio de los numerales, y en verdad se han hecho sobre este punto observaciones curiosísimas. He aquí los suecos en la clase de los cardinales, nombre ya consagrado por los gramáticos, y que se ha tomado de aquellas lenguas en que éstos son el modelo sobre que se forman los ordinales.

Uno—En, Este es, como ven nuestros lectores, el artículo. Es natural que el cardinal *uno* hiciese de artículo definido y en realidad todos los cardinales hacen oficio de artículo.

Dos-Tva, tv, tvenne.

Tres-Tre, trenne.

Cuatro-Fyra.

Cinco-Fem.

Seis-Sef.

Siete-Sju.

Ocho-Atfa.

Nueve-Nio, nie.

Diez-Tio, tie.

Once-Ellofva, elfva

Doce-Tolf.

Es notable lo que se ve en estos dos numerales en muchas lenguas, puesto que no se forman como los demás de la primera decena hasta veinte. No parece sino que la numeración se formó por etapas. Los profesores que publicaron en Nueva York la curiosa obra titulada *El inglés sin maestro* explican el *eleven* y el *twelve ingleses*, diciendo que en el antiguo sajón significan *diez más uno* y *diez más dos*:

Trece-Tretton.	Veinte-Tjago.
Catorce-Fjorton.	Treinta-Trettio
Quince-Femton.	Cuarenta-Fyrtio
Diez y seis-Sexton.	Cincuenta-Femtio.
Diez y siete-Sjattton.	Sesenta-Sextio.
Diez y ocho-Adetton.	Setenta-Sjuttio, etc.
Diez y nueve-Nitton.	

Las variaciones en *tton* para la segunda decena y en *tio* para las demás corresponden á las sílabas *ten* y *ty* de la numeración inglesa.

Ciento-Hundra (inglés *hundred*, al. *hundert*).

Los ordinales se forman añadiendo al nombre del cardinal las sílabas *emte*, *onde*.

Los pronombres personales son:

Yo-Yag.	Nosotros-Vi.
Tú.Du.	Vosotros-I.
El-Han.	Ellos, ellas-De.
Ella-Hon.	

Como en muchas lenguas, aun en las que han perdido la verdadera declinación, se observan casos y flexiones en los pronombres, sobre todo en los personales.

Hay un pronombre indefinido *man*, como entre los alemanes. En realidad el *on* francés no es más que una variación de *homme*, hombre, como han demostrado los historiadores de esta lengua.

Sólo existe un pronombre demostrativo, *denne*. El inglés, como es sabido, no tiene más que dos, *this* y *that*, y aun éste

sirve también de relativo. El lujo de tres pronombres demostrativos queda para otra familia de lenguas.

El pronombre relativo *hvilken* y sus variaciones y flexiones nos explican perfectamente las del inglés *which, what*, recordándonos hasta su material escritura.

El verbo de las lenguas germánicas y escandinavas se distingue por su extrema sencillez, sin que por ella se caiga en el inconveniente de no expresar todos los matices de la acción.

Hay lenguas que despliegan un lujo extraordinario al conjugar sus verbos, sin que corresponda su cultura literaria á esa gramática, y otras de pueblos muy cultos que para nada sienten la pobreza de sus verbos.

El uso de los auxiliares podrá indicar pobreza de recursos, pero por una parte es muy adecuado al carácter analítico de las lenguas modernas y, aunque de modo ordinario, tampoco era desconocido en las antiguas. Y en cuanto á la pasiva, abandonadas las formas especiales del griego y del latín, hemos seguido las formas germánicas gran parte de los pueblos europeos. Los verbos irregulares, de los que se contaban pocos en latín, abundan en inglés y en sueco, y en castellano más que en ninguna otra de las lenguas neolatinas.

Es notable en sueco la existencia de los verbos deponentes, cuyo concepto es generalmente conocido por el estudio de la lengua latina. Parece que al formarse esta clase de verbos se fijó más la inteligencia en la forma pasiva que en la activa, y por eso quedó aquélla en uso, y también es de advertir que en algunos se vaciló mucho tiempo entre las formas activa y pasiva antes de adoptarse la segunda definitivamente.

Es notable en las lenguas germánicas y escandinavas la falta de distinción entre los pretéritos perfectos, imperfectos y pluscuamperfectos. Nosotros, que tenemos esa diferencia bien marcada, la señalamos fácilmente en la traducción, atendiendo al sentido especial de la frase y á la comparación del tiempo de las dos acciones que aparecen contrapuestas al usar dichas formas del verbo.

El uso de los auxiliares para la formación de los tiempos guarda exacta analogía con la lengua inglesa. El verbo *hafva* equivale al *to have*; *vara* al *to be*, en que aparece la misma raíz

del sueco en el pretérito; *ma* al *may*, *skola* al *shall*, con las mismas significaciones que éstos. Las terminaciones varían poco, lo mismo que en la conjugación.

Conócense tres conjugaciones que se distinguen, no por el infinitivo, sino por el participio, terminados respectivamente en *at*, en *t* y en *it*. La voz pasiva se conoce en sueco por algunas especiales desinencias, aunque también puede formarse como la nuestra, con el verbo sustantivo.

En la conjugación negativa se observan las mismas particularidades que en la inglesa, sustituyendo al *not* el *icke*.

Llaman los gramáticos suecos verbos *diminutivos* á los que presentan atenuada ó disminuída la acción del verbo de que se derivan y contribuyen á dar á la frase novedad, elegancia y en algunos casos cierta energía. En latín los pocos que existían se formaban con la preposición *sub*, como vemos en aquel verso:

Olli subridens hominum sator atque deorum.»

Y en castellano con la partícula *son*; sonsacar, sonreir, ó *sos*, como en *sospesar*; partículas que fueron de estos casos, ni se usan ni ofrecerían ningún sentido.

Algunas formas poco usadas, como la *st* de las segundas personas del pretérito de indicativo, manifiestan un estrecho parentesco entre el inglés, el alemán y la lengua sueca. Otra semejanza muy señalada es la separación en los verbos compuestos de la preposición y del verbo simple, pudiendo colocarse aquélla al fin de las oraciones, lo que no podría hacerse en griego ni en latín ni en las lenguas que de ésta se derivan. Se ha observado que las partículas (adverbios, preposiciones y conjugaciones) difieren entre sí más que otras palabras en las lenguas más afines. No se falta á esta ley en sueco. Las interjecciones, al contrario, en casi todas las lenguas son parecidas.

Del estudio de las lenguas germánicas dedujo Grimm la famosa ley que en filología comparada lleva su nombre, y, en efecto, en ellas casi siempre se cumple, aunque tal vez, extendiéndola á otros grupos, se le ha dado más importancia de la

que merece. Si se estudian las palabras suecas monosilábicas, es fácil ver su parecido con las lenguas germánicas, alemán é inglés; concretándonos sólo á éstas, presentaremos algunos ejemplos:

- Vrak-et-Compárese con shipureck, naufragio.
 Tal-et, discurso, *to tell*, decir, *tale*, cuento.
 Hat-et, odio, *to hate*, francés *haine*.
 Band-et, cinta, *to bid*, francés *ruban*.
 Land-et, tierra, inglés y alemán *land*.
 Fall, et, caída, inglés *to fall*, caer.
 Salt-et, sal, inglés, *salt*.
 Passet, desfiladero, inglés, *to pass*.
 Aifo-et, herencia, alemán *Erben*, inglés *heir*.
 Warf-et, astillero, inglés *warf*.
 Lamme-et, cordero, inglés *lamb*.
 Straff-et, castigo, alemán *strafen*.
 Vax-et, cera, inglés, *wax*.
 Stad-en, ciudad, alemán *stadt*.
 Graf-en, sepulcro, inglés *grave*.
 Smake-en, gusto, alemán *gesmacht*.
 Lag-en, ley, inglés *law*.
 Dag-en, día, alemán *tag*, inglés *day*.
 Dal-en, valle, alemán *thal*, inglés *dale*.
 Sand-en, arena, inglés *sand*.
 Strand-en, ribera, inglés *strand*.
 Kalf-en, ternero, inglés *kalf*.
 Sparf-en, gorrión, inglés *parrow*.
 Kamm-en, peine, inglés *comb*.
 Kraft-en, fuerza, alemán *kraft*.
 Del-en, parte, alemán *theil*.
 Spel-et, juego, alemán *spiel*.
 Bref-et, carta, alemán *brief*.
 Sten-en, piedra, alemán *stein*, inglés *stone*.
 Hemmet, casa, alemán *heimath*, inglés *home*.
 Bi-et, abeja, inglés *bee*.
 Lemb-en, miembro, inglés *limb*.
 Lif-et, vida, inglés *life*.
 Kid-et, cabrito, inglés *kid*.
 Knif-en, cuchillo, inglés *knife*.
 Strid-en, combate, inglés *strife*.
 Spis-en, comer, alemán *speis en*.
 Is-en, hielo inglés *ice*.
 Skinn-et, piel, inglés *skin*.
 Ring-en, sortija, inglés *ring*.
 Ro'u, calma, alemán *ruhe*.
 Blod-et, sangre, alemán *blut*, inglés *blood*.
 Mord-et, homicidio, inglés *murder*.
 Jord-en tierra, alemán *Erde*, inglés *earth*.
 Horn-et, cuerno, alemán é inglés *horn*.
 Fot-en, pie, alemán *fusz*, inglés *foot*.
 Rot-en, rai, inglés *root*.
 Huset, casa inglés, *house*.
 Djup-et, profundidad, inglés *deep*.
 Ur-et, reloj, alemán *uhr*.

Así podríamos continuar una larga lista de comparación de monosílabos. En muchos el inglés es la palabra sueca sin el artículo, y es frecuente la comprobación de la ley de Grimm.

El Sr. Amor Ruibal, canónigo de Santiago, en su hermoso libro *Problemas fundamentales de la filología*, una de las pocas obras notables que sobre esas materias se han publicado recientemente en España, estudiando el probable origen de los dialectos, dice que no se explica su existencia más que por variantes al principio individuales que concluyen por hacerse regionales y después aparecen con sello literario en los escritos ó siguen viviendo únicamente en boca del pueblo. Admisible nos parece esta doctrina, á pesar de su carácter general, como se desarrolla en el tomo II de la obra citada, y entendemos que también podría aplicarse á la formación de los verbos irregulares, tanto más, cuanto que los de esa especie, por ser los más usados, parece como que se desgastan y transforman por la misma frecuencia de su empleo. Los verbos de formación culta ó erudita no son irregulares.

Muchos de la lengua sueca lo son, lo mismo que sus correspondientes ingleses. Skola, deber (Shall); bringa, llevar (bring); göro, hacer; spörja, (speak), säga, decir (say); sälja, vender (sell); tälja, nombrar (tell); ga, ir (go); se, ver (see); förgäta; olvidar (forget); sjunga, cantar (sing); äta, comer (eat), hablar y algunos otros. Lo que acaba de completar la semejanza es que los mismos tiempos en que se nota la irregularidad en inglés, el pretérito de indicativo y el participio de pretérito son los que la tienen en sueco.

La lengua de que tratamos es algo diferente en la conversación y en los escritos, conviene á saber, en la forma oral se prescinde, aun por las clases ilustradas, de muchas reglas de la gramática. En todas ocurre más ó menos lo mismo, y por tanto, para que los gramáticos mencionen especialmente esta circunstancia, debe ser más señalada que en otros idiomas la diferencia. En Dalecarlia y en la isla de Gotland se nota hasta en la acentuación de las palabras y mucho más en Finlandia, antigua posesión de Suecia que, como saben nuestros lectores, forma hoy parte de Rusia, y ha perdido recientemente los últimos vestigios de su autonomía.

III

La antigua literatura de los escandinavos tiene extraordinaria importancia para la historia secular y religiosa del continente europeo. Cuando los dioses griegos y latinos habían caído de sus marmóreos pedestales, comienzan á brillar, si bien con fulgores de incendio, los septentrionales mitos: Mercurio depone su caduceo y empuña Thor el martillo, Zeus apaga sus rayos y Odin extiende sus dominios del Norte al Mediodía; la mitad de Europa vive de los recuerdos de Roma y la otra mitad se inspira en las tradiciones de más allá del Rhin y el Elba. Muchas naciones se sujetan á los normandos y los reyes del mar, los *iarls* escandinavos se extienden, aunque por opuestos derroteros, por tantas tierras como los antiguos fenicios. Cuando la predicación de San Auscario convierte al cristianismo aquellos países, estrechando un vínculo más de comunicación con el Mediodía; cuando de los puertos del Báltico salen navíos que obedecen á las leyes hanseaticas, y cuando las antiguas creencias de los Eddas penetran en Alemania, ya entran de lleno aquellos pueblos en la comunidad europea; los días de la semana que con sus nombres recuerdan para media Europa dioses greco-romanos, para otros pueblos reproducen los de los compañeros de Odin, y Alemania misma simboliza sus glorias en el Valhalla, más escandinavo que germánico. Uno de los Reyes de Castilla busca en Dinamarca la partícipe de su tálamo y envía al Rey una solemne embajada en que figura Santo Domingo. Hubo un tiempo en que la *Estrella Polar* brilló en el horizonte de Europa mucho antes de Gustavo Adolfo y de Cristina.

Á esta época sucedió, sin embargo, otra de aislamiento en que se debilitó considerablemente el poder escandinavo, y tanto que en Dinamarca se conocieron guerras ente la corona y los obispos de la diócesis vecinas á las fronteras del reino. El protestantismo se fundó en el poder militar de aquellas potencias desde Cristiano II, el *Nerón del Norte*, y mucho más durante la guerra de los treinta años y en el período llamado sueco.

Lucharon más tarde las dos influencias alemana y francesa, ganando ésta la corte y aquélla las demás clases sociales y las Universidades, llegando como en Rusia á debilitarse el genio nacional. Los sabios suecos escribían en latín como Linneo y en latín se escribían las *Amenitates Academicæ* y las memorias de los literatos y de las Sociedades científicas. En vano, según el historiador de Gustavo Wasa, se había propuesto el héroe restaurador de la nacionalidad proscribir los estudios clásicos en plena edad del Renacimiento.

Hoy entre los escandinavos, lo mismo que entre los alemanes, se conservan estos conocimientos sin perjuicio de los propios de la nación; y mientras los del Mediodía hemos renunciado al saber clásico, no le abandonan aquéllos, con lo cual se perfeccionan sus propios idiomas (1).

Nosotros no conocemos tanto á Ibsen como los literatos escandinavos á nuestros grandes autores antiguos y modernos,

(1) El estudio de las lenguas escandinavas ofrece en mayor ó menor grado el interés que todas las vivas, pero en el terreno de la historia más que muchas, porque son el archivo en que se guardan tradiciones igualmente interesantes que las romanas para el conocimiento de la historia de Europa á fines de la Edad Antigua y principios de la Media.

En ese período todas las historias de Europa son muy deficientes. La de España, en lo que se refiere á los godos, no es la que menos necesita de nuevas investigaciones. Debemos hoy hacer, porque así lo exige la crítica, lo que no hicieron los mismos historiadores contemporáneos de los visigodos, francos, lombardos y sajones. Ahora bien, esos datos se encuentran en los *runas* de los escandinavos, en sus poemas sagrados y en sus cantos de guerra.

Como falsificó Macpherson los poemas de Ossian, sobrecargando de ficciones algunas reminiscencias y datos verdaderos, así ha podido falsificarse y tal vez se ha falsificado lo que tenemos por historia de aquellos tiempos. Tenemos por única guía el ya citado libro de Tácito, que no nos habla de todos aquellos pueblos. Ahora bien, esto, que en otras épocas pudo ser bastante, es mucho menos de lo que se requiere en la nuestra.

Del estudio de las lenguas se pasa fácilmente al de la verdadera y crítica historia, porque por más que varíen con el transcurso de los tiempos, siempre son huertos sellados con abundancia de flores y como vasos sagrados, en que se conserva el espíritu nacional de los pueblos.

y si Andersen se lee hoy en casi todas las lenguas de Europa, esto se debe lo mismo que á su propio mérito al carácter particular de sus escritos. Sin el conocimiento de las lenguas extranjeras no podremos dominar sus literaturas, ni aun darnos cuenta de ellas. Afortunadamente nos encontramos al principio de una época de renacimiento en esos estudios, que deseamos continúe y se acentúe cada vez más, aunque únicamente sea para corresponder con el mismo aprecio que nos manifiestan á los literatos extranjeros.

ANTONIO BALBÍN DE UNQUERA.

LOS COSACOS

En artículos anteriores he hecho brevemente alusión á la dominación tártara en Rusia. Durante aquella época los cosacos empiezan á hacer un papel en la historia nacional.

La voz cosaco es de origen turco tártaro. En turco significa un bandido; en tártaro, un guerrero ligeramente armado. Como veremos luego, los cosacos de la antigua Rusia tienen este carácter doble.

Una gran parte de la historia de los cosacos, y en particular la que á sus comienzos se refiere, está llena de contradicciones. Algunos eslabones faltan en la cadena histórica; otros no son suficientemente fuertes.

En el siglo X encontramos á varios príncipes rusos guerreando contra los kosagues ó kasagues establecidos en la región del Don Bajo, de la embocadura del Volga y del Norte de las provincias caucáseas. Hay que recordar aquí que una comarca del Cáucaso lleva en nuestro tiempo el nombre de Kasajia. Sin embargo, no está comprobado que haya enlace entre los kosagues y los cosacos. Según piensan muchos escritores, la semejanza entre sus nombres no tiene valor alguno. El modo de ser de ambos ofrece, es verdad, una analogía marcada; pero eso no prueba que fuesen de la misma raza. Créese que recibieron el nombre de kosagues—el cual no es tal vez otra cosa que una forma antigua ó corrompida del cosaco—á causa de su bandolerismo.

En casi toda la historia de los cosacos vemos una mezcla de elementos diversos y á veces disparatados, y un movimiento continuo de población de una parte á otra de Rusia. Ahora una rama de la familia cosaca compone un conjunto unido y homogéneo; más tarde encontramos una sección de ella disemina sola, mientras la otra pertenece á un grupo lejano. Este

ramal en tal época se hace dueño de tal provincia; andando el tiempo le hallamos en otra y viviendo bajo un régimen distinto. No es una verdadera división de la gente cosaca; consiste en una mezcla, á la cual hase dado un título colectivo.

Á eso añadamos que siempre existió gran diversidad de costumbres y tradiciones debidas á condiciones geográficas, climatológicas, etc. En suma, sea bajo el concepto etnográfico, como bajo el de la organización y de la historia política propiamente dicha, los cosacos no forman un tipo distinto y uniforme.

No resulta fácil averiguar de dónde proceden los cosacos. Los de Ukraina ó Rusia del Sur son, sin duda, de abolengo ruso, hijos de rusos que huyeron á los vastos llanos meridionales, ya para escapar al castigo que merecían sus fechorías, ya para entregarse á aventuras. Respecto á otros muchos cosacos, es difícil hablar con este mismo grado parcial de certeza. Basta, pues, con manifestar que tuvieron desde sus principios un carácter más ó menos militar en aquella época.

Á fin de dar una idea más justa y comprensible de ellos como colectividad, se hará un cortísimo compendio histórico de sus principales divisiones. Histórica y etnográficamente se dividen en los del Dnieper y en los del Don.

Á los pocos años de la guerra de Crimea, 1854-55, Muravief-Amurski, una de las figuras que más sobresalen en los anales de la Rusia asiática, despojó á la China de la provincia del Amur. Necesario fué organizar un cuerpo destinado á defender la nueva frontera. Así es que en 1859 se formaron los cosacos del Amur. Antes que haya acabado el conflicto ruso-japonés se hablará mucho quizá de Vladivostok, el gran apostadero en el Pacífico. Vladivostok es la capital del Usuri, país que ha dado su nombre á un otro cuerpo de cosacos. Los cosacos del Transbaikal existen desde 1815 y los de Semeretschinisk, que habitan en el Sureste del lago Baljash desde 1867. Más antiguos que todos éstos son los de Siberia, descendientes de aquellos hombres que, rechazados en el siglo XVI del Sur de Rusia por un ejército moscovita, se establecieron en Siberia bajo el mando de Yermak. Corriendo el tiempo se apoderaron de la mayor parte de esa re-

gión. De vez en cuando el Gobierno aumentó la población por medio de desterrados políticos, gentes más ó menos criminales, y polacos que sin buen éxito habían luchado cuando la triple repartición de Polonia, sin contar otros elementos algo incóngruos.

En 1691 aparecen los cosacos de Astracán por primera vez. Al contrario de los demás, deben su origen á causas religiosas: nacieron del descontento ocasionado por las reformas llevadas á cabo por Pedro el Grande. Fueron pacíficos, pero cortos de entendimiento.

Pocos datos poseemos acerca de la formación de los cosacos del Don en el siglo XV; sin embargo, sabemos que realizaron progresos rápidos. Ofrecen un contraste notable con sus vecinos de Astracán. Combatieron á rusos, turcos y tártaros, y su historia, hasta su incorporación al estado moscovita, no es más que una larga serie de guerras y de rapiñas. Ya sabemos que los rusos sostuvieron activas relaciones comerciales con el Levante, las villas Hanseáticas y la Escandinavia (1). Á menudo caravanas rusas cayeron en manos de aquellos bandoleros que vendieron como esclavos á sus cautivos ó les mataron sin compasión. Luego, montados en sus ligeros esquifes, devastaron las orillas del Volga y aun las costas de Asia Menor. Desde 1718 los tsæres empezaron á imponer su autoridad sobre ellos y en 1841 los últimos restos de su autonomía desaparecieron por completo.

Una rama de esta familia lleva el nombre de cosacos de los Urales. Dueños de un país rico en pastos y ríos, como lo es el que se extiende de Oremburgo al mar Caspio, se dedicaron de un modo especial á la pesca y á la cría del ganado. Movidos menos por propensiones belicosas que por el deseo de trastornar el estado de cosas instituído por Pedro el Grande y consolidado por sus sucesores, tomaron parte en todos los movimientos insurreccionales del siglo XVIII.

Los cosacos del mar Negro son de origen mezclado. Recibieron su organización militar en 1792. El tsar los estableció

(1) Véase *Las antiguas repúblicas rusas*, en la REVISTA CONTEMPORÁNEA DE Marzo 15.

en el Kuban, distrito al noreste del mar Negro. Allí constituyeron, con los Terek, una especie de vanguardia contra las tribus del Cáucaso. El Kuban gozó de una especie de autonomía y adquirió el nombre de Ciscaucaso.

Los atrevidos montañeses del Cáucaso no fueron los únicos enemigos contra los cuales tuvieron que luchar: el Kuban es pantanoso, y las fiebres hicieron numerosos estragos, principalmente entre los elementos que el gobierno implantó en el país. Veinte mil personas murieron en unos pocos años.

Hacia la mitad del siglo XV encontramos á los cosacos del Volga al servicio de la Horda de Oro, una ramificación de la familia cosaca, pero más bien tártara que rusa. No sabemos bien qué procedencia tienen los cosacos del Volga. Parece verosímil que vienen de los del Don con una mezcla de personas de tipos diversos. Un siglo más tarde, cuando los príncipes de Moscou llegaron á expulsar de Kazán y Astracán á la Horda de Oro, los cosacos del Volga consiguieron su independencia. La aprovecharon robando las caravanas rusas en los vertientes del Volga superior. El mar Caspio fué asimismo el teatro de sus hazañas. Un ejército moscovita fué encargado de poner término á tantos desmanes. Una porción de los vencidos bajo Yermak marchó á la conquista de la Siberia; una segunda se refugió cerca del mar Caspio; una tercera quedó en el país y compuso con inmigrados del Don y de Ukraina el núcleo de los verdaderos cosacos del Volga. Un *ukás* de 1737 les reconoció. No dejaron por eso de ser turbulentos. Apoyaron, entre otras, la sublevación de Pugachef, tan notable en el reinado de Catalina II. Fracasada aquélla fueron trasladados á la frontera caucásea y sometidos á una rigurosa disciplina militar. Un número reducido de ellos, á quienes se permitió quedarse á orillas del Volga, se unieron en 1804 á sus vecinos de Astracán.

Los cosacos más conocidos y acaso más interesantes son los de Ukraina. Resulta difícil emitir un juicio definitivo sobre ellos. Varios escritores los representan como bandidos, mientras sus apologistas los pintan como una hermandad casi política, casi religiosa. Estas apreciaciones contradictorias nos hacen creer que tuvieron algo de este carácter doble. Lo cier-

to es que desempeñan en la historia rusa un papel mucho más importante que todos los demás cosacos. Sus principios coinciden con la dominación tártara.

En aquella época la casi totalidad de Ukraina fué despoblada. Un cierto número de individuos, los más de ellos aventureros de todas clases, viniendo de varias partes de Rusia, convirtieron el país en una especie de colonia. Desde entonces los ucrainos vinieron á ser el blanco de los ataques de rusos, turcos, tártaros, polacos y otros cosacos, y á veces los aliados de los unos contra los otros. No obstante, los polacos resultaron sus mayores enemigos. Dícese que tomaron bajo su protección las caravanas que iban de una parte á otra entre las grandes ciudades rusas y los puertos del mar Negro. Apenas existe confirmación de tal hecho; pero sí está comprobado que en los siglos XVI y XVII se dieron á la piratería en las costas del Asia. Los turcos construyeron dos fortalezas, Kinburn y Otchakof, á la entrada del Dnieper, que cerraron además por medio de cadenas. Pero estas medidas no impidieron que los piratas continuaran sus excesos. Constantinopla se vió amenazada de nuevo, y Sinope, Trapisonda y otras poblaciones del litoral volvieron á caer en su poder.

Expliquemos aquí que dos de los hombres más notables en el mundo cosaco se relacionan con la Ukraina. Uno de ellos Khumieltski, el otro Mazepa. El primero ha venido á ser un héroe de leyenda. Figura mucho en los *dumi*, ó cantos populares heroicos de los campesinos malo-rusos. Hijo de un oficial, nació en el año de 1593. En su juventud estudió en las escuelas de los jesuítas, é hizo varios viajes. Apenas entró en el ejército, cayó en manos de los turcos. Se quedó dos años en Turquía y consiguió poseer su lenguaje. De regreso á su país, avanzó rápidamente. El descontento suscitado por las exacciones de Polonia llegaba entonces á su colmo. Kmielnitski, elegido atamán, y adversario determinado de la soberanía polaca, resolvió obrar con vigor. Su astucia le permitió apreciar que las rivalidades sin fin entre polacos y rusos debían de terminarse con ventaja de éstos, y que el poderío creciente de Rusia acabaría con la anexión de su patria al imperio de los zares. Más valía, pues, entrar en el Estado ruso de

aliado y vencedor de la Polonia que de enemigo derrotado por las armas.

Ganó tres victorias importantes sobre los polacos en 1748; pero al mismo tiempo emprendió secretamente negociaciones con el tsar. Nuevas victorias de Khmielnitski pusieron al rey de Polonia en la obligación de reconocer á su vencedor de atamán y de restituir á los cosacos sus antiguos privilegios. Sin embargo, la paz fué de corta duración. Una segunda guerra más larga y ensangrentada que la primera hizo perder á los ukraïnos casi todas las ventajas de sus triunfos anteriores. Apoyados secretamente tal vez por Rusia, entraron en campaña por tercera vez y lograron un éxito completo. En 1654 la Ukraïna fué reunida á Rusia. Khmielnitski murió tres años más tarde.

Los rasgos principales de la vida de Ivan Stepánovich Mazepa son demasiado conocidos para que sea preciso repetirlos aquí. Contentémonos, por lo tanto, con recordar que la victoria de Pedro el Grande en Poltava tuvo por consecuencia la pérdida de los privilegios especiales de los cosacos.

Mientras un cierto número de ukraïnos no abandonaron á su país, otros solicitaron de los turcos una hospitalidad que éstos concedieron, tanto más gustosamente cuanto los vencidos se declararon dispuestos á reanudar las hostilidades en el momento que una ocasión propicia se ofreciere. No obstante, Rusia no se conformó con perderlos para siempre. La emperatriz Ana les invitó á regresar. Restablecidos en su país, se manifestaron refractarios de nuevo.

Después de algunas contiendas huyeron á la Crimea. Cuando fué conquistada ésta por los rusos, se vieron deportados á Kuban é incorporados á los cosacos del mar Negro. Una pequeña sección que se fijó en Bulgaria después del desastre de Poltava, volvió en 1828 á Rusia en tiempo de Nicolás I, quien la convirtió en una especie de guarda-costa del mar de Azof. En 1865, Alejandro II la incluyó en los cosacos del Don.

Echemos ahora una rápida ojeada sobre la manera de ser de los cosacos de Siberia, del Don y de Ukraïna. Los cosacos siberianos se dividen en ciudadanos y campesinos. Los primeros componen el núcleo de una colonia militar algo parecida á las organizadas por los romanos en varias partes del

Oriente. Teniendo en cuenta la influencia que ejerció Roma en muchas comarcas vecinas de la Rusia moderna, y que los cosacos consideran originarias de esas mismas comarcas, púese suponer que la organización cosaca, en general, no es otra cosa sino una modificación del sistema de colonización militar introducido por Roma.

Esto se nota, por ejemplo, entre los paisanos de la Siberia, del Amur y del Fransbaikal. Antes que todo, son pequeños propietarios sometidos á una rigurosa disciplina, y encargados de proteger los confines rusos contra la China, así como los legionarios establecidos en la Dacia tuvieron la misión de defender los del imperio contra las incursiones de los bárbaros del Norte.

La antigua organización de los cosacos del Don ofrece puntos de interés. Su capital, Fcherkask, construida en los pantanos á algunos 60 kilómetros de Azof, les dió á veces el nombre de Fcherkaski. Dúdase que estuvieran unidos al principio. Suponemos que durante largo tiempo se dividieron en un número de bandas, cada una al mando de un jefe distinto, y que por lo general, el cosaco entró en la que más probabilidades de botín ofrecía. En el siglo XVII, sin embargo, el gobierno central se halló constituido en Tcherkask; pero cada distrito conservó cierta independencia local. Al frente de todos vióse el voiskovoi atamán ó jefe del ejército.

Esta palabra atamán procede del alemán *Hauptmann*, capitán militar, y pasó á la lengua rusa, gracias á la influencia polaca, adquiriendo al mismo tiempo un sentido más lato.

Todo hombre capaz de llevar las armas tuvo entrada al voiskovoi sokrug, ó sea junta de guerra. Pudo emitir su opinión y oponerse á la de su vecino. El voiskovoi atamán llevó la presidencia. La junta eligió, al iniciarse una campaña ú operación militar cualquiera, á un *pojodni* atamán ó jefe de campaña. Los más de los cosacos pudieron aspirar á los más altos cargos: las cualidades necesarias para ello eran la osadía, la bizarría y la buena suerte. Desde 1718 los tsares se arrogaron el derecho de nombrar al atamán supremo. Esto fué el primer paso en la dirección de la organiznción vigente.

En la mitad del siglo último pasado la tierra, hasta entonces

propiedad común, fué dividida. Cada hombre libre recibió 30 *desiáttinas* (27 hectáreas) y cada siervo 15.

Á partir del primer momento la organización de los ukraínos tomó un aspecto diferente á la de los demás cosacos. Hubo, por decirlo así, una población doble; la primera parte compuesta de los aventureros ya citados, y la segunda de los colonos colocados por los *pans* ó señores polacos, que acababan de someter esta porción de Rusia. Ambas divisiones llevaron vidas distintas. Los sujetos de la primera, todos solteros, se constituyeron en una especie de hermandad medio militar y medio religiosa. Habitaron en las ciudades. Los de la segunda poblaron los pueblos, al mismo tiempo que sus siervos vivían en las dependencias de las colonias durante el invierno y el otoño, y durante las demás temporadas debajo de tiendas, cuando erraron con los ganados en busca de pastos.

Á medida que aumentó la población, más se acentuó la diferencia entre los solteros y los casados. Aquéllos se erigieron más y más en clase dominante. Todos los jefes se sacaron de sus filas, y la elección anual de ellos se verificaba en el año nuevo, es decir, en Marzo ó Abril.

El atamán supremo disfrutó de poderes absolutos, ó poco menos, sea como cabo general en tiempo de guerra, ó sea de juez supremo durante la paz. Los *starshínás* ú empleados superiores (1) ejecutaban los mandatos de aquél. No existió ley escrita. Las medidas administrativas, los pleitos y las mil y una cuestiones á las cuales daba lugar el gobierno de tantas personas de caracteres distintos, reunidas en condiciones tan raras y esparcidas en territorio tan extenso, se arreglaron conforme á los usos locales, las tradiciones y las exigencias del momento. La Ukraína se distribuyó en partidos, cada cual con su *polkovnik* ó coronel y casi autónoma. La capital, asentada á principios en un sitio poco menos que inaccesible, se trasladó luego á Jortitsa en medio de las cascadas del Dnieper. Llamóse *secha* ó sitio del gobierno, y se dividió en secciones con un kurenói atamán al frente de cada una. La secha puede

(1) Ver esta voz en la REVISTA CONTEMPORÁNEA de Enero 15, y los reglamentos que rigen el *mir*.

calificarse de depósito general de la hermandad. Allí se reunieron el tesoro, las banderas, el bastón de mando del gran atamán, la cola de caballo ó sea la insignia de éste, el sello, los pertrechos de guerra, etc. Cada partido tuvo también su depósito.

Los célibes se hospedaron, en general, en número de cincuenta ó sesenta en una misma casa haciendo vida común. Cada uno de ellos poseyó sus armas. La lanza fué desde antiguo una de las armas de los cosacos. Cuando el uso de las de fuego se generalizó, los ucrainos reemplazaron los arcos y flechas por arcabuces y pistoletes.

En nuestros días la organización económica de los cosacos se asemeja, en sus grandas rasgos, á la del mir. Cuando la *stanitsa* (pueblo ó estación) tiene menos de 30 hogares, la junta de *stanitsa* se compone de todos los jefes de familia, y cuando es de 30 á 300, cada diez familias eligen á un delegado. La junta nombra al *selski ataman* ó jefe de pueblo. Pleitos en que el valor en litigio no excede de 100 rublos (1) son de su competencia: también lo son aquellos cuyas cantidades son más crecidas; pero entonces es necesario otras condiciones.

Cada familia tiene 27 hectáreas de propiedad. Las pasturas son de la comunidad. La cosecha del heno se hace á una fecha fija por el atamán y las más de las veces en común, lo mismo como la pesca. Los cosacos son agricultores y criadores de ganado. En el Cáucaso cultivan las viñas. En el Don, el Ural y el mar Caspio se dedican á la pesca y en algunas regiones á la agricultura.

Acostumbramos á considerar á los cosacos bajo el punto de vista militar. Los 60 millones de hectáreas se dividen en diez *voiskos* ó ejércitos. En el Ministerio de la Guerra cada *voisko* está representado por diputados y hay allí una dirección general de los cosacos. Entre los *voiskos* nótanse ciertas diferencias debidas á causas locales, históricas, etnográficas, etc. Son ellos del Don, Terek, Kuban, Orenburgo, Transbaikal, Ural, Siberia, Amur, Astracán y Usuri. El más grande es el del Don. La oficialidad se recluta principalmente entre

(1) Un rublo vale unos once reales oro.

las familias cosacas adineradas y suele tener una ilustración inferior á la de los otros oficiales.

El verdadero cosaco, si no justifica el grado de instrucción previsto por la ley militar, se halla obligado á servir de los diez y ocho á los treinta y ocho años. Pasa tres años en la clase preparatoria, doce en el ejército activo (con licencia de volver á su hogar después del cuarto año, bajo la condición de quedar á la disposición de la autoridad) y cinco en la reserva. Luego forma parte de una especie de milicia territorial, pero sus obligaciones son casi nulas.

Exceptuando á los de la guardia, los cosacos se proveen de armas, uniformes, caballos y sillas; el Estado proporciona la manutención y el sueldo para ellos y el forraje para los caballos.

En tiempo de paz los 10 voiskos, con los contingentes de Batum y Daguestan, tienen un efectivo de 10 batallones, 52 regimientos de caballería y 20 baterías montadas, ó sean algunos 75.000 hombres; en pie de guerra 25 batallones, 150 regimientos y 40 baterías, esto es, 200.000 hombres, sin contar, en ambos casos, un material considerable de transporte. La *sotnia* ó compañía consta siempre de 125 hombres.

Si tenemos en cuenta el origen de los cosacos, las peripecias que abundan en sus anales, la naturaleza de los países que ocupan y las particularidades de las naciones vecinas, fácil se comprende que tengan vastísima literatura popular. El cosaco se demuestra, como el paisano ruso, excelente músico á su modo y dotado de un temperamento soñador, místico y sentimental poco conocido en el Oeste de Europa. Su literatura es tan interesante como extensa. Los ministriles del Occidente tuvieron sus compadres cosacos, los *kobzari*, que no desaparecieron sino á mediados del siglo anterior. Sin embargo, hay una diferencia notable entre sus cantos y las baladas de los bardos de nuestros países en que dominó el feudalismo. Los habitantes esparcidos en Ukraina, en las vertientes de Volga, en los confines del Cáucaso y en los llanos al Norte y Este del mar Caspio, se encontraron constantemente envueltos en luchas con enemigos de razas y religiones opuestas á las suyas. Sus contiendas tuvieron, pues, muchas veces un aspecto

religioso que se tradujo en su literatura. En vez de enaltecer los encantos de una dama, los kobzari cantaron las desgracias de una cristiana cautiva de los turcos. Las inmensas soledades de su patria, las luchas continuas para poder vivir en presencia de tantos enemigos, los terrores de la tempestad y las expediciones lejanas dan á sus cantos un carácter que nos hace pensar en los antiguos de la Escandinavia.

Los cosacos inspiraron á insignes autores rusos algunas de sus más hermosas páginas. Bástanos con citar á Gogol y á León Tolstoï. En su *Taras bulba* el primero ha inmortalizado á los hijos de Ukraïna, y el segundo, en su obra *Los cosacos*, publicada hace unos treinta y cinco años, nos ofrece un cuadro primoroso de la vida de los de Terek.

JORGE ADAMS.

Taunusstrasse, 17, Francoforte-del-Mein. — Alemania.

JIRONES Y RETALES HISTÓRICOS SOBRE AMORÍOS

Y CONNUBIOS LINAJUDOS UN TANTO HETERODOXOS

«Las soluciones más convenientes ofrecen en la diferencia de religión dificultades casi insuperables.» Esto decía un periódico no hace mucho tiempo, con gran gentileza de pluma, á propósito del casamiento de los reyes, y estas opiniones pasan por corrientes y molientes á todo ruedo entre los políticos más rozagantes y jarifas de perspicuo alcance. Pero ¿son ciertas realmente las dificultades cuya existencia se pregona? Y si existen para los soberanos, ¿no habrán de ser también perniciosas y vitandas para sus allegados de alto y esclarecido linaje y aun para los mismos súbditos? Así parece al pronto cuando, atendiendo sólo al aspecto religioso, se juzga á topatolondro, desatendiendo otros intereses ó móviles sin volver la vista á la historia, arsenal inagotable de toda clase de ejemplos que contradicen ó por lo menos quitan fuerza á aquella afirmación, hija al parecer de una opinión quizá poco meditada.

Yo no pretendo dar en rostro á los que sustentan dicha opinión; pero, sin intención tampoco de granjear fama de agudo, sí que he de decir que, antes de fallar por sentencia inapelable, hay que detenerse y meditar un poco, porque todo es menester migar y sorber, como dice el adagio.

Podría ser que, políticos de medio mogate como quien dice, fueran en pasados tiempos menos escrupulosos monarcas, magnates y súbditos en cuestiones de religión, puesto que andaban á cada triquete trocando las leyes divinas por los intereses mundanos y del momento, con una audacia tal que rayaba á veces en desvergüenza. Podrá ser, repito, que el toque esté en esto; pero lo positivo es que el hecho histó-

rico está patente, como no me dejarán mentir los anales patrios que alcanzan hasta fines del siglo XV, á través de los cuales voy á hacer una ligera excursión sin dar cordelejo á nadie y sí sólo con el propósito de refrescar la memoria en asuntos de tanta importancia.

Precisamente, cuando parecía ser más necesaria en España la unidad de creencias y con ella la fe religiosa para resistir los fuertes ataques de los caudillos que capitaneaban las huestes infieles mahometanas, es cuando, unas veces por el mismo interés de la defensa, otras por el influjo de venganzas mal contenidas y otras, en fin, por el frenesí de lascivos amores, se pactaron alianzas y se estrecharon amistades más ó menos pasajeras, á pesar y aun en contra de la religión; es decir, que cada caudillo no miró más que por el virote de su conveniencia, dejando á un lado escrúpulos timoratos de severidad ortodoxa. Veámoslo.

Sabido es que el año 716, muerto el rey godo D. Rodrigo en la batalla de Guadalete, su esposa Egilona, por él postergada á los impuros amores de la Cava, fué hecha prisionera en Mérida por Muza, y que llamado éste por el kalifa de Damasco, su hijo Abd el-Aziz, que quedó al frente del ejército árabe, no sé si por innocuo erotismo, dió en la flor de enamorarse de la cautiva, como no podía menos de suceder, porque la moza no era costal de paja, y el hacerle guardián de semejante tesoro fué lo mismo que confiar confites al goloso y dineros al ladrón, por lo cual y arrastrado por su pasión amorosa, decidió casarse con ella, como lo verificó en Sevilla, sin exigirle que se convirtiera al islamismo. En cambio, y váyase mocha por cornuda, si ya no es que el amor entraba también por algo, Munuza, jefe árabe como Abd-el-Aziz, pactó alianzas con Eudón, duque de Aquitania, casándose con su hija para resistir al emir Abderramán en la Galia, de quien era rival declarado.

En el mismo siglo VIII, Aurelio, sucesor de Fruela, á la vez que prohibía el matrimonio de los sacerdotes, costumbre antigua en España desde los tiempos de Witiza, autorizaba el de algunas doncellas nobles cristianas con musulmanes, á pesar de estar en lucha con los reyes árabes que dominaban

mucha parte de la Península. Poco tiempo después reinó Mauregato que, como todos saben, era hijo de Alfonso I el Católico y una esclava mora, lo cual no le valió, sin embargo, dada su personal ignavia, para eximirse del tributo anual de cien doncellas cristianas pagado al monarca árabe para obtener de él los beneficios de la paz. He de observar, no obstante, que esto del tributo dicen algunos que tiene más de conseja que de verdad histórica, pero cuando el río suena...

Los árabes, por su parte, no dejaban tampoco de dar ripio á la mano en esto de la promiscuidad religiosa. Muza, el caudillo musulmán que fué vencido por Ordoño rey de Asturias en la famosa batalla de Clavijo, era renegado, de origen godo y cristiano. Por otro lado, Abdallah, musulmán también, casó con Íñiga, hija de García Íñiguez de Navarra, vencido por aquél en la batalla de Eybar, en la cual murió el cristiano. Con ella tuvo el batallador árabe á Mohamed, que se casó con María, hija á su vez de padre cristiano, de cuyo enlace nació el célebre Abderramán III, monarca glorioso que empezó la obra de la mezquita de Córdoba y levantó el soberbio alcázar de Zahara, construyendo junto á él los jardines del Generalife, que, entre otras maravillas, se cuenta que encerraban una concha de pórvido con un surtidor de mercurio que fluía y reflúa como agua.

Los muzárabes eran protegidos por entonces por el príncipe musulmán con especial cuidado, no tanto por los elementos demográficos con que enriquecía su reino, cuanto por razones de alta justicia que acreditaban su perspicua solercia en el gobierno de sus estados. De modo que los muzárabes, por una causa ó por otra, andaban á qué quier boca, viviendo con gran holgura en medio de un pueblo enemigo declarado de su religión. Pruébalo el hecho de existir por entonces en Córdoba tres iglesias cristianas y tres monasterios en la sierra, y en las márgenes del Guadalquivir ocho monasterios y varias iglesias. Nadie inquietaba tampoco á los *mulados* que eran los hijos de musulmanes no puros (cristianos renegados) ó hijos de cristiana y musulmán ó de musulmana y cristiano. La política árabe fué siempre de tolerancia religiosa, sin que se entendiese que las distintas prácticas y creencias pudieran

ser parte para estorbar el engrandecimiento del Estado musulmán, no sólo por aquel tiempo, sino en el de toda la vida futura de la Nación. Así se explica, por ejemplo, que Sancho el Gordo, rey de Navarra, se trasladase temporalmente á la corte de Abderramán III para curarse de su obesidad con los médicos árabes, y que éste le obsequiara en extremo, ayudándole, además, con sus tropas para recuperar el trono que le había sido usurpado por Ordoño IV el Intruso ó el Malo. Pero no está el toque sólo en esto: lo más es que no sólo los árabes, sino que también los caudillos cristianos cuando andaban, como suele decirse, á la gandaya, divertían sus ocios dándose una pavonada por los dominios del amor licencioso tras las beldades agarenas haciéndose del amartelado y del rendido. No de otra suerte se portó Gonzalo Gustios, padre de los siete infantes de Lara, cuando prisionero del rey moro de Córdoba y bien tratado por él, se enamoró de una hermana suya, siendo fruto de dichos amores Mudarra González, que vino á ser fundador del esclarecido linaje de los Manriques de Lara.

Siguiendo la serie de estos añascos religiosos no disimulables en el sentido más estrecho de la ortodoxia, mayormente cuando los más de los reyes católicos estaban empeñados en desastrosas guerras contra los príncipes árabes, venimos á dar con otra de las cascabeladas más ruidosas del siglo XI que tuvo lugar en tiempos de Hixén II. Es el hecho que el walí de Toledo Abdallah se enamoró de Teresa, cautiva cristiana hermana del rey de León Alfonso V, cediéndosela en matrimonio, á lo cual accedió éste sin escrúpulo alguno á fin de que Abdallah le ayudase para hacer las paces con Abdelmelick, hijo del gran Almanzor, que al decir de los suyos tenía pelos en el corazón y vomitaba rayos de su alfanje. Muerto este extraordinario caudillo y estrechados de nuevo los árabes por los reyes de Castilla, el califa de Sevilla Abed-al-Motadhi, aquel que aumentó su harén hasta el número de ochocientos concubinas y festejaba á sus cortesanos dándoles de beber en tazas guarnecidas de oro y pedrería formadas con los cráneos de los principales personajes que habían decapitado él y su padre, Abed-al-Motadhi, digo, sintiendo temblar su trono ante el em-

puje de las huestes cristianas, ofreció su hija Zaida al monarca de Toledo Alfonso VI, con objeto de tenerle propicio, percatándose ya del poderío de este rey, el cual creyó sin duda que sería gentil cosa aceptar el ofrecimiento, porque admitió á la doncella mulsumana aunque casado en segundas nupcias con Constanza de Borgoña. «En su virtud, la bella Zaida, dice Lafuente, pasó á poder de Alfonso *quasi pro uxore*, según la expresión del obispo de Tuy.»

Un siglo más tarde, Sancho VII el Fuerte, rey de Navarra, pasó á África al servicio de los almoravides, en el que estuvo tres años sin conseguir después de todo la mano de la hija del emir Abut-Jacub, objeto de sus reiteradas y deshonorosas pretensiones. En Castilla, sin embargo, no corrían las aguas por los mismos cauces. Por el contrario, y debido á una inexplicable regresión, la tolerancia fué eliminada del reino con todo rigor por Fernando III el Santo, que tomó á Sevilla. Tan celoso se mostró este monarca de la pureza de la religión, que sellaba á los herejes con fuego en el rostro, los hacía cocer en calderas ó llevaba él mismo la leña al brasero para quemarlos, lo cual sirvió más adelante de ejemplo á los reyes de España para establecer los autos de fe. Cosa es en verdad que sorprende y maravilla el ver cómo en tan poco tiempo cambiaron las ideas y procedimientos.

Éstas, sin embargo, no prosperaron del todo. La tolerancia, un si es no es entreverada, aún se abrió camino en tiempos de los Reyes Católicos, que no se atrevieron por lo visto á hacer pagar de una vez con las setenas á los árabes todas las fatigas que pasaron en la reconquista total del territorio patrio. Política ó caridad (más lo primero que lo segundo), es lo cierto que soplaban por entonces brisas de acomodamiento en vez de furiosos vendavales de destrucción. Así debe colegirse de las capitulaciones de Granada, donde se lee lo que sigue: «Que si algún moro tuviese alguna cristiana por mujer, que se haya tornado mora, que no la puedan tornar cristiana sin su voluntad de ella...» «Que si algún cristiano ó cristiana se hubieren tornado moro ó mora en los tiempos pasados, ninguna persona sea osada de los menguar ni baldonar en cosa alguna...» «Que si alguna mora casada, viuda ó doncella se

quisiere tornar cristiana por amores, que non sea recibida hasta que sea preguntada ó amonestada por los dichos términos del derecho.»

¿Quién creería que de tan prudente conducta se había de llegar á la cruel cuanto extremada intolerancia de los autos de fe, que tanto carácter prestan á la dinastía austriaca de la monarquía española? Así acabó ella, tanto por desmayo y flojedad orgánica, como por su naturaleza táhida é intransigente.

Ya desde entonces cesan del todo los actos con que, política y personalmente, pretendían cohonestar su conducta unos y otros, por el atropello que en cierto modo cometieron subordinando la religión al interés del momento. ¿Fueron afortunados en sus propósitos? ¿Lograron el bienestar de los ciudadanos de sus respectivos Estados? ¿Será mejor la incompatibilidad de religiones que se propone hoy por algunos como necesidad suprema de toda acertada política? Decida quien más sepa. Lo que sí puede afirmarse *coram populo* es que los reyes, como los pueblos, sólo parecen y son realmente grandes é ilustres que lo muestran en la virtud, la generosidad y el buen gobierno.

J. J. M.

BLANCA

Corren los primeros días de Mayo, el poético mes de las flores, en el cual todo parece reverdecer y animarse bajo una influencia desconocida y oculta.

La naturaleza ostenta aquella tranquilidad solemne que sigue á un día despejado y sereno, como á un día feliz de nuestra vida sucede un sueño dulce y apacible.

El sol caminaba á Poniente con su eterna majestad. Que también hay majestades eternas.

El sol duerme en el seno de la tarde, como un niño cansado de correr y hacer travesuras duerme en el regazo de su madre; el cielo es de azul zafirado, y la tierra, al recibir las últimas caricias del sol, parece enrojecer de placer.

Son las siete de la tarde. En una de las alamedas de un poético y bien cuidado jardín, y en un rústico banco escondido entre el follaje, rodeado de jazmines y aromáticos rosales, y bajo la bienhechora sombra que prestan corpulentos tilos, hállase perezosamente recostada una mujer ó más bien una niña: apenas ha cumplido quince años.

Es de una belleza triste, lánguida, enfermiza: alta y excesivamente delgada, en su cuerpo empiezanse á marcar muy levemente las curvas suaves y delicadas de la pubertad. Los ojos son azules acariciadores, pero su mirada es vaga y triste.

La envuelve una túnica de muselina color de crema, lindos y finísimos encajes blancos guarnecen las mangas y el cuello; los de este último sirven de precioso marco á su sedosa y áurea cabellera, que orla su bello semblante y cae sobre su espalda en graciosas y delicadas ondas. Diríase que duerme en medio del silencio misterioso que la rodea, sólo interrumpido por los gorjeos armoniosos y blandos aleteos de los pajarillos.

¡Qué hermosa está bañada de languidez por los postreros rayos del sol al descender al ocaso, embellecida por la meditación, con la frente levantada hasta Dios, abrumada tal vez en lo infinito!... No es una mujer: es un ángel... Es un ser misterioso y sobrenatural.

Abre dulcemente los ojos y dirige una mirada vaga é indefinible al azul purísimo del firmamento salpicado de nubecillas irisadas por los mortecinos rayos del sol; permanece inmóvil y como extasiada siguiendo con la vista los caprichosos giros de los blancos vapores que se disipan lentamente... De pronto su mirada parece fijarse un tanto en el espacio; acaba de destacarse un punto blanco y movable que se acerca, aumenta de tamaño y deja percibir una paloma, cuyo vuelo se dirige hacia Blanca—que así se llama la niña.—El seno de ésta late azorado bajo la rica muselina de su túnica... La paloma, después de caracolear un momento, se aproxima á ella y reposa en una rama al alcance de su mano... Blanca, sorprendida, extiende el brazo y coge sin dificultad alguna al tierno animal, que sin oponer la más leve resistencia déjase acariciar por su joven dueña...

Levántase un airecillo fresco que mueve la arena agitando con leves crepitaciones las ramillas de los árboles... Las rosas se estremecen con la caricia del viento y colúmpianse orgullosas sobre sus tallos...

Óyense pasos: una señora de nevados cabellos se aproxima presurosa...

—Blanca, hija mía, te estamos esperando: ya sabes que el doctor te ha prohibido permanecer en el jardín después de puesto el sol...

—¡Oh! Abuelita—exclama la niña en voz lenta y vibradora como la nota tranquila del salterio de un profeta, mira, mira qué paloma tan bonita; la he cogido sin que se moviese la pobrecita.

Y acaricia al animalito, el cual, como queriendo responder, gorgotea un arrullo, y en su lenguaje intraductible dice un rezo y canta melancolías... De pronto se remonta, caracolea y vuela... vuela hasta semejar de nuevo un punto blanco en el infinito campo de lo desconocido...

Blanca enmudece por un momento sorprendida y penosa...
Una tosecilla seca y nerviosa la acomete...

La abuela la observa con dolorosa mirada; ambas, cogidas del brazo, se encaminan silenciosas hacia la quinta: la niña preocupada por la repentina fuga de la paloma, la anciana pensando en si aquellas nubes del Poniente serán acaso el lecho de un amanecer triste.

*
* *

Blanca, en efecto, está enferma: una anemia tenaz y profundamente arraigada ha determinado una congestión pulmonar que conduce rápida é inevitablemente á la pobre niña á una terrible y desconsoladora enfermedad cuya curación permanece aún desconocida para la ciencia, y cuyos efectos y manifestaciones son dolorosos y desesperantes: la tisis, que empieza á apoderarse de ella para conducirla rápida y harto prematuramente al sepulcro.

De padres pertenecientes al gran mundo, y cuyas naturalezas hallábanse acaso agostadas, nació ya débil y enfermiza; su temperamento nervioso y carácter vivo, expansivo y apasionado, crecieron oprimidos y debilitados por la pesada atmósfera de una cámara donde rodeada de tapices y alfombras recibió los más asiduos cuidados; pero su alma grande, soñadora y generosa encontró muy estrechos aquellos límites, y su naturaleza se fué empobreciendo lentamente. Cuando apenas cumplidos quince años su corazón se abrió al sentimiento y su alma entrevió horizontes lejanos, en una palabra, cuando la niña se hizo mujer, aquel pobre cuerpo, agotado por la anemia y por el empobrecimiento característico de su sangre, no pudo resistir el brusco cambio que en ella se operó, y la tisis se manifestó con todos sus horribles caracteres y en aterradora desnudez.

Blanca á la sazón hállase presa de un malestar invencible y las nostalgias han invadido su ser.

*
* *

Son los primeros días de Octubre. El otoño ha venido, las hojas ya amarillentas caen con lentitud, y el viento, entre las ramas desnudas, produce suspiros melancólicos; el jardín ha cambiado en todas sus fases; ya no se oye piar á los pajarillos, y á la suave brisa que tan blandamente mecía las ramas de los árboles han sustituido los fríos vientos precursores del invierno...

En una espaciosa estancia del piso principal de la quinta, y en un blanco y casto lecho, hállase Blanca, demacrada, pálida hasta la lividez; sus cabellos, que en otro tiempo tanto encanto prestaran á su bello semblante, caen sobre la almohada, crespos, desgredados, semejando finísima é inextricable red de oro...

En aquella alcoba donde únicamente penetra un médico que receta friamente, hay un padre que sufre y llora en silencio y una madre que llora y reza...

No hay madre alguna que pueda resignarse á la idea de que su hijo muera mientras sus labios acierten á formular una plegaria.

Blanca abre los ojos y quiere hablar, y muy débilmente dice:

—Sólo siento morirme sin ver á mi palomita.

Y éste parece ser su último esfuerzo.

Súbitamente, en medio del religioso recogimiento que envuelve á la enferma, suena un golpe en la vidriera; una paloma enteramente blanca revoletea junto al cristal.

—¡Ah!—exclama la abuelita, que solloza en silencio, é instintivamente abre la ventana...

La paloma penetra en la habitación... Parece muy cansada... Gira de uno en otro lado... Por fin descansa en la misma almohada de la niña...

Por un instante aparece el conjunto como una mancha blanca compuesta de tres matices distintos; el blanco lechoso y mate del lienzo, el blanco azulado del brillante plumaje del ave, el blanco marfileño y denso del semblante de la joven...

Ésta se agita en postrer espasmo.

La paloma pica rápida y amorosamente sus labios transparentes de espíritu y, como si emprendiera conocido y defini-

tivo rumbo, lánzase de nuevo al espacio y vuela, vuela rápidamente diciendo rezos y cantando melancolías.

Blanca ha muerto.

Su alma pura vuela por la nada al paraíso de los justos, y ¿quién sabe si por los espacios etéreos de lo infinito una blanca paloma seguirá las argentadas huellas de esa alma que poseyó todo el candor y la inocencia de la que hicimos á aquella emblema?

CAROLINA GARCÍA VERA.

UN LIBRO NUEVO AMERICANO

Entre las personalidades suramericanas que cultivan las ciencias naturales por modo más brillante, destácase el profesor Carlos E. Porter, Director del Museo de Historia natural de Valparaíso.

Trabajador infatigable, hombre de vigorosas iniciativas, doctísimo publicista, ha realizado una labor meritísima, organizando un gran Museo que dirige, dando á la estampa multitud de excelentes trabajos de investigación ó de vulgarización fundando y avalorando continuamente con su dirección y con su firma *La Revista Chilena de Historia Natural*. Y aún le queda tiempo para hacer una propaganda activísima en pro del intercambio de ejemplares entre su Museo y los demás de América y de Europa y en favor de sus publicaciones y de las de los demás naturalistas chilenos que con él colaboran para el aventajamiento de las ciencias en tan hermoso como adelantado país.

Causa verdadera satisfacción á nuestra alma española ver que el retoño de nuestra raza, ahijado en la faja de sierra estrechada entre los Andes y el Océano Pacífico, y presidido por Santiago y Valparaíso, ha buscado y encontrado medios para hacerse más grande por su saber que por su territorio, gracias á la labor inteligente de hombres como Porter.

Entre las publicaciones que á éste han dado justificado renombre, es quizás la más característica el libro *Lecciones elementales de Fisiología humana*, un volumen en 8.º de 280 páginas, con más de 100 figuras intercaladas, tiradas á dos y tres tintas.—Librería de Cruz y C.^a Victoria, 176.—Valparaíso.

Sobriedad en el lenguaje, claridad y precisión en la exposición, doctrina á la altura de lo más moderno en anatomía y

Fisiología, claro criterio para sintetizar en pocas páginas cuanto de más esencial estas ciencias integran: tales son las cualidades que le avaloran. Destinado á la enseñanza de los aspirantes á ingenieros de la Armada nacional, por encargo de la Dirección de cuya escuela ha sido escrito, puede servir á maravilla, no sólo para ellos, sino para todos los alumnos en preparación para las escuelas profesionales, y aun en ciertos respectos (Citología, Histología) para iniciar á los aspirantes á alumnos de medicina en conocimientos que necesitan base sólida sobre que fundamentar ampliaciones ulteriores.

Después de los pertinentes preliminares, entra el autor en lo que llama primera parte de su libro, dedicada á «Nociones de Anatomía general», en la que trata de Estequiología, Elementología ó Citología é Histología; es sin duda lo mejor tratado de la obra, lo que Porter ha hecho con cariño mayor; nada de lo moderno está olvidado en ella; la Citología particularmente es primorosa con sus nociones, hasta extensas, sobre morfología y vida celulares. Un sumario del estudio en el libro de la *membrana celular*, elegido como ejemplo, dirá más á este respecto que lo que yo decir pudiese. Véase: «Definición. Diferencia entre la célula animal y la vegetal. Membranas de celulosa, efectos de su presencia. Plástidas que viven libres y que carecen de membrana. Los pseudópodos de las amibas. Amiboismo de los glóbulos blancos de la sangre. Fagocitosis.» Y todo bien tratado dentro del carácter elementálísimo del libro. En la vida de la celulosa incluye la evolución del óvulo antes y después de la fecundación, y estudia la esencia de ésta, ó sea la conjugación celular. Es digno de nota y merece encomio, como prueba del buen criterio de la obra, el que entre otras cosas se consigne en este capítulo el tamaño que alcanzan las células en el hombre y en algunos animales, por mediciones hechas algunas por el autor y otras por citólogos respetables.

La segunda parte del libro está dedicada á lo que en él se denomina «Nociones de Anatomía y Fisiología», omitiendo sin duda por elipsis la calificación de *descriptivas*. Ha de permitirnos en este punto el profesor Porter que disintamos de la conveniencia de estudiarlas juntas. Ni cada órgano tiene una

función aislada, para que pueda estudiarse primero aquél y luego ésta, sino que cada órgano contribuye á muchas funciones, ni cada función puede decirse que se efectúa por solo el vivir y accionar de un órgano, ni aun de un aparato. Un nervio, aunque parezca que esencialmente sólo sirve para transmitir corriente nerviosa, no lo puede hacer sin que la sangre le lleve en su plasma elementos nutritivos y en sus glóbulos rojos oxígeno, sin que se verifiquen en él combustiones, que desarrollen calorías convertidas en energía nerviosa, sin que desasimile el nervio lo que su funcionar produjo, sin que movimientos musculares hayan ayudado á la producción de la corriente ó sean consecuencia suya, sin que la simbiosis, en suma, de multitud de otros órganos no haga necesario el conocimiento previo de éstos para comprender cómo vive el nervio ejerciéndose en él, por él ó para él la circulación, la respiración (interna y externa), la asimilación, la desasimilación, el movimiento. Así se incurre y tiene que incurrirse en separaciones y repeticiones de las funciones de un órgano cuando se quiere estudiar su dinámica en seguida de su estática, como ocurre en el libro que examinamos con las del hígado, que estudiado en el aparato digestivo, tiene luego que dividirse el examen de sus funciones sobre la digestión, la circulación (in-flujo del hígado en la composición de la sangre) y la secreción (funciones antitóxica y ureopoyeica del hígado), volviendo á tratar del mismo órgano en las funciones de otros aparatos que al que se le asignó primeramente.

No empece, sin embargo, esta unión de la Anatomía y la Fisiología en libro de Porter para que ambas sean completas y modernas y estén bien tratadas; sirva de muestra lo que ya se ha visto que del hígado se dice; lo mismo podría verse por lo que á cualquier otro órgano ó función atañe, por ejemplo, al *sentido del equilibrio*, en el oído localizado; á las funciones del aparato nervioso, donde hasta la teoría histológica del sueño se llega, etc, etc. Quien con provecho estudie esta segunda parte del libro, sabrá algo más que elementos de biología humana.

La tercera parte está destinada en el libro á la Higiene. Es mucho más elemental que sus anteriores, tal vez sobrado con-

cisa para las exigencias de la vida á la moderna; pero si los programas de la enseñanza á que el libro ha de responder no exigen más, culpa de ellos será, no de éste. Lo que en él se trata bien tratado está sin duda alguna y con vistas á la práctica del vivir, cual lo demuestra el que se enseñe á determinar los parásitos de las carnes y las falsificaciones más comunes de los alimentos.

Resumiendo: honra el libro que venimos analizando al profesor Porter, á la enseñanza en Chile y á la nación que sabe utilizar á hombres de tal jaez para maestros de su juventud, llevándoles á donde pueden ser útiles, aunque, como en este caso, no pertenezcan al cuerpo para cuya enseñanza se les da voz (ingenieros de la Armada). Allí, por lo visto, no hay mal entendidos espíritus de cuerpo, que impidan la aplicación de las aptitudes docentes donde puedan ser bien aprovechadas para el aventajamiento de la enseñanza nacional.

Honor por ello al profesor Porter y á nuestros hermanos de Chile.

DR. EMILIO RIVERA,

Jefe administrativo del Museo de Ciencias
Naturales de Madrid.

ROMANCE HISTÓRICO

XV

No el vil metal de la Armenia
atrajo al tesalio rey,
no fué persiguiendo el tirio
el ámbar dinamarqués
con más ardor que el que alienta
al ibero mercader,
en quien el numen palpita
de las colonias de Helén,
de judaicos almudíes
y el afán cartaginés.
Ya el granero en Siracusa
no basta á aplacar la sed
de sufetas y conscriptos,
cuya lid infausta fué
para la toga del cónsul
semillero de odio y hiel.
Del dux y la señoría
el arrogante bauprés
ya no lastra con lingotes
ni profana á Nazaret,
ni sacrílego comercia
Moloch en Jerusalén,
porque en los buques mercantes
que saludan á Isabel
va el genio del Llobregat,
y, á riesgo de perecer,
las bendiciones recibe
del benedictino Bueil.

Martín Loyola y tu pléyade,
capuchino aragonés,
observantes, lazaristas
y padres de la Merced:
vosotros, desafiando
de Guyana el clima cruel,
del Canadá á los *hurones*,
ó en las manos de Sourié,
vuestra sangre derramando
en ara del Sumo Juez
abristeis de par en par
al Evangelio un dintel
y al laborioso indigeta
ópimo, ubérrimo edén;
por eso la jerga humilde
os besaba Hernán Cortés.
¡Goza tu triunfo, Barcino,
dispón tus naves y ve
á California por oro
y la codicia contén,
que la plata en Guanajato
la roca ofrece á granel,
y amplia grieta de diamantes
Tejuco encierra á su vez;
mas... no te enloquezca Pluto
ó la taimada Astarté.
Alista tus mil veleras,
que del mercantil poder
el tejedor turdetano
será gallardo sostén,
tramando brocado sérico
que servirá de dosel
desde patagonia lava
hasta el alud de Cartier.
¡Mensajero de los dioses,
del hodierno Olimpo prez:
tus alas mueve tálares,
lleva al mundo el parabién

y tus sierpes enriquezcan
 al judío neerlandés!
 Desde florentina lonja
 á los Médicis veréis
 cuál se apacientan y parten
 la ciencia con el burgués.
 Muere del terruño y gleba
 el pechero; á sierva grey
 reemplaza social estado:
 la nobleza del taller,
 del saber la aristocracia.
 Licinio dichoso que
 en medianía preciosa
 sin envidiar ni temer
 de pobre choza esquidista
 y alcázar áureo del rey.

XVI

Ya que al frágil leño hispano
 librasteis, ninfas del mar,
 y no le estrelló por siempre
yerto escollo de coral,
después de las nubes Febo
 iris tras el huracán
 surgen. !Oh, chipriota Urania,
 aunque al vulgo revelar
 no te plazca tus misterios,
 heme prosternado ya
sonoros pidiendo números
de ese ritmo universal.
 ¡Merecedores no somos
 como en la dorada edad
 lo fueron Ponce en Salmántica,
 más tarde el Terencio audaz,
 de árcades régulo Inarco
 y hoy el Chenier catalán
 cuyos ecos manda á Europa

la cresta del Monserrat?
¿Te aplacas, deidad ciprina?
¿Mi ofrenda acoge tu altar?
No más azotes, Orbilio,
des á tu alumno inmortal
para que infundirme pueda
su modelación sin par.
El nieto de los Wifredos
desde el Ampurias feraz,
de *Cristo la Imitación*
trasplantó en el Paraguay;
hizo sacudir á Europa
su catalepsia letal
dándole en vez de loriga
mutua confraternidad;
y con acento tonante
los cielos acercó ya
despertando á Galileo
ó haciendo á Képler rezar
y que el Támesis dictara
leyes á la gravedad.

Inspiró nuestro Paladion
peregrino invento á Schwartz:
al pie de las abadías
se oye el mosquete estallar
en salvas y acción de gracias
á Dios, autor de la paz.
¡Cómo se remozza el ánimo!
el maguntino titán
la labor jeronimiana
de angustias despojará,
en el código ahuyentando
lo lento y ornamental;
regenerado el cartujo
por industria singular
regala al mundo un tesoro,
la preciosa antigüedad;
y la plantiniana prensa,

fecunda, asidua, tenaz,
reparte ciencia doquier,
del cuerpo y del alma pan.
Entonces de la doctrina,
con la embriaguez sin igual,
al par que oye el continente
al sabio de Rotterdam,
ante el numen nebrisense
llega la rodilla á hincar,
saludando á aquel reinado
eterno, fundamental.

XVII

Piadosas cantatrices
Eufrosina y Aglaya:
pasad de Dite el muro
con voladora fama
diciendo á Cleodamo
cómo conquista España
en el estadio, púgil,
la victoriosa rama.
Del mundo á la señora
cuál protegen Castálidas
y siéntanla al triclinio
de fiestas olímpicas.
Aquí con plectro eolio
la egregia alumna sáfica
himno hiciera á la Fuerza,
la de mitra dorada,
porque en robustos lazos
mares y tierras ata,
pueblos y reyes doma
celtíbera pujanza
Ya no erige soberbio
el godo su atalaya:
el símbolo cristiano
las cúpulas ensancha.

En Liverpool, Atenas
la vieja Ilion instaura
y de Ulises las cuitas
lleva al lápiz de Flaxman.
Del arte en los anales
ved la piedra miliaria
que en amplios horizontes
Miguel Ángel enclava.
Depone Moctezuma
sus dardos en el cárcaj
y admira el genio en nuestro
continente Atahualpa:
pinceles y buriles
surcan la mar airada,
el de Urbino y Durero
al Nuevo mundo pasman.
Orfeo, de Euridice
deja la sombra vaga
y nueva vida en Siena
infúndele el pentágrama.
Escucha el Vaticano
notas mil de la gama,
que escribe Palestrina
como de Sión el arpa.
En el fangal el peplo
la Musa ya no arrastra;
que van las Galateas
á Québec desde el Ática,
por Laso y por Rioja
felizmente guiadas.
Y así los «ingeniosos»
hidalgos de la Mancha
de Argel en el cautivo
remedio eterno alcanzan.
¡Llévense al quijotismo
inmarcesibles palmas!
De Chile la conquista
recuerde *La Araucana*,

pero al par nuestro pecho
acre suspiro exhala
por el que rinde culto
á la materia vana
de Sélkirk deificando
la aventura romántica.

ENRIQUE PRÚGENT.

ESTUDIO SUCINTO DE LAS AVES EN GENERAL

Y PARTICULARMENTE DE LAS DE ESPAÑA

POR

D. A. DE SEGOVIA Y CORRALES

(CONTINUACIÓN)

F. Anátidas (*anas*, ánades).—*Pico ensanchado y provisto de laminillas.*

De esta familia son los *cisnes*—*Cygnus*,—con esternón acanalado en donde se aloja un asa de la tráquea y el cuello muy largo.—Los *gansos* ú *ocas*—*Anser*,—con el cuello y piernas de mediana longitud. Del *ganso común*—*A. cinereus*, Mey,—proceden las razas domésticas.

De las *Anátidas*, llamadas también *Palmípedas costeras*, hemos obtenido interesantes especies domésticas, pudiendo todavía esperarse que por la aclimatación se consignan más, porque todas estas aves son susceptibles de someterse al dominio del hombre, á quien debe interesar muchísimo su adquisición, teniendo en cuenta que la sabrosa carne de las mismas es un recurso alimenticio de primer orden, sobre todo para los habitantes de los campos.

Algunas especies viven ya en nuestros corrales ó alrededor de nuestras casas, y otras las tenemos nadando en los depósitos de agua, adornando los parques ó jardines. En estado salvaje constituyen una caza muy buscada. Nadan lo mismo al remo que á la vela, y prefieren generalmente las aguas fluviales y lacustres á las aguas saladas. Se consideran como *aves viajeras*, por pasar una parte del año en las regiones del Norte, y descender á los países templados á fines del otoño.

Citaremos algunos géneros y especies, particularmente de España.

Cisnes.—GÉNERO *CYGNUS*.—Las soberbias *aves* de este género, las más notables y seductoras entre todas las *Palmípedas*, llaman la atención por la elegante y bella proporción de sus formas, majestad de su porte, expresión de su mirada y deslumbradora blancura de sus plumas. Quien las ha visto en los países donde abundan nadar tranquilas sobre un lago solitario y entregarse seguras á sus diversiones favoritas comprenderá fácilmente la impresión que producen y la atracción que ejercen en quien las contempla por primera vez. Reunidas en cuadrillas y recorriendo la superficie de los lagos con admirable ligereza, se diría que se admira un convoy de elegantes navecillas que van surcando las aguas. De las especies de este género *Cygnus* sólo citaremos en España, y como *ave* de paso, al *C. mansuetus*, Lin., ó *cisne blanco*, que es particularmente á quien convienen las consideraciones apuntadas, y que de los caracteres que hemos dado, sobre todo por la blancura sobresaliente de su plumaje, ha hecho del mismo el emblema de la inocencia y hermosura, igualmente que le hace ser el adorno de nuestros estanques y canales. La segunda especie, ó *cisne salvaje* ó *silvestre*—*C. ferus*, Ray,—que anida en el Norte, tiene un plumaje gris y pico todo negro, hasta diferenciarse de los domésticos que lo tienen todo amarillo, con la punta y el tubérculo grande de la base negros. Estas dos especies se alimentan lo mismo de peces que de vegetales, siendo ambas muy raras en la Península, donde solamente se presentan accidentalmente algunos individuos en los inviernos muy rigurosos.

Gansos ú Ocas—ANSER.—Estas *Palmípedas*, de pico corto y fuerte, cuentan con patas que les permiten marchar con más facilidad que otras del mismo grupo. Recorren por dicha disposición orgánica las tierras herbosas y los prados, en donde buscan su alimento, consistente en tallos de vegetales y semillas. Cortan la hierba como lo hacen los ganados, ayudándose para ello de las laminillas de su pico. En estado salvaje se retiran á descansar á las aguas de los lagos inmediatos á sus estaciones habituales. Europa tiene varias especies de este género, algunas de las cuales visitan nuestra España durante sus emigraciones invernales. El *ganso común*—

A. cinereus, Mey,—se ha domesticado hace muchísimo tiempo, prestando entre otras utilidades la de ser sumamente vigilante en los corrales, no pasando nada desapercibido para su ojo escrutador y finísimo oído. En el campo tampoco consienten se aproximen á ellos las personas extrañas, á las cuales persiguen con sus gritos, cuello extendido y pico muy abierto. Por lo demás, sus caracteres genéricos se reducen á tener la cola corta y redondeada, alas que pasan de ésta y plumas menos brillantes que las de las otras *Anátidas*, apareciendo sombrías y casi uniformes de color. De las especies que debemos citar aquí, la primera es el *ganso común*—*A. cinereus*, Mey.—menor que un *cisne*, cuello más corto, pico sin tubérculo, plumas grises, negruzcas por el lomo, variante de color en domesticidad. Como su carne es buena, útiles las plumas largas y el plumón y por criarse con facilidad, se ha multiplicado muchísimo. En estado salvaje habita los países orientales de Europa, reproduciéndose en Alemania, Inglaterra, Dinamarca y Rusia.

En España, lo mismo que en las demás regiones templadas de Europa, son de paso y escasos estos animales, viéndose solamente algunos individuos en los inviernos rigurosos y húmedos en las costas meridionales y orientales. La especie *A. sylvestris*, Briss., ó *ganso bravo*, es bastante frecuente, apareciendo en grandes bandadas en algunas regiones de la Península.

El *A. leucopsis*, Bechst., ó *bernacho* (fig. 38), de dorso ceniciento, cuello negro, frente, mejillas y vientre blanco, es sumamente raro y de paso en España, donde solamente se ve alguno que otro individuo en los inviernos crudos, porque su habitación son las regiones más frías de ambos continentes.

Á los *ánades*, *patos* ó *alabancos* pertenece el género *Anas*, de cuello corto, piernas cortas y pico aplastado; de la especie *pato*, ó *A. boschas*, Lin., proceden la mayoría de nuestras variedades domésticas: la *zarceta mayor*—*A. querquedula*, Lin.—es la especie más pequeña de *ánade*; y el *eider*—*Somateria*—(fig. 39), con el cuello corto, piernas cortas, pico levantado y tamaño de una pequeña *oca*, nos da el plumón más fino que se conoce—*edredón*:—pertenece á las regiones boreales.

Anades, patos ó alabancos.—ANAS—Los *ánades*, considerados como tipo de la familia de las *Anátidas*, se distinguen sobre todo por su extremada glotonería, que llega á sensualidad brutal, habiendo contribuído no poco á que por la misma se hayan sometido al estado doméstico. Glotones

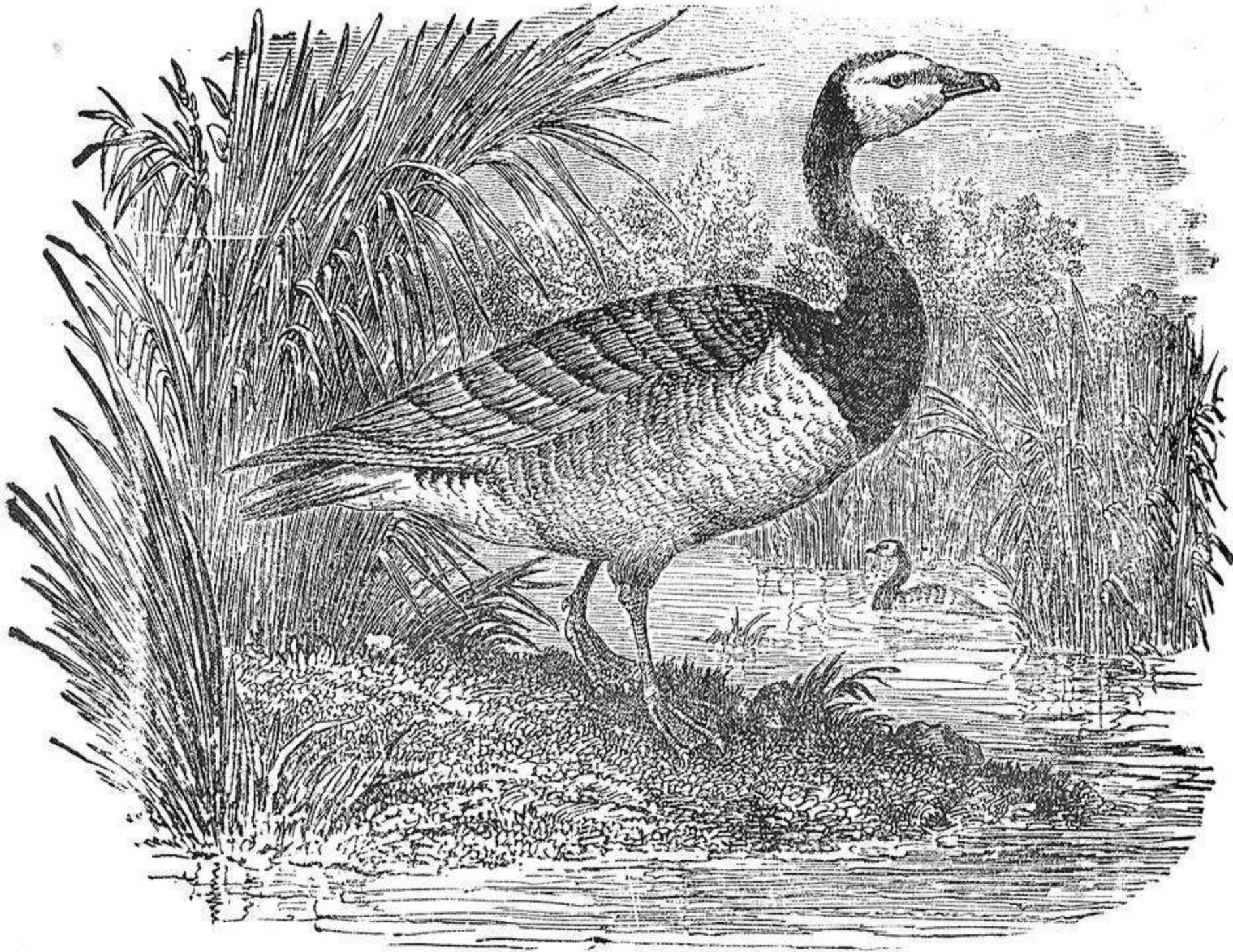


Fig. 33.—*Anser leucopsis*, Bechst., ó bernacho.

con exageración, y á pesar de ser omnívoros, no pueden encontrar en estado salvaje los alimentos cotidianos y abundantes que necesitan y que tienen cuando viven con el hombre. No siempre satisfechos, procuran vivir bien, proporcionándose siempre la mejor existencia, llegando á adquirir hábitos carniceros que les hacen perder el gusto de los viajes y hasta casi la facultad de volar. En la época de las emigraciones, cuando principian á pasar los *patos silvestres*, que lo hacen hacia fin de Octubre, llaman la atención los domésticos por la inquietud que manifiestan, desasosiego que no es otra cosa que las inclinaciones de sus instintos viajeros. Á los *patos* les gusta cha-

puzar ó enfangarse en las aguas turbias cargadas de cieno y sumergir la cabeza y el cuello en las charcas hasta tocar el fondo su pico aplastado y dentado en sus bordes. Las hembras de los *patos domésticos* son más fecundas que las de los *silvestres*. De las especies pertenecientes al género que estudiamos la más interesante es el *A. boschas*, Lin., *pato ó ánade*, tan conocido por todos como una de las *aves* de más utilidad,

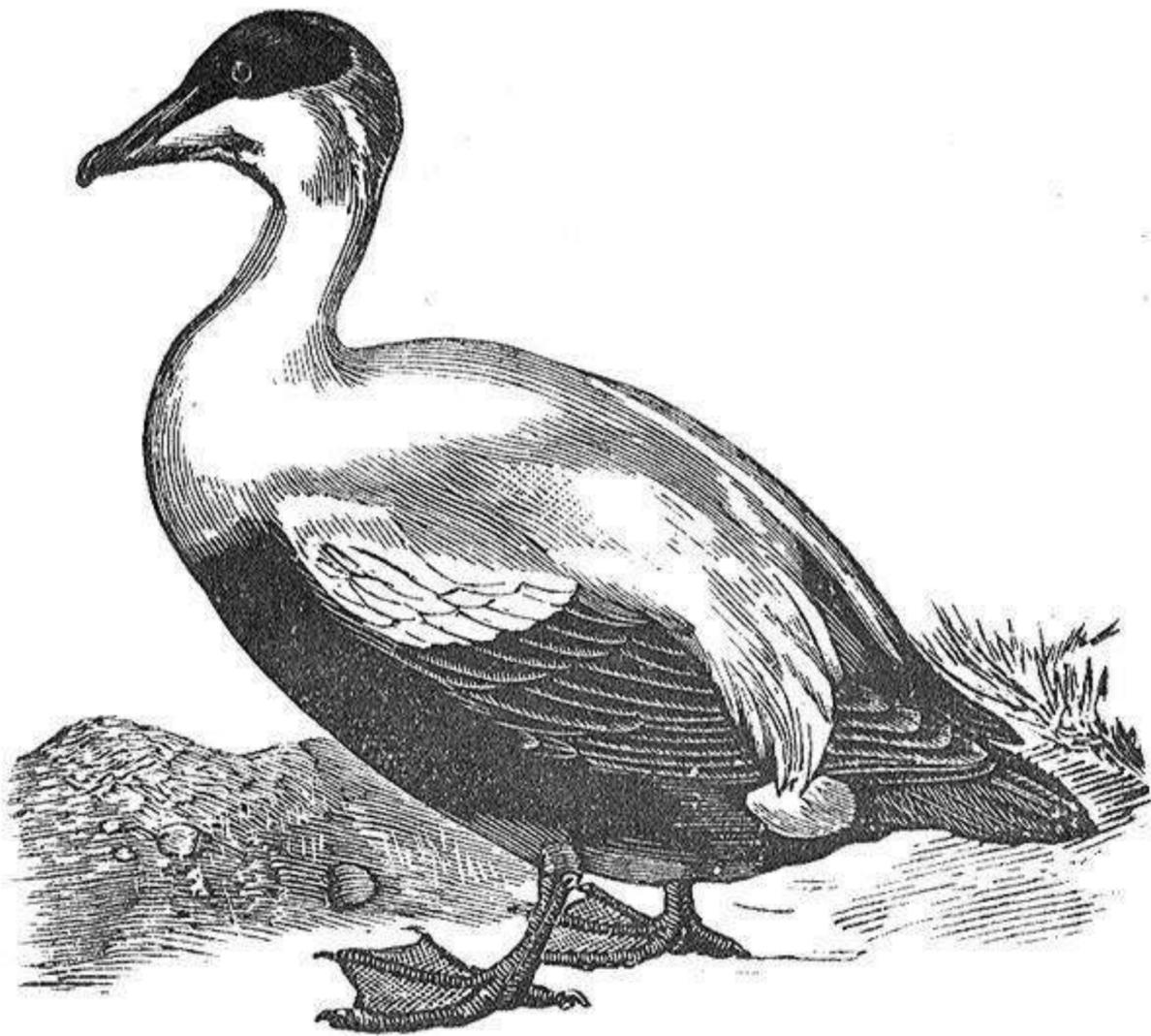


Fig. 39.—*Eider somateria* ó *Anas mollissima*, Lin.

y á la cual distinguimos porque el macho tiene la cabeza, la mancha encima del ala y la rabadilla de un verde obscuro brillante, el pecho rojo y lo restante del cuerpo gris parduzco. También se le distingue por los dos bulecitos de pluma que lleva encima de la cola; los colores de la hembra son más oscuros. En estado silvestre es muy abundante, y sedentario en las regiones oriental, meridional, central y del Norte de España, frecuentando los lagos, lagunas y sitios pantanosos, donde se reproduce. En la Albufera y en los Alfaques es comunísimo y cría mucho. Los individuos de distinto sexo se aparean en Febrero, presentándose algunas crías á últimos de Marzo para conducir las al agua las madres en cuanto salen del huevo. Anidan cerca de los ríos, estanques y lagunas, ponien-

do la hembra de ocho á 14 huevos de color gris verdoso. Se alimentan de peces pequeños, insectos, gusanos y plantas acuáticas.

La especie *Anas nigra*, Lin., ó *pato negro* (fig. 40) se caracteriza por su color negro aterciopelado, algo rojizo, con algunos reflejos violados ó azulados en la cabeza y cuello. Es raro en España por el invierno en las regiones meridional y

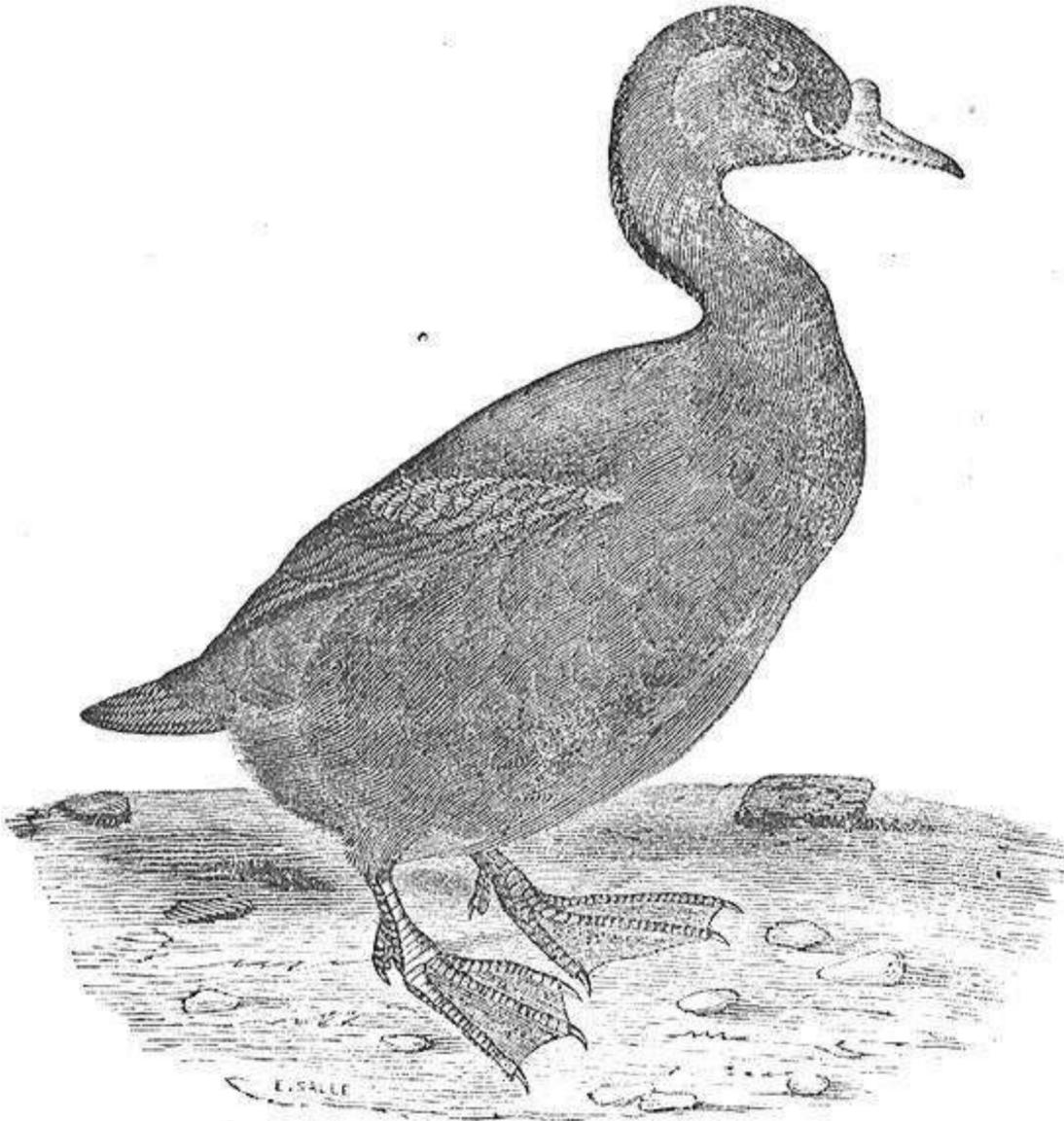


Fig. 40.—*Anas nigra*, Lin., ó *pato negro*.

oriental, si bien suele presentarse en Valencia constituyendo bandadas no muy numerosas cerca de la costa y en la desembocadura de sus ríos. Otras especies del género *Anas* podríamos citar en España; pero nos lo impide la condición elemental de estos escritos.

F. Mérgidas (*mergere*, sumergir).—*Pico afilado que lleva en los bordes duros dientes puntiagudos dirigidos hacia atrás.*

Á esta familia pertenecen los *patos de sierra*—*Mergus*,—que tienen el porte y las plumas de *ánade*; nadan sumergiendo su cuerpo, del que dejan fuera del agua solamente la cabeza.

Dichas *Palmípedas*, llamadas vulgarmente *merjeos*, tienen, como hemos manifestado, el pico más estrecho y agudo que

los *patos*, y en los bordes del mismo llevan una fila de diente-
citos puntiagudos, dirigidos hacia atrás, como los de una
sierra. Como viven solamente de peces, hacen muchísimo
daño en los estanques. Pertenece á la familia el género *Mer-*
gus. Son tan pescadores de peces estos animales, que los per-
siguen entre dos aguas, donde ninguno se les escapa, y hasta
saben buscarlos en el fondo de ellas. Su vuelo es rápido, á
pesar de tener las alas cortas; la marcha por tierra es pesada
y vacilante, como la de todas las *aves* mal equilibradas por
sus patas. Les place el mar lo mismo que los ríos y los lagos,
no visitando nuestras comarcas sino de tarde en tarde, por lo
cual resultan sus emigraciones irregulares y siempre origina-
das por circunstancias de temperatura excepcionales que les
hacen llegar en gran número á las costas de nuestros países.
Las hermosas *mérgidas* no van á tierra más que para reposar
y dormir, que lo hacen sobre la arena; pero al menor motivo
de alarma se lanzan al agua, zambulléndose, para después apa-
recer á largas distancias de donde se sumergieron.

En España se citan tres especies: el *M. merganser*, Lin., ó
merjeo; el *M. albellus*, Lin., y el *M. serrator*, Lin., *merga-*
ganso ó *pato de sierra*. El primero se presenta todos los años
en las lagunas del litoral de Cataluña y Coruña en mayor ó
menor abundancia, según que sea más ó menos crudo el in-
vierno; el segundo descende por el otoño á Andalucía, Va-
lencia y Cataluña, donde se ven por el invierno algunos indi-
viduos, y el tercero es algo frecuente en Andalucía, á orillas
del mar, especialmente los años lluviosos. El *M. merganser*,
Lin., es de tamaño de un *pato*, con el pico y pies rojos; la ca-
beza del macho es verde-obscura, y las plumas de la parte
superior de ella, levantándose, forman como un copete; el
lomo es pardo-negrusco, y encima del ala tiene una ancha
mancha blanca; el cuello y el pecho blancos, con un ligero
viso de color rosa. La hembra es gris con la cabeza roja. El
M. albellus, Lin., ó *picaza de mar*, es más pequeño, blanco
hermoso, matizado de negro á grandes manchas, y en las me-
jillas lleva una de color verde que es igual al del penacho; el
pico y los pies azulados. La hembra es gris con la cabeza
roja.

Suborden 2.º LONGIPENNAS.—*Pico córneo de forma variable. Alas largas. Pulgar libre ó nulo.*

Estas *aves*, de vuelo extraordinariamente poderoso, son por lo tanto especialmente pelágicas, aunque avanzan algunas veces tierra adentro. Las alas y la cola son muy largas.

F. Proceláridas (*procella*, tempestad).—*Narices tubulosas.*

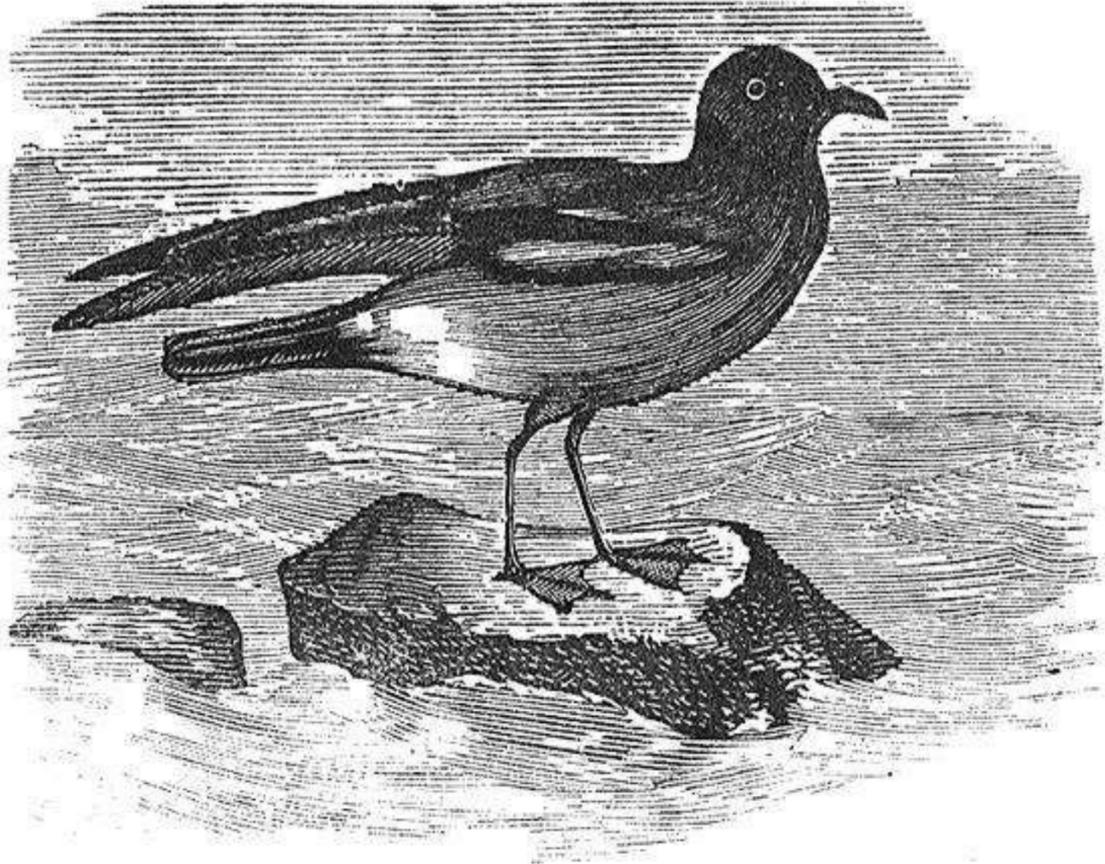


Fig. 41.—*Procellaria pelagica*, Lin., ó *petrel*.

Á esta familia pertenecen los *petreles*—*Procellaria*—(figura 41) ó *aves de las tempestades*, que cuentan con narices superiores.—Los *albatros*—*Diomedea*,—con narices laterales, que son las *aves mayores de alta mar*.

El grupo de *Palmípedas* que estudiamos se ha dividido en dos secciones: las *aves pelágicas*, que frecuentan las playas marinas y el alta mar, á gran distancia de la tierra, y las *costeras*, que se alejan poco de la tierra y hacen su vida próxima á las riberas, en los ríos y en los grandes lagos del interior de los continentes (1).

De las segundas nos hemos ocupado ya, y entre las que estudiamos ahora citaremos á los *petreles*, que como *aves* esencialmente marinas frecuentan todos los Océanos bajo todas sus latitudes. Excelentes voladoras, no se arredran de pasar rozando sobre las olas más embravecidas para coger de

(1) Las *costeras* son las *Anátidas*.

este modo á los peces, lo mismo que á los pequeños insectos del mar. Parece que estos animales no quieren disfrutar de días hermosos, porque su aparición la hacen ordinariamente en los tiempos sombríos y de borrascas. Sus cacerías las verifican durante el crepúsculo de la tarde ó la mañana, retirándose por la noche á las cavernas de la costa ó á las grietas de sus rocas. Los mares de Europa cuentan en el invierno con

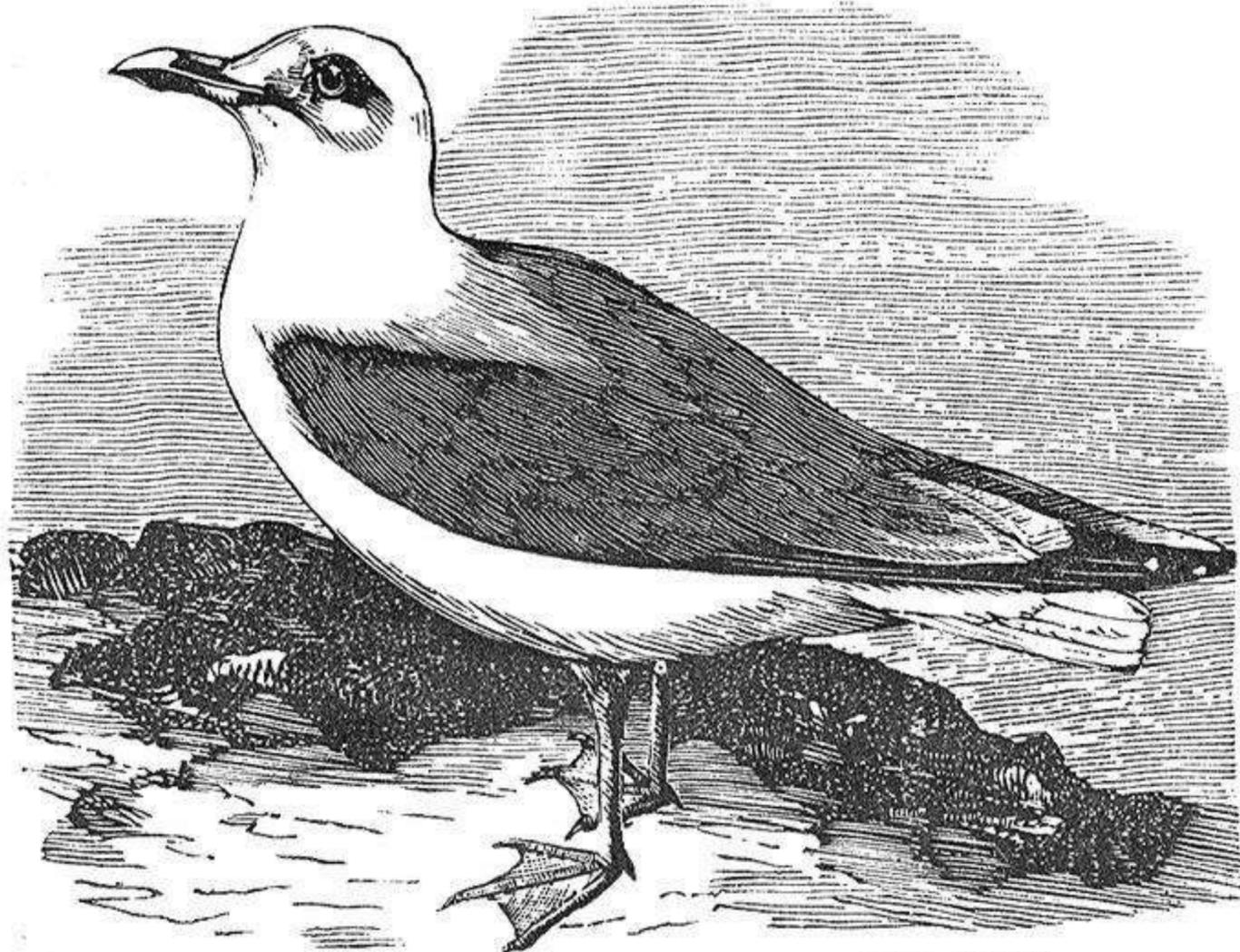


Fig. 42.—Gaviota ó paviota—*Larus argentatus*, Bünn.

la *Procellaria glacialis*, Lin., originaria del Océano Glacial; la *P. puffinus*, Temm., bastante común en España en las costas del Mediterráneo, donde se presenta á fines de verano y anida por Mayo en las rocas de las islas Columbreras-Castellón y de Gibraltar; la *P. Anglorum*, Kuhl., que, procedente de los mares septentrionales de Europa y America, es muy poco abundante en España, y la *P. Pelagica*, Lin. (fig. 41), que en grandes bandadas se ve por el Mediterráneo en alta mar.

F. Láridas (*larus*, gaviotas) (fig. 42).—*Narices ordinarias*.

Á esta familia pertenecen las *gaviotas* ó *paviotas*—*Larus*,—con el pico ganchudo y cola cuadrada; son *aves costeras* que contienen grandes y pequeñas especies.—Las *golondrinas de mar*—*Sterna*—(fig. 43), con el pico derecho y cola ahorquillada.—Y los *pico-tijeras*—*Rhynchops*,—con el pico ó mandí-

bula superior más corta que la inferior; pertenecen al mar de las Antillas (fig. 44).

Gaviotas.—**LARUS**—Las especies de los géneros *Larus* y *Sterna*, entre las que figuran las *aves* conocidas vulgarmente con el nombre de *gaviotas* y *golondrinas de mar*, son pequeñas de tamaño, vuelan mucho, nunca nadan y se las ve casi siempre reunidas en las costas de los dos hemisferios y

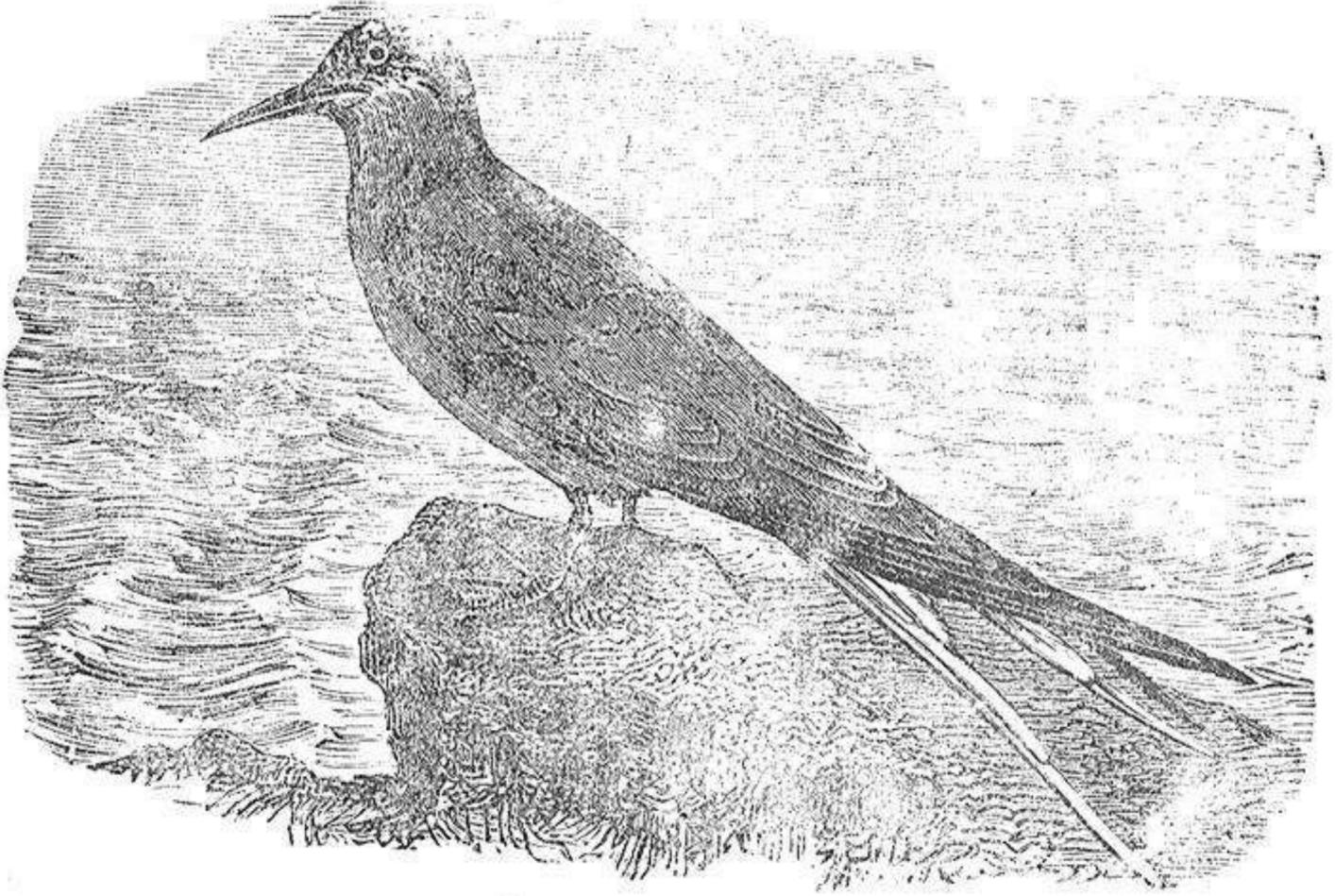


Fig. 43.—*Sterna macroura*, Naumann, como ejemplo de *golondrina de mar*.

sobre los mares que los bañan. El nombre vulgar de *golondrinas de mar* con que se las conoce recuerda su vuelo rápido y gracioso. Se alimentan de *peces* y de todo lo que encuentran comestible sobre las olas, donde se sostienen volando durante mucho tiempo. Descansan sobre el agua cuando está el mar en calma, viniendo todas las tardes a dormir á tierra en las radas. Los marinos, en su lenguaje pintoresco, las llaman *palomas del capitán del puerto*. Algunas se ven también en el interior de las tierras, de donde descienden á los ríos abundantes en pescado.

Las especies de mayor tamaño son excesivamente glotonas y pueden considerarse como los *buitres del mar*, eminentemente necesarios en la policía de las playas, á las cuales limpian de inmundicias, sin desdeñar tampoco los peces corrompidos.

De las *gaviotas*, ó sean las especies pertenecientes al géne-

ro *Larus*, se citan en España: el *L. glaucus*, Brünn., que frecuenta durante la mayor parte del año la Albufera de Valencia; el *L. leucopterus*, Faber., que aunque es habitante de las regiones árticas, se ve alguna vez en nuestras costas; el *L. marinus*, Lin., también abundante en nuestras costas orientales, anidando en los islotes del mar Menor; el *L. fuscus*, Lin., que igualmente se ve en gran número durante todo el año en las

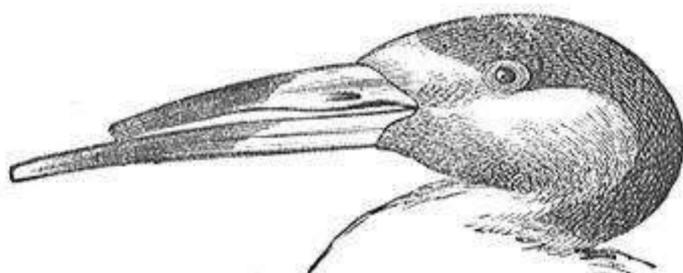


Fig. 44.—Cabeza de pico-tijera.—*Rhynchops*.

dichas costas y en las meridionales; el *L. argentatus*, Brünn. (figura 42) que se observa de la misma manera todo el año en todas nuestras costas; el *L. audouini*, Payraud, común en la primavera en la isla Alborán; el *L. gelastes*, Licht., escaso y sólo presentándose en el invierno en las costas meridionales; el *L. canus*, Lin., y el *L. tridactylus*, Lin., ambos raros; el *L. ridibundus*, Lin. (fig. 45), que es muy común y sedentario en algunas regiones de la Península, y el *L. melanocephalus*, Natt., que también es muy abundante en las costas meridionales y orientales de España por el invierno y primavera.

Golondrinas de mar—STERNA.—Las *golondrinas de mar* se diferencian de las *gaviotas* porque su pico es puntiagudo y derecho, las patas muy cortas, la palmadura menos completa, las alas muy largas y estrechas, como la cola, cuyas plumas laterales alcanzan mucha longitud. Se alimentan exclusivamente de peces. Varias especies podemos citar en España: la *S. anglica*, Montag., de cabeza y cuello negros; alas, cola y vientre cenicientos; no deja de ser abundante. La *S. cantiaca*, Gmel., de frente y cabeza negras, parte superior de color ceniza é inferior blanco; abundante también en nuestras costas meridionales; la *S. hirundo*, Lin., que se ve por la primavera y verano en las playas, y la *S. minuta*, Lin., y otras más *golondrinas de mar* que no es posible recordar.

Suborden 3.º—TOTIPALMAS (*totus*, todo; *palma*, palma).

—*Pico variable. Alas largas. Pulgar reunido á los demás dedos por medio de una palmadura común.*

Aves de mar, nadadoras, buzadoras y pescadoras.

F. Tacipetidas ταχιμετης, de vuelo rápido).—*Membranas interdigitales muy escotadas.*

Á esta familia pertenecen los *rabihorcados*.—*Tachipetes*— (figura 1.^a de estos estudios), que tienen la cola ahorquillada y

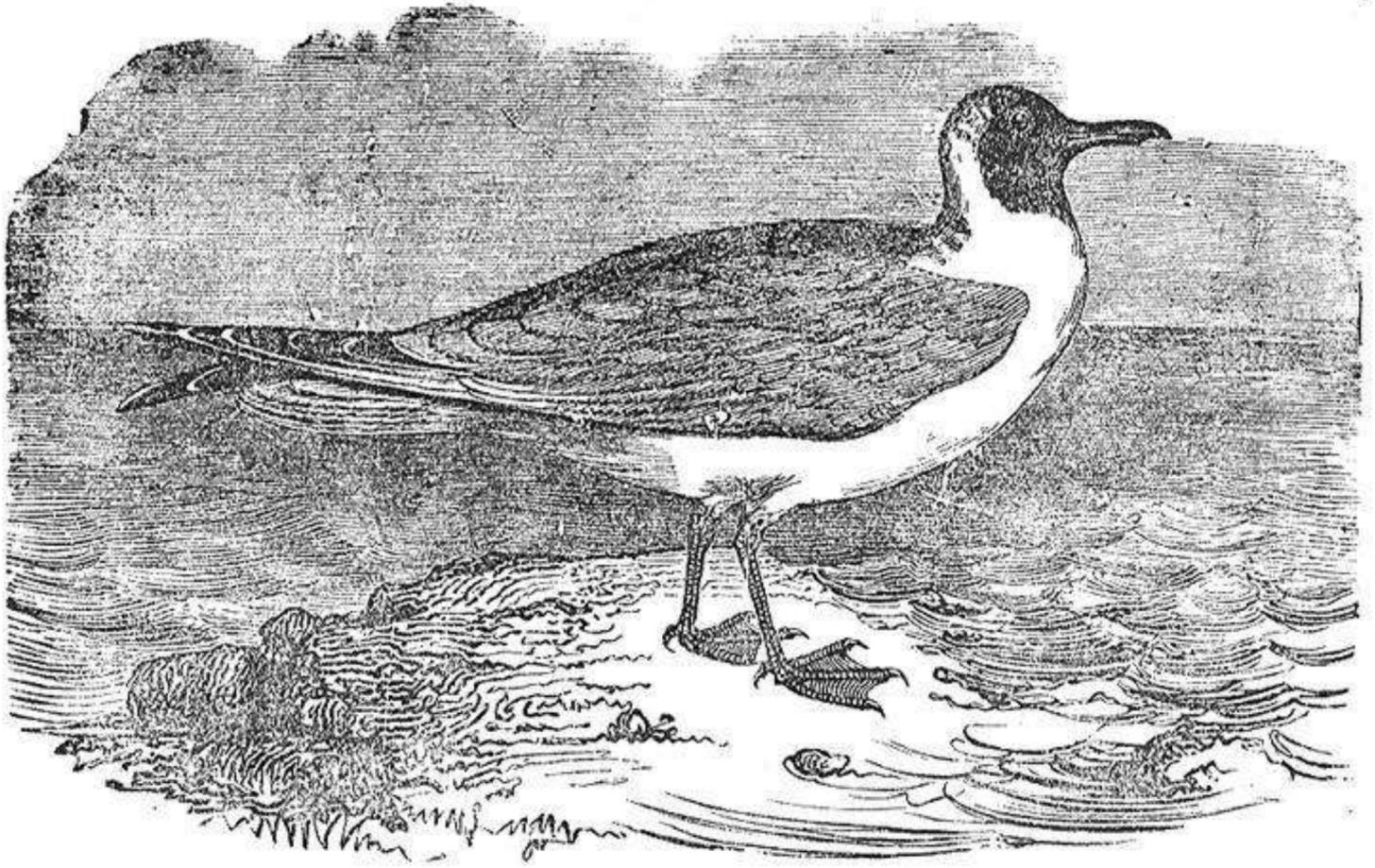


Fig. 45.—*Larus ridibundus*, Linn.

alas extremadamente largas; entre ellas se hallan las *aves marinas* más infatigables y más rápidas en el vuelo. Pertenecen á las regiones tropicales.

Los caracteres principales de estas *aves* consisten en tener el pico más largo que la cabeza, las mandíbulas encorvadas en la punta y la parte anterior del cuello desprovista de plumas. Las alas, cuando están extendidas, alcanzan una longitud de tres metros, lo cual explica su poderosísimo vuelo. Los navegantes que las han visto en los mares que habitan, dicen que se encuentran á 200 ó 300 leguas separadas de la tierra. Cuando se desencadenan las tempestades, se elevan á las regiones encalmadas de la atmósfera. Por sus grandísimas alas parece que pueden sostenerse, según hemos leído, días enteros en los aires, sin permitirse ningún género de reposo. Su vista es tan perspicaz, que perciben á una larguísima distancia las columnas de peces voladores y otros animales que apenas se hacen visibles.

F. Esteganopódidas (ατεγαυιτινς, palmípeda).—*Membranas interdigitales enteras.*

De esta familia son los *rabos de junco*—*Phaeton*,—cuyas dos rectrices medianas son muy largas; son aves del trópico; y los *Sula*, de pico dentado en sierra, y conocidos con el nombre de *locos* por la estupidez con que se dejan coger la presa que hicieron.

La aparición de las *aves* llamadas *rabos de junco* anuncia á los navegantes la proximidad de la zona tórida, suponiéndose que las mismas jamás traspasan los límites de la referida región. Cuando, avanzando, algunas veces se separan mucho de las costas, descansan de su fatiga reposando sobre el mar por medio de sus grandes palmaduras. Se alimentan de peces y de *pulpos*. Cuando llegan á tomar tierra, la grande abertura de sus alas les obliga á elegir posiciones elevadas, como las cimas de los árboles ó los picos de las rocas. En islas aisladas y solitarias nidifican, colocando sus nidos en los huecos de los árboles más altos, ó en las grietas de las rocas de difícil acceso. Especies diferentes de *peces voladores* constituyen su alimento, y sobre ellos se lanzan teniendo las patas y cuello horizontales. Se reúnen siempre en bandadas numerosas en las islas donde tienen costumbre de nidificar. Son comunes en el Brasil, isla de la Ascensión, Marianas y Molucas.

Indicaremos algunos géneros y especies españolas.

Alcatraz.—GÉNERO *SULA*.—Las *aves* del género *Sula* son pesadas, poco graciosas y más gruesas que los *patos*. Se les ha llamado vulgarmente *locas* en algunos países por su manera de vivir. Cuando se encuentran obstruyendo un camino cualquiera, no oponen ninguna resistencia á quien trate de franquearlo, dejándose matar á golpes antes que abandonar la tierra sobre que descansan. Poseen un vuelo muy rápido, pudiendo alejarse en el mar á más de veinte leguas de la tierra, aunque la proximidad de ésta suele anunciarse también con su presencia. Rozan volando la superficie del agua, para coger los peces, *arenques* y *sardinias* que nadan descubiertos. La piel de su cuello es dilatable, pudiendo engullir presas de algún volumen. Las *aves* de este género se encuentran en to-

dos los puntos del globo, y en España se puede citar el *alcatraz*—*Sula bassana*, Briss.—de color blanco, remeras negras, parte desnuda de la cara y garganta azul negruzco y región occipital amarillenta. Aunque es propia del Norte de Europa suele aparecer con poca abundancia sobre nuestros mares, cerca de las playas, en los inviernos muy crudos.

También pertenecen á la familia *Esteganopédidas* los *Plo-tus*, que tienen el cuello muy largo y nadan entre dos aguas. Los *pelícanos*—*Pelecanus*,— con el pico muy largo, deprimido y provisto de una bolsa en la parte inferior; se les puede enseñar á pescar. Los *cormoranes*—*Phalacrocorax*,—caracterizados por su pico largo y comprimido, y que se domestican en China, donde se les destina á pescar, rodeándoles el cuello de un anillo para impedir que se traguen la presa. Recordaremos algunos géneros y especies españolas.

(Continuará.)

LOS ORÍGENES DEL IMPERIO ROMANO

CAPÍTULO PRIMERO

La república moribunda. Indecisiones de los senadores.

Asesinado César el año 44 antes de J. S. por los republicanos fanáticos, ante la estatua de su rival, privado el Senado de aquel brazo de hierro, atraído á Roma Sexto Pompeyo, que á la sazón se revolvía en Lusitania y Celtiberia, por el ofrecimiento del mando en jefe de los ejércitos de Italia, puede decirse que comenzó la constitución imperial. Aunque las formas democráticas persistiesen, el sentimiento había muerto en el corazón del pueblo: hablar de él en esta época, equivale á pronunciar su oración fúnebre.

El desenvolvimiento de Roma, á partir de la muerte del héroe de Munda, se divide en dos períodos muy distintos, que abarcan cortos espacios de tiempo. El primero se extiende del año 43 antes de J. S. al año 30; el segundo, del año 30 al 14 después de J. S.

Durante el primer período, el mundo buscó á su verdadero jefe, un gobernante que quedase reconocido sin litigios de ningún género. Gestación dolorosa fué la que entonces sufrió la república moribunda. ¡Guerra interior en la que tomaron parte los últimos representantes de la Roma tradicionalista y democrática, atravesando esa crisis final conocida con el vago nombre de *segundo triunvirato*! Por el contrario, durante el subsiguiente período, todo cambió de aspecto; al gran movimiento político-guerrero que parecía destinado á transformar la situación exterior é interior de Roma, siguió una paz corrompida y anémica, fundada en la abyecta molicie ¡Por dicha,

el Cristianismo apuntó entonces amenazando á todas las instituciones paganas! ¡Por dicha, la justicia de Dios, que á la corta ó á la larga castiga los pecados de las naciones, originó una revolución que, por sus audaces ideales y por su generosidad, creó el objeto y afirmó la base de la futura ley de las almas! ¡Por dicha, la palabra sembrada en el rincón de la Judea, extendiéndose por el orbe, elevó el sentimiento de la solidaridad, unió á los hombres para la defensa y gloria de los más altos intereses, fomentó la austeridad de las costumbres y procuró el engrandecimiento de todos los órdenes sociales!

Dos cosas resultan principalmente de un cabo al otro de los períodos indicados: el envilecimiento paulatino del pueblo, derivado de su cobardía y culpable indecisión, y la habilidad de la intriga en los grandes, cuya política se extendió como una red que todo lo cubría. Si bien los matadores de César contaban con buenos ya que no numerosos partidarios, por estar de su parte la mayoría de los senadores, el efecto producido en todos por la atroz acción cambió completamente el aspecto de las cosas. Aquellos tradicionalistas rabiosos habían formado bien el plan para la conjuración, pero no tenían nada preparado para sostenerla. Cicerón, con su acostumbrada perspicacia, no tardó en manifestarse convencido, diciendo: *Hombres por el corazón, no eran sino niños por la cabeza.* Y aun pudiera añadirse que ni obrando con más decisión personal hubieran logrado su objeto. Los crímenes políticos pierden las causas á cuyo servicio se ponen: al suprimir á César, Bruto y sus cómplices creían asesinar á un tirano, y lo que en realidad asesinaban era lo que pretendían enaltecer, á su propia madre, la república romana.

Cuando, hundido su puñal en el corazón de su bienhechor, trató Bruto de arengar al Senado, con una inoportunidad que él mismo comprendía (1), los senadores habían desaparecido;

(1) Esa inoportunidad la reconoció también Séneca, á pesar de la simpatía que le unía con Bruto por su estoicismo. En el tratado *De beneficencia*, II, 20, sin perjuicio de alabar á Bruto, equiparándole en severidad y grandeza á Catón, juzga su crimen de manera desfavorable. «Bruto, dice, hombre recto y sublime en cualquier otra cosa, me parece que erró en ésta completamente, esperando establecer la libertad

por todos lados cundía el terror, extendiéndose velozmente desde la asamblea á las calles y á los comercios. Los mismos conjurados, ante el triste cuadro que á sus ojos se ofrecía, quedaron cabizbajos, vacilantes, como horrorizados de lo que habían hecho. En vez de dar voces de triunfo y de igualdad, al verse abandonados de los senadores, se estrechaban unos contra otros como asesinos. Sin que nadie los atacara, parodiaron el defenderse: echando al brazo las togas y apoyando sobre el pecho los puñales, decidiéronse por fin á salir y atravesaron la ciudad armados con un gorro levantado sobre un palo, gritando ya que el trono había muerto; pero los ciudadanos, ó permanecían mudos, ó se alejaban horrorizados, ó se aprovechaban del barullo para dedicarse al saqueo, como sucede siempre. Luego se atrevieron á lanzar exclamaciones subversivas contra los criminales, de modo que éstos se vieron obligados á retirarse y buscar un refugio. Encontráronlo más seguro que en parte alguna en el Capitolio, ocupado al efecto por los gladiadores de Bruto; y aunque repartieron dinero al pueblo, la indiferencia de éste continuó amenazando convertirse en oposición neta.

Á pesar de esto, Antonio, Lépido y demás amigos de César que creían más poderosa y temible la conjuración y muy distintos los resultados del crimen perpetrado en el campo de Marte, se habían puesto en salvo prudentemente. Alentados por este pequeño pánico de la hueste cesarista, algunos senadores, como Cinna, Léntulo, Espinter y Favonio, se dirigieron al Capitolio. Parece que Bruto, al consumir su asesinato, había pronunciado estas palabras, tan significativas para el matador de Catilina: *ya tienes, ¡oh Cicerón! vengada la república*. Pero es lo cierto que el gran orador nada sabía de la conjuración, pues cuando al oscurecer se presentó en el Capitolio, quejóse repetidas veces de que no se le hubiese invitado al alegre festín de los idus, según se desprende de una de sus

donde tanto era el atractivo de mandar y de servir, y juzgando que la ciudad podría volver á su primitiva forma después de haber perdido las costumbres... ¡Cuánto ignoró la naturaleza de las cosas y de su ciudad quien, muerto uno, creyó que faltarían otros que quisiesen lo mismo!»

cartas (1) á Trebonio: *Quam vellem ad illas pulcherrimas epulas me idibus Martiis invitasses reliquiarum nihil haberemus. Ut nunc instantum negotii est, ut vestrum divinum in republica beneficium nonnullam habeat querellam.* Y en su carta á Casio (2): *Vellem idibus Martiis me ad coenan invitasses: reliquiarum nihil fuisset.* Y á despecho de las protestas que hace de amistad con Antonio (3), afirma que deploraba no haber asistido al «bellísimo banquete» para que éste hubiera sido más completo, pues habría persuadido á los coujurados á quitar también de enmedio al joven Cónsul. *Quemquam (Antonium) praeterea oportuisse tangi* (4). Cosa sorprendente es ver expuesto sin vergüenza alguna en las *Philippicae* y en el tratado *De officiis* su regocijo por la muerte de César (5), y comprendiendo uno, teniendo en cuenta la moderación relativa del príncipe de la oratoria romana, lo que hubiera podido hacer la multitud, á no hallarse impresionada por aquella muerte é influida por la cada vez más determinada organización monárquica. Mas hay una cosa indudable, y es que Cicerón no tenía ya fe en el pueblo romano. «Está derribado el árbol, decía amar-

(1) *Ad familiam*, X, 28; XII, 4.

(2) *Ibidem*, XII, 4.

(3) «*Ego Antonii inveteratam sine ulla offensione amicitiam retinere volo* (XVI, 23).» «*Cui quidem ego semper amicus fui, antequam illum intellexi, non modo aperte, sic etiam liberatur cum republicâ bellum gerere* (XI, 5).»

(4) *De officiis*, II, 8, 27; III, 6, 21.

(5) «*Quid mihi attulerit ista domini mutatio praeter laetitiam quam oculis caepi, justo interitu tyranni* (*Ad Atticum*, XIV, 14). *Noster est Brutus, semperque noster cum sua excellentissimâ virtute reipublicae natus, tum fato quodam paterni maternique generis et nominis... Est Deorum immortalium beneficium et munere datum reipublicae Brutorum genus et nomem, ad libertatem populi romani vel constituendam, vel recuperandam... Omnis voluntas Bruti, omnis cogitatio, tota mens, auctoritatem senatus, libertatem populi romano intuetur; haec habit proposita haec tueri vult... Reddite prius novis Brutum, lumen et decus civitatis: qui ita conservandus est, ut id signum, quod de coelo delapsum. Vistae custodia continetur; quo salvi, salis sumus futuri. Animadverti dici jam a quibusdam, exornari etiam nimium à me Brutum nimium Casium ornari. Quos ego orno? nemper eo sequi insi sunt ornamenta reipublicae.» *Philippicae* X, 6; IV, 3; X, 11; XI, 10; XVI, 14.*

gamente (1), pero subsisten las raíces... El tirano ha muerto, pero la tiranía vive aún.» Uno de los mayores defectos de Cicerón fué siempre la tendencia á vacilar, y así como otros nacen guerreros, es decir, arrojados, él parece que nació orador, con las complicaciones de indecisión, de docta falsía que constituyen la gloria tradicional del oficio. Sin embargo, en aquellas graves circunstancias mostró una actividad que nadie le suponía ya, proponiendo que al punto se reuniesen el Senado y el Capitolio para obligarle á franquearse seguidamente y resolver lo más oportuno (2), pues por ser Bruto y Casio pretores podían legalmente convocarlo. Creía que procediendo con rapidez y oponiendo la violencia á los dos inertes partidos, sabrían los senadores dar un golpe de Estado que sacase á Roma de su desastrosa posición de equilibrio; pero Bruto, que tanta firmeza demostró para matar á César, careció de ella en absoluto para convocar la curia. Alejó del Capitolio á muchos que trataron de aliarse con él, pretextando que no debían ser partícipes del peligro los que no lo habían sido del hecho. Esto fue lo que le perdió. Los patricios, rechazados con tan inútil y extemporánea delicadeza, se dejaron llevar insensiblemente al partido de amigos del muerto; y cuando Bruto, ansioso siempre de atraerse al pueblo, que precisamente era el único elemento hostil á su política, bajó al Foro (16 de Marzo) y pronunció una fría y severa oración, escuchada sin murmullos, pudo reconocer toda la transcendencia de su error. Al secundarle el pretor Cornelio Cinna, pariente del dictador, se alzó una protesta universal en el auditorio, que hizo á los asesinos volver al Capitolio á acogerse á la defensa de los gladiadores. Y es que «así como cuando se ha puesto el sol, se recuerda solamente la benéfica sonrisa con que avivaba la naturaleza, no las desgracias que producía, así también pareció que la muerte de César expiaba todas sus culpas, dando

(1) *Ad familiam*, XII, 1; V, 4.

(2) *Meministi me clamasse, illo ipso primo capitolino die, si natum in Capitolium a praetoribus vocari Dii immortales quae tum opera effici potuerunt, lactantibus omnibus bonis, etiam sat bonis, fractis latronibus. Ad Alicum*, XIV, 10.

mayores proporciones á sus beneficios» (1). Esto, como es natural, iba acompañado de un marcado odio hacia los autores del crimen.

Los amigos de César pensaron valerse de esta disposición de ánimo de las turbas. «En los momentos de sorpresa que siguen á un hecho inopinado, ha dicho Montesquieu (2), es fácil hacer todo lo que la audacia quiera.» La audacia, unida á una hipocresía y una prudencia sutilísimas, convirtió al cónsul Marco Antonio en el hombre de la situación. Empezó por apoderarse del archivo de César y, lo que es más, de su tesoro (4.000 talentos), á despecho de la resistencia de Calpurnia; y poniendo asimismo sus manos en las riquezas públicas, sacó 700 millones de sextercios, que guardó en su domicilio. En seguida estrechó su amistad con Lépido, jefe superior de la caballería del difunto *Imperator*, casando una hija suya con un hijo del último, y prometiendo además á éste el pontificado máximo que César dejara vacante y la conservación de sus dos provincias, la Narbonense y la España Citerior. Por tal medio podía confiar en el apoyo de las tropas, así como en la adhesión de los veteranos de César. Lépido quiso sublevar á muchos de éstos, que estaban acampados en la isla del Tíber, y llegó á introducirlos en la ciudad; Marco Antonio, más astuto y más habil, aparentó entablar un acuerdo conciliador con los hombres del 15 de Marzo, quienes designaron por cónsul á Dolabela, á pesar de su corta edad (3). Cicerón no miraba con buenos ojos esta determinación, cuyas consecuencias en parte adivinaba; pero Marco Antonio se impuso, y el 17 de Marzo se convocó al Senado para que declarase si César había sido tirano ó legítimo magistrado y, por consiguiente, si su muerte era un acto libertador ó un parricidio.

Que no se trataba ya del restablecimiento de la república y de sus elementos aristocráticos, sino de si el futuro monarca, el heredero de César, se llamaría Cayo ó Marco, se vió bien

(1) *Cantú, Storia universale*, V, 19.

(2) *Grandeur et decadence des romains*, IX.

(3) Según Apiano (*Bellum civile*, II, 129), sólo contaba veintiséis años.

pronto claro (1). En primer lugar, la sesión no se verificó en el Capitolio, sino en el templo de Telo y con el foro ocupado por una legión de Lépido. Los matadores no tuvieron valor para acudir; la multitud, sin embargo, advirtió á Antonio que tuviese cuidado; éste entonces levantó la toga y enseñó la coraza.

Yo creo que no es necesario analizar la escena bajo el punto de vista del valor exacto de los hechos; basta fijarse en sus resultados, el primero de los cuales fué que el Senado reconoció expresamente fuerza legal á las disposiciones dictadas por César y al nombramiento de nuevos funcionarios para los próximos años, sancionando así el orden de las cosas existente. Al comienzo los senadores, animados por las fuerzas militares de que Bruto disponía como gobernador de la Galia Cisalpina y por la elocuencia del cónsul Dolabela (que había propuesto que los *idus* de Marzo se celebrasen en lo sucesivo como el día de la renovación de la república), pidieron que se proclamase á César déspota y se lanzase su cuerpo al río. Pero no podía esperarse resultado ni efecto eficaz de esta proposición, que comprometía los intereses de muchos; pues empezando por los mismos matadores, apenas había entre ellos uno que no tuviese nombramiento por cinco años en la magistratura de Roma, en la gobernación de provincias ó en el mando del ejército. Antonio, con sólo poner ante los ojos de los senadores esos nombramientos hechos por César, les cerró toda salida. Cicerón, dueño siempre de sí mismo, pidió una amnistía general de lo pasado, consiguiendo que se aprobara este senadoconsulto: «No se intentará acción criminal por la muerte de César y se ratifican todos los actos de su gobierno *en bien de la república*». Donde se ve más claro el carácter antinónico de aquella asamblea es en estas últimas frases, las que más preocupaban á los conjurados. Ahora bien, lo peor estuvo en que todos los ciudadanos á quienes César había dejado terrenos exigieron asimismo lo que de hecho les pertenecía, y hubo que redactar otro senadoconsulto en su obsequio. Determinación de funestos resultados, que en aquel caso

(1) Jäger, *Weltgeschichte*, VIII, 1.

dió al mundo un espectáculo que los sociólogos partidarios de la reciente escuela del materialismo histórico ó del sentido económico de la historia podrán aprovechar con fruto para confirmar su tesis. Todos execraban al tirano como tirano, pero reconocían cuánto había ejecutado á su favor... *en bien de la república*. En esta contradicción, más que en nada, se ve que la historia es inventada y que muy poca parte de ella está escrita sobre la observación inmediata. Siempre han abundado, en verdad, esos vividores, cuyo *facit* práctico consiste en acomodar á las grandes proporciones de la existencia y de su conducta general aquella socorrida treta de lamentarse de los malos tiempos y acariciar á hurtadillas el dinero en el bolsillo (1).

En la sesión tempestuosa del 17 de Marzo, todas las clases de la nación, ampliamente representadas en el Senado, se hallaban predispuestas á la amnistía. En efecto, todos tenían algo que perder: las clases privilegiadas, sus gobiernos de provincia; los jurisconsultos, sus magistraturas de Roma; los soldados, sus mandos de ejército; los ciudadanos, sus asignaciones de tierras. Al otro día volvió el pueblo á reunirse en el Foro. De los muchos oradores reunidos en la Junta, los tradicionalistas, especialmente el cónsul Dolabela y el infatigable Cicerón, dieron señalado ejemplo de gravedad y solidez en sus discursos en defensa de la unión y de la paz. La multitud obligó á los republicanos á descender del Capitolio; Lépido y Antonio les mandaron sus hijos en rehenes, y al presentarse en el Foro los dos cabecillas de la conjuración, una salva de aplausos celebró su llegada. Los dos cónsules se abrazaron (2), Bruto cenó con Lépido y Antonio con Casio, que preguntado por si anfitrión si llevaba oculto algún puñal, contestó: *Llevo uno para quien se atreva á aspirar á la tiranía*. Cicerón creyó haber logrado aquel día la tranquilidad de Roma y la reconciliación de todos los elementos enemigos; pero su optimismo le engañó y su previsión no fué justa.

No podían, en efecto, esperarse orden ni concierto durade-

(1) Pesch, *Die Weltrüthsel*, V, I, 2, 2.

(2) Es de advertir que Dolabela, cónsul nombrado para el año inmediato, había sustituido á César, como compañero de Antonio.

ros de la política de un hombre como Antonio, cuya regla de conducta era la intriga y el engaño. Lo primero que hizo, después del acuerdo tomado, fué leer en público el testamento del muerto. De esta lectura se encargó su cuñado L. Pisón. El dictador adoptaba por hijo á su sobrino Octavio, y á falta de este joven, reservaba una gran parte de sus bienes á Bruto, á su matador. Nombraba también herederos á Lucio Pinarío y Quinto Pedio, sus sobrinos segundos, y legaba al pueblo su palacio y sus jardines allende el Tíber y tres mil sextercios para cada ciudadano. Dado el caso de que Calpurnia le hubiese favorecido con un vástago, designaba por tutores á varios de los matadores, y á otros dejaba muchas fincas y benévolo recuerdos (1). No era menester más para excitar la furia de la multitud, cada vez más conmovida por el patriotismo de César (2).

La amnistía, que libraba al difunto de la inculpación de despota y que mantenía válidas todas sus acciones, no sólo impedía la confiscación de sus bienes y hacía su testamento válido, sino que le daba derecho á recibir honores fúnebres. Antonio se aprovechó de esta segunda circunstancia para herir aún más directamente el corazón de las turbas y dar al traste con el resto de prestigio que quedaba á los conjurados. La hoguera

(1) Entre los romanos mirábase como una obligación sagrada el acordarse en los testamentos de los camaradas y protutores, y como una injuria el no mentarlos. Esto era un chorro de oro para los jurisconsultos de Roma, y Hortensio y Cicerón bebieron de él á borbotones, según nos informa el último en sus epístolas con más claridad que delicadeza. En la época de los Césares, nadie moría que no les transmitiese algo; de otro modo se turbaba al heredero en las propiedades recibidas y á veces hasta se anulaba el legado.

(2) Notemos con Duruy (*Histoire des romains*, 59) que en aquel testamento en que se nombraba á tantas personas, no se mienta á Cleopatra ni á Cesarión, á quien ella hacía pasar por hijo de César, y muy probablemente lo era. Esta omisión prueba la falsedad de los rumores que se hicieron correr respecto de la influencia de la reina sobre César y sobre los proyectos neciamente atribuídos al dictador de querer trasladar á Alejandría la capital del imperio. Se ha atribuído al gran hombre la locura de Antonio; y mal que les pese á los historiadores novelescos, hay que reducir estos amoríos reales á las proporciones de una aventura fortuita sin influencia alguna en los negocios públicos.

de cremación se había colocado en el Campo de Marte; pero el sitio desde donde debía pronunciarse la oración fúnebre era el Foro. Allí se llevó el cadáver en un lecho de marfil con extraordinaria pompa, y Antonio, situado á un lado de él, empezó así su elogio: «No es justo que á un hombre tan grande se entonen sólo los ditirambos de mi palabra, pobre siempre en conceptos y más ahora que se halla embargada por el dolor. Pero escuchad, escuchad la voz de la patria misma». Y acto seguido leyó con entusista lentitud cuantos senadoconsultos otorgaban á César loores divinos, proclamándolo santo, inviolable, padre de la patria. «He aquí, concluyó diciendo á tiempo que se volvía repentinamente hacia el lecho mortuario, he aquí la prueba de la clemencia de ellos con él. Á su lado todos han encontrado seguro, y él mismo no ha podido salvarse: sus propios protegidos lo han asesinado. ¡Y habían jurado defenderlo! ¡Y habían consagrado á los dioses infernales á todo el que no lo cubriera con su cuerpo!» Recordó además sus proezas, sus conquistas innumerables, sus glorias de guerrero, y palpitante y lloroso expuso á la vista del pueblo la desgarrada toga y el busto en cera del dictador con todas sus heridas, á tiempo que el coro fúnebre cantaba: «No los ha salvado sino para morir por ellos». *¡Men' men', servasse ut essent qui me perderent!*

Al oír el canto de Pacuvio, el pueblo no pudo contenerse. Alzóse un grito común de venganza; los soldados arrojaron en la pira sus lanzas, los veteranos sus coronas, las damas sus atavíos; la masa, moviéndose como un solo hombre, tomó encendidas teas y corrió á prender fuego á las casas de los conjurados, y hasta se creyó divisar á Cástor y Pólux trayendo el primer tizón. Una circunstancia fortuita, la aparición de un cometa, hizo creer al vulgo que aquel astro era el alma de César que acababa de ser recibida entre los dioses; creencia que Antonio contribuyó á robustecer construyendo en el templo de Venus una estatua de bronce que representaba al dictador con una estrella de oro en la cabeza. En fin, el duelo fué general, pues según Suetonio (1), hasta los hebreos continua-

(1) *César*, 84.

ron durante muchas noches el llanto, cosa, por otra parte nada extraña, si se tiene en cuenta que César, después de castigar duramente la profanación que se había hecho de su templo, les eximió del tributo durante el año sabático (1) y les permitió establecerse y establecer una sinagoga en Roma en la parte denominada todavía hoy *Vicus Judaeorum* (Barrio de los Judíos), dándoles una libertad que no han conocido bajo los Pontífices llamados cristianos, que les han obligado hasta hace poco á cerrar el barrio á ciertas horas y á ir á oír la predicación del Catolicismo en una iglesia inmediata, donde había un crucifijo sobre la puerta con un rótulo, escogido de un salmo, en que se leía: «Todos los días estoy extendiendo los brazos á un pueblo que no cree en mí y me contradice».

Ya he dicho anteriormente que Sexto Pompeyo fué llamado á Roma por el Senado, y que desde aquel punto y hora puede afirmarse que comenzó la constitución imperial. El autor de esta obra fué también Antonio, que creía así atraerse de una vez la confianza de los senadores. El cónsul parecía más preocupado de ser desagradable á los republicanos que de resolver un problema político. Luego, pretextando haber puesto en su contra á la plebe, por lo duramente que castigó algunos tumultos levantados con motivo de los últimos sucesos, pidió al Senado una guardia de 6.000 hombres para su seguridad personal, lo que, unido al apoyo de Sexto Pompeyo, á quien confió las fuerzas navales de la república, y á la adhesión de Lépido, á quien hizo conceder el sumo pontificado, le creó una situación que le permitió quitarse la careta.

Dueño de todo y de todos, empezó á malbaratar una buena parte de los caudales dejados por César. Había llegado lentamente á ser el mayordomo, tesorero, agente y contador de la República. Todos los nombramientos pasaban por sus manos: vendía empleos, honores, hasta provincias. Armenia, por ejemplo, fué cedida por oro á Deyotaro, y Creta pagó en dinero sonante su independencia. Aquello era un tráfico, un comercio que ponía febriles á todos los buenos patriotas.

(1) Josefo, *Antigüedades judaicas*, XIV, 3, 5.

Á pesar de tanto poder y tanta fuerza Antonio estaba condenado por naturaleza á no conseguir su fin. Los mismos que reconocían su capacidad y su energía le estimaban poco á causa de su inmoralidad. César le había querido sólo como guerrero, deplorando de otro lado su ligereza, su avaricia, sus vicios, su carencia de ideales levantados. Astuto y firme, Antonio no tenía ni un adarme del genio y del sentido político de su general. Con sus últimas medidas y sus escandalosos tráficos se hizo sospechoso á la mayor parte de las gentes y á sus propios aliados. Cayó en los defectos de que acusaba á sus adversarios, y se comprendió pronto por el gran número que se hallaba bajo el yugo de una idea preconcebida, lo que debilitaba mucho la autoridad de sus decisiones. Para atraerse el favor de los sicilianos les otorgó el derecho de ciudadanía: quizá se tratase realmente de uno de los planes que César forjara. Pero estaba Antonio muy distante de la consecuencia y de la seriedad de César en punto á concesiones. Respetando unas veces las leyes de Sicilia y otras echándolas por tierra, se mostró como un niño del convencionalismo; no restableció la tercera decuria de jueces sino para componerla de soldados de la legión gálica de la *Calandria*, principal sostén de su futura seguridad; y después de celebrar entrevistas con Bruto y con Casio para inspirarles confianza y ofrecerles toda clase de protecciones, les despojó de sus gobiernos de Siria y Macedonia, que repartió con Dolabela, y les dió los de Creta y Cirene, que eran los más pobres de la república. Pero los dos conjurados, aunque se habían retirado ante la indignación popular, no abandonaron los alrededores de la capital para observar á Antonio, cuya doblez y siniestra intención no se les ocultaba.

CAPÍTULO II

Intervención de Octavio.—Guerra de Módena.

En esta sazón llegó á Roma de Grecia, donde estaba desde la guerra con los partos un joven de diez y nueve años, grandemente deplorable en lo físico, pues cojeaba, tenía el hígado

dañado, sufría horribles excitaciones de nervios, padecía lo mismo con altas que con bajas temperaturas, y para conservar su salud necesitaba tomar constantemente cocimientos de lechugas y manzanas. Llamábase el tal mozalbete C. Julio César Octaviano, y era hijo de Cayo Octavio, rico caballero romano, originario de Velitras, y de Accia, hija de la hermana de César. Lo temprano de la edad en que perdió á su padre indujo á César á adoptarlo como si presintiese que él había de organizar el imperio y consolidar la paz y la unidad romanas. Porque aquel niño de pequeña estatura, naturalmente tímido, que escribía hasta lo que debía decir á su mujer y se asustaba de su voz, afónico; que se veía precisado á hablar al pueblo por medio de un heraldo; pusilánime en la guerra, hasta el punto de enfermar la víspera de todas las batallas, y que huyó en cierta ocasión á todo correr de los mismos soldados que se le habían sometido; aquel niño, repito, se sentía lleno de la táctica política, tan distinta de la de los campamentos; tenía un carácter reservado, que daba tanto á la prudencia como César á la audacia; sabía insistir, perseverar, variar de partido, y según la necesidad, mostrarse cruel ó magnánimo, leal ó hipócrita, como lo demostró en el caso mencionado de su fuga, mandando matar á los que habían sido testigos de su timidez; era, en fin, ingrato con los mismos que, como Cicerón, fueron su verbo y aborrecedor *a priori* de los aristócratas, pues al entrar en la juventud y ceñir la toga viril, como se le cayese de los hombros, cuentan que exclamó: «Así he de hollar bajo mis plantas las togas de los senadores».

Octavio y Antonio unidos arrancaron á la república su cabeza, que era la antigua aristocracia; su lengua, que era Cicerón; sus entrañas, que eran Bruto y Casio (1).

Dejemos que el propio Octavio nos refiera el comienzo de su vida pública. «Á la edad de diez y nueve años, dice (2),

(1) Castelar, *La civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo*, I, 102.

(2) Mommsen, *Res gestae divi Augusti*. Este documento es mejor conocido por el nombre de *Inscripción de Aneira*, por haber sido descubierto en esta ciudad de la antigua Galatia, grabado sobre los muros del templo de Roma. Véase á Guiraud, *Lectures d'histoire romaine*.

levanté con mi autoridad privada, y á mis expensas, un ejército que me permitió devolver la libertad á la república, oprimida por un partido (1). En recompensa, el Senado, por decretos honoríficos, me admitió en su seno, bajo el consulado de C. Pausa y de A. Hirtio (cuarenta y tres antes de Jesucristo), dándome el derecho de hablar como cónsul, confiriéndome el *imperium* (2) y confiriéndome el cuidado de velar por el bien público... Habiendo el mismo año perecido los dos cónsules en la guerra, el pueblo me nombró cónsul y triunviro encargado de organizar la república». Con tan sencillo lenguaje y en tan breve trecho resume Octavio los primeros actos de su dominio sobre Roma.

Envolvía el problema para él graves dificultades. Sus camaradas le aconsejaron ante todo que no tomase el nombre de César; pero Octavio, mejor aconsejado por sí mismo en este punto concreto, usó tal título desde que desembarcó en Italia y se anunció á la guarnición de Brindis, que estaba toda de su parte. Acto continuo, y con la resolución de que pronto dará elocuentes pruebas, se atrevió á procurarse recursos por un medio ilegal y violentísimo, cual fué de interceptar el tributo de las provincias ultramarinas. También se resolvió á pasar á Roma solo, no obstante la oposición de sus deudos y amigos, á reclamar la herencia de César, que podía serlo todo menos digna de envidia, ya que no hacía sino crearle graves y peligrosas obligaciones. Fuera de esto, y aun en esto mismo (puesto que cuantos esperaban algo de las disposiciones testamentarias de César vieron en Octavio al natural realizador de sus exigencias), nuestro hombre procedió con una diplomacia y un tino que le ganó todas las voluntades. El día siguiente de su llegada se avistó con el pretor y manifestóle que estaba dispuesto á hacerse cargo de la herencia y de la adopción de César; luego subió á la tribuna é hizo á la multitud solemne promesa de que sería esclavo hasta en el detalle más pequeño de la última voluntad de su padre adoptivo (3).

(1) Alude á la vez á los republicanos y á los amigos de Antonio.

(2) Entiéndase por esta palabra la autoridad en toda su plenitud.

(3) No creo en la expedición de propaganda que Nicolás Damasceno, historiador fragmentario de su vida, le obliga á hacer de Grecia á

El partido senatorial, cuya voz llevaba entonces Cicerón, no se singularizaba en ningún sentido, esperando que los acontecimientos hablasen, y en el fondo veía con buenos ojos aquellas contiendas, que imaginaba eran el debilitamiento de la hueste cesarista y la salvación negativa ó mediata de la república. Por eso Cicerón, cuando fué visitado en las inmediaciones de Cumas por Octavio, que le sedujo con sus halagos y su fingido abandono, se adhirió apasionadamente á su causa. La vista política de Cicerón fué siempre corta y soñaba el muy cándido hacer de Octavio un instrumento contra Antonio. Así lo indicó claramente en el Senado, cuyos miembros reunidos no pesaban entonces en la balanza social de Roma la mitad que Marco Tulio solo. Los republicanos, alejados de la capital, especialmente Bruto, vindicaron con vigorosa templanza los fueros del tradicionalismo, oponiéndose por escrito al nuevo rumbo del patriotismo ciceroniano.

Cuando Octavio había llegado á Roma no estaba en ella Antonio, y esta ausencia no podía ser más funesta para el primero, pues tenía por causa un proselitismo contrario á sus proyectos. Á su regreso, Antonio no se dignó visitar á Octavio; pero éste, lejos de manifestarse resentido, declaró que *á él le tocaba, como joven y particular, ir á saludar á Antonio, respetable por su edad y por sus cargos*. Pidióle, pues, una entrevista, y el otro le citó en los jardines de Pompeyo. Aunque le hizo aguardar bastante, no se ofendió tampoco; y en cuanto se vió en su presencia, después de las protestas de amistad y de darle las gracias por los honores tributados á su padre adoptivo, Octavio le reprochó la amnistía otorgada á los matadores y lo olvidado que tenía el vengar el asesinato, concluyendo por pedirle el dinero que había hecho llevar á su casa, para cumplir con los herederos del dictador. La contestación que Antonio dió á este político desplante del jovenzuelo no está clara para los historiadores. Unos suponen que, temiendo hiciera de él un empleo que le valiese las simpatías

Campania, ni tampoco en el exagerado criterio utilitario con que el mismo autor juzga los primeros actos de Octavio, reduciendo todo su proselitismo á un asunto económico. La narración del texto está, á mi juicio, más próxima á la realidad de la situación.

de la multitud, le entretuvo con buenas palabras. Otros afirman que le replicó duramente, diciéndole que no tenía que dar cuentas á un pariente de César alejado de la vida pública; que el testamento de éste le pertenecía, pues sin su influencia en el Senado hubiera sido anulado y proclamado déspota el que lo redactara; que el dinero lo había gastado íntegro en la compra de los decretos que rehabilitaron la memoria de su tío (1); y, por último, que le veía descaminado si trataba de granjearse en su contra el amor del pueblo, que obra eternamente como un niño.

Posible es que la primera hipótesis conceda á Antonio poca previsión; posible es que la segunda le conceda poca prudencia; pero, de todos modos, el resultado fué desfavorable para él, pues Octavio no cedió. Cobarde, pero hipócrita que, oyendo siempre las opiniones contrarias, seguía la suya propia, apeló á un recurso supremo: el hacer ver con los hechos, como lo había hecho ver su tío al comenzar la vida pública, que si aceptó la herencia, fué solamente para no defraudar á tantas familias de los pingües legados del muerto. El pensamiento de Octavio parecía ser el de comprometer el presente en beneficio del porvenir. A este efecto vendió casas y tierras del dictador, y como éstas no fuesen suficientes, vendió todo su patrimonio y tomó de sus amigos á préstamo. Así se captó las simpatías de la multitud, recibió los aplausos de los soldados, de los políticos, y fué precedido por todas partes de las aclamaciones del vulgo.

El mismo Antonio sentía que su prestigio iba decayendo y que se disminuía su poder, así en el Senado como en el seno del pueblo (2). Veía por qué caminos el pobre mozuelo, que vestía de lana, yendo como el último de los plebeyos á votar

(1) No hay necesidad de llamar la atención sobre el descaro con que mentía Antonio, que en los *idus* de Marzo debía ocho millones, y antes de las calendas de Abril y gracias al capital de César y al escandaloso giro que le dió, no sólo había pagado todas sus deudas, sino atesorado 130 millones, con los que compró soldados y senadores y atrajo á su bando el cónsul republicano Dolabela, que ya conocemos.

(2) Drumann, *Histoire de Rome dans son passage de la république à l'empire*, VI, 2.—Long, *Chute de la république romaine*, V, 4.

á los comicios, y asistía á los tribunales á dar caución por un amigo, y se alojaba en una humildísima casa en el monte Palatino, donde no tenía ningún lujo, y comía un poco de pan, un pedazo de pescado y unos higos cogidos por su propia mano, se adelantaba ahora casi repentinamente al proscenio de la historia de Roma. ¡Niño grande y grande niño! Octavio, á quien en la primera entrevista había Antonio enviado á la escuela con despreciativo tono, fué muy pronto la pesadilla del representante de los veteranos de César. Para acabar con su política personal, fingió de nuevo constituirse en vengador del ilustre hombre asesinado; opuso una ley curiada al legítimo heredero de la adopción; invistió con el derecho á la herencia á gentes extrañas y acreedores supuestos; mandó acechar los actos todos de Octavio, y un día que éste hablaba á la plebe, ordenó que sus lictores le arrancaran de la tribuna. Y á todo ese conjunto de mezquindades y violencias tenían que unirse, más tarde, las amenazas, pues Antonio reconoció, á poco, que el pueblo estaba en contra suya.

Por entonces Bruto hallábase en Mutina (Módena) con algunas fuerzas. Era Módena, según Cicerón (1), «la más fuerte y espléndida colonia de los dominios romanos», y Antonio, que se había hecho confiar el gobierno de la Galia Cisalpina, reunió un cuerpo de ejército con el cual se dispuso á arrojar á Bruto de su posición, pretextando que no consentiría abandonar tal provincia á un matador de César, pero en realidad aspirando á apoderarse de ella para poder conminar de cerca á Roma, viviendo en un estado social nacido de los mismos acontecimientos pasados.

Y ya se veía inevitable la confusión senatorial. Cicerón, orador castizo y elocuente, pero vacío y gárrulo, que no había tenido escrúpulo en el Senado de incensar al advenedizo, al sucesor del dictador, con el humo de su retórica (2), se

(1) *Philippica*, V, 9.

(2) «Me atrevo ¡oh padres conscritos!—decía Cicerón—á empeñar mi palabra á vosotros, al pueblo, á la república; lo que ciertamente no haría, sino obligado por alguna fuerza, temiendo en materia tan grave ser tachado de temerario, prometo, aseguro y garantizo que César será siempre tan buen ciudadano, como y cual debemos desear y que-

presentó ahora decidido á esgrimir definitivamente contra Antonio el arma de su palabra, iniciando aquella serie de oraciones, que en conmemoración de Demóstenes denominó *Philípicas*. La atención y aplauso con que se oyeron por todos los senadores excitaron la rabia de Antonio, que echó en cara al tribuno todas sus hazañas durante la república, evocando los recuerdos de Catilina, Clodio, Pompeyo y César. Cicerón, temiendo que aquel soldado bárbaro ejerciera sobre él los más graves rigores, salió de Roma, dirigiéndose á su quinta de Nápoles, donde redactó al parecer aquella segunda *Philípica* que Juvenal (1) calificó de *divina*, y que envió en seguida á Atico (2) en consulta de si debía publicarla, lo que no hizo hasta después de la marcha de Antonio á la Cisalpina.

Pero toda la fuerza de Cicerón se deshacía en humaredas de palabras. Así es que, mientras él hablaba, Octavio, que abrigaba en silencio otras ideas y otros sentimientos, obraba. Es fácil hacerse cargo, y de manera no poco curiosa, del

rer que sea.» Y entra ocasión: «Si veo una nave viento en popa, no al puerto que otras veces deseaba, sino á otro no menos seguro y tranquilo, ¿he de querer luchar peligrosamente con la tempestad, más bien que obedecerla y procurarme la salvación? Ni yo creo que sea inconstancia variar de opinión, como se varía el rumbo de una nave ó de un camino, según las circunstancias de la república .. La libertad, que no he abandonado ni abandonaré jamás, consiste, no en la obstinación, sino en cierta moderación».

A esta pintura lisonjera respondía Bruto: «No es un señor lo que Cicerón teme, sino un señor que no le quiera, al paso que nuestros abuelos no podían sufrir la servidumbre, por dulce que fuese... Destruyendo el poder de Antonio, no atiende más que á consolidar el de Octavio; aborrece la guerra civil, y no teme una paz infame... ¿Cómo puedo estimar los conocimientos que Cicerón posee en grado eminente, cuando tan mal sabe poner en práctica lo que ha escrito acerca de la libertad, de la patria, del verdadero honor, de la muerte y del destierro? La muerte, el destierro, la pobreza parecen grandes males á Cicerón; y con tal que él tenga lo que desea, con tal que se vea reverenciado y alabado, no teme una servidumbre honrada, como si el honor pudiera ir unido á cosa tan infame como la servidumbre... En cuanto á mí, no he resuelto si haré la guerra ó mantendré la paz; con la una ó la otra, sin embargo, no seré siervo nunca».

(1) *Sátira*, X, 125.

(2) *Ad Atticum*, XV, 13.

convencimiento que Antonio adquirió de que Octavio poseía en mayor grado que él el favor de las tropas, pues dos legiones le negaron desde luego la obediencia, al paso que con la mejor voluntad entregaron sus armas á Octavio. Y mientras aquél denostaba á los legionarios por el apoyo que prestaban á un mozo temerario, imprudente y sedicioso, éste reunía en la Campania 10.000 veteranos, entraba en Roma con permiso del pueblo, conseguía del Senado el título de protector del imperio y el cargo de cónsul antes de la edad competente; y en tanto que Antonio asesinaba por sospecha á sus propios centuriones y dirigía cartas de conciliación á Octavio (por donde se ve en qué desesperada situación se hallaba entonces), Octavio, en unión de los cónsules A. Hirco y C. Vibio Pansa, y de orden de los senadores, que tuvieron por hostil la empresa de Antonio contra Bruto por oponerse al testamento de César, se dirigió á combatir á su rival.

Cicerón vivía todavía con la ilusión de que por segunda vez había salvado la república y vuelto á ocupar la posición que cuando tuvo la suerte de alejar de Roma á Catilina. Alma de niño en cuerpo de viejo, Cicerón era el último romano que creía en Roma. La victoria de los senatoriales se había realizado: Antonio quedó derrotado en la Vía Emilia, junto al *Forum Gallorum* (Castel-Franco). Por fin, la sangrienta batalla de los alrededores de Módena se resolvió en triunfo decisivo para Octavio; el bravo Antonio huyó á los Alpes á unirse con Lépido; los cónsules compañeros de Octavio murieron sucesivamente en la refriega, y el joven cesariano, con la unidad de mando y el refuerzo inmenso que le proporcionaba cada nueva legión que se reunía bajo su bandera (1), se vió, al fin, dueño de un poder superior al de Bruto y no inferior al de Antonio y Lépido reunidos.

No sin cierta desconfianza expongo esta parte de la historia de Octavio. Suetonio (2) y Tácito (3) se hacen eco de

(1) En tiempo de los Césares una legión se componía siempre de 12.000 hombres.

(2) *Octavius*, 11.

(3) *Annales*, I, 10.

una horrible acusación que imputa al pretendiente haber matado él mismo, el 15 de Abril, á Hircio en el fragor de la batalla y envenenado las heridas de Pausa (27 de Abril). Otros, por el contrario, le hacen asistir á la agonía del último de los dos cónsules, y afirman que éste le aconsejó la reconciliación con Antonio, como único medio de salvar su porvenir. Yo no soy de tan liviano y anecdótico sentir. Creo que muchos otros elementos y combatientes apuntaban al nuevo cónsul para obtener con su ruina la república. Conformándome con las ideas de los historiadores imparciales, adopto todos esos factores como las causas más propias para explicar el *segundo triunvirato*. En primer lugar, Antonio disponía, gracias á la condescendencia de Lépido, de 23 legiones y más de 10.000 caballos, amenazando otra vez á Italia y á Octavio. Por otra parte, humillado Antonio, que era quien verdaderamente preocupaba á los senadores, éstos para nada precisaban á aquel *niño*. Tal cambio, aunque debido á Octavio, produjo una política completamente distinta en el partido tradicional, y cuando surgió una moción de tropas que, con el beneplácito de Cicerón, reclamaba el consulado para el joven César, el Senado se indignó con aquella proposición, sospechando que se trataba de traicionar la república. Además de esto, los triunfos de Casio en Asia, los progresos de Bruto en Macedonia y el mando ejercido en el mar y sobre Sicilia por Sexto Pompeyo, cuyo poder usurpado no vacilaron en confirmar los senadores después de la derrota de Antonio, constituían un amenazador peligro, ante el cual comprendió Octavio que no quedaba otro recurso que entrar en negociaciones con los jefes del partido de César. En alas de esta idea llegó el joven al Norte, presentándose en actitud pacífica á su antiguo rival (7 Noviembre 43).

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

(Continuará.)

EL VESTIDO DE BAILE

CUENTO PROTECCIONISTA

Sobre la mullida y aterciopelada alfombra de un elegante gabinete, destacábase un tosco cajón recién llegado de París. Contemplábale temblorosa, impresionada por la alegría, la niña de la casa, joven de diez y ocho años, delgada, airosa y esbelta, que, impaciente por ver el deseado objeto que el cajón encerraba, descubría por medio de sus acciones y de la expresión de su rostro la emoción mal dominada de que se hallaba poseída. Sentada en un sillón D.^a Matilde, la mamá, señora de cierta edad y de abultados contornos, gozábbase en ver la alegría de su hija Matildita. El padre, apoyado en la repisa de la chimenea, dictaba disposiciones encaminadas á realizar en término breve la apertura del cajón. La doncella y el criado, provistos de una palanqueta, un formón y un martillo, trabajaban con ahinco para levantar las tablas que componían el envase de aquella misteriosa mercancía.

Matildita era una niña mimada: hija única de padres acaudalados, no perdonaban éstos gasto alguno, por crecido que fuera, con tal de satisfacer los deseos, los caprichos, ó las extravagancias de aquel fruto de bendición, si bien más que fruto parecía raíz por el dinero que absorbía. Compromisos de sociedad, por otro nombre pretextos de diversión, hicieron que Matildita tuviera que asistir aquella noche á un baile, y quiso la muchacha lucir vestido nuevo, cortado y cosido en París por un modisto que á la madre y á la hija habíales hecho ya varios trajes, y que conservaba para casos de apuro la medida de las dimensiones corporales de ambas parroquianas. Correo certificado, telegramas, avisos por persona residente

en París; el modisto, en pena del pecado de su oficio, hallábase abrumado á fuerza de recordatorios. La intranquilidad, la duda, la zozobra, el temor de que los trabajos no llegaran para el día del baile, tenían emocionada constantemente á Matildita, devota fervorosa de Santa Tontería, virgen y mártir.

Por fin de aquella angustia y principio de ctra, apareció en el centro del cajón el suspirado vestido, que de haber sido la gloria eterna no se esperara con mayor anhelo; y gloria era por cierto, aunque terrena, ostentar en el baile una obra francesa puesta en la escena española por el cuerpo airoso y esbelto de Matildita; pero ¡ay! que no hay rosas sin espinas, ni boda sin llanto, ni alegría sin amargura: luego que la falda y el cuerpo estuvieron tendidos sobre el sofá, los interlocutores, mudos de espanto, como se dice en las novelas de folletín, mirábanse asombrados, cohibidos por el horrible contra-tiempo que el hado les deparaba. Matildita dejóse caer en un sillón, rompió en amargo llanto, y cubriéndose el rostro con las manos, lanzaba furibundos anatemas sobre el modisto. ¡Equivocación lamentable, error supino, distracción gravísima entre toda laya de distracciones! El modisto había cambiado las medidas y cortado con las dimensiones exuberantes de la mamá el cuerpo de la niña. Y téngase en cuenta que aquélla pudiera representar la exageración de la escuela de Rubens, por la morbidez de los contornos, mientras ésta recordaba las figuras escuálidas y lamidas que caracterizan los cuadros flamencos del siglo XV.

Matildita, con los ojos preñados de lágrimas, contemplaba aquel vestido que para ella podía servir de habitación, y de tales proporciones que si quisiera llenarla por completo habría de verificarlo en compañía, como hacen los que tienen poco dinero ó pocos cuartos: no eran los de ella muy sobrados, en lo que toca á la parte física, por lo cual, para ocupar el vestido necesitaba un suplemento, á estilo de diccionario, ó un varillaje interior á manera de paraguas

Pasada la confusión de los primeros momentos, se constituyó una junta que podía llamarse de salvamento, compuesta del padre y de la madre y presidida por Matildita, actuando

de vocales la doncella y el criado. Allí no había orquesta, pero sí voces en abundancia.

El percance parecía no tener remedio: Matildita no quería acudir á Catalina, su modista, para que deshiciese el entuerto; además, la modista española no perdonaría la doble ofensa de posponerla á unas manos extranjeras y de distinto sexo. La doncella tuvo una idea salvadora: en un sotabanco de la casa habitaba una pobre oficiala de la citada Catalina, y á la sazón sin trabajo, porque la maestra, por efecto de la competencia extranjera, había reducido el personal de su taller.

Avisóse á la vecina, y poniéndose á sus órdenes madre, hija y doncella, se dedicaron todas con febril entusiasmo á realizar la adaptación del abundoso vestido al cuerpo exiguo de carne, pero bien formado y airoso, de la desconsolada niña. Cosían como desesperadas consultando frecuentemente la esfera de un reloj colocado sobre la chimenea: no se oía más que el crujido de la seda y el ruido de las agujas que entraban y salían en la tela movidas por vertiginosas manos. Se almorzó frugalmente sin abandonar la costura, y gracias á la inteligente dirección de la oficiala convertida en maestra y á su valioso concurso, el vestido quedó terminado á las once de la noche.

Cuando Matildita pudo mirarse con el vestido nuevo ante el espejo del armario de su gabinete, se encontró elegante y quedó satisfecha, no menos que el autor de sus días.

—¿Qué se le debe á usted?—preguntó el buen señor á la modista.

—Nada—respondió la aludida: con la satisfacción de haber corregido una manufactura extranjera estoy bien pagada.

El padre de Matildita puso en manos de la desinteresada artesana dos billetes de á cien pesetas y exclamó conmovido:

—Queda usted nombrada modista de cámara de mi mujer y de mi hija, y yo desde hoy me declaro defensor del proteccionismo.

CARLOS CAMBRONERO.

EL LADRÓN URBANO. CONSIDERADO EN GENERAL

Y EN PARTICULAR EL RATERO (1)

ALGUNOS CARACTERES DE LA CRIMINALIDAD MODERNA
IDEAS DE VARIOS ESCRITORES,
REFERENTES AL ROBO Y AL HURTO

CAPÍTULO II

Algunos caracteres de los ladrones y causas que concurren á su formación y á la de tal clase de malhechores.

I

Uno de los incuestionables servicios que la sociología criminal, dentro de cuya ciencia incluimos á la antropología, ha prestado á la sociedad, es el haber herido de muerte á la escuela *clásica*, que cimenta su doctrina en concepciones *apriorísticas*, infecundas cuando no dañosas, y haber conseguido que la atención científica se dirija al *sujeto del delito*, esto es, al delincuente, considerándole en su personalidad propia, en sus caracteres fisio psíquicos, en las circunstancias ó condiciones que favorecen ó contrarían la expansión y exteriorización de estos caracteres, y en sus actos criminales. Con tal estudio se tiende, entre otros fructuosos resultados, á señalar los medios más adecuados, y por tanto eficaces, para conseguir la mejor defensa social, defensa que no ha podido alcanzarse ni aun con las horribles penas de la anterior legislación. Acerca de los ladrones se ha escrito mucho, pero desgraciadamente muy poco para hacérselos conocer en su in-

(1) Véase la pág. 213 de este tomo.

dividualidad, y sobre todo psicológicamente. Los legajos de los tribunales apenas sirven al efecto, y no mucho más las crónicas y otros escritos, con excepción de algunas producciones literarias del llamado *género picaresco*, pues en ellas, al retratar las respectivas sociedades, y en especial sus clases inferiores, se suministran noticias apreciabilísimas.

Á la escuela antropológica y positivista italiana se debe principalmente la dirección que en estos últimos años han tomado los estudios criminológicos y del derecho penal. Por eso nosotros venimos concediendo lugar preferente á los distinguidos escritores de dicha escuela.

El delincuente en general, y particularmente el ladrón, deben ser estudiados y considerados antropológica y sociológicamente, en sus caracteres, en sus actos, y apreciando todas las influencias que determinan su generación, haciendo al efecto uso del método inductivo-deductivo cuya utilidad ha demostrado entre otros Fioretti, y que es el que en nuestros pobres trabajos venimos utilizando.

Krauss, notable sociólogo y publicista, no muy conocido en España, emitió recientemente, en un estudio de psicología de los malhechores, ideas cuya exposición ha hecho el eminente antropólogo criminalista italiano doctor Marro, en los siguientes términos: «La psicología de los delincuentes fué objeto de estudio por parte de Krauss, que recogió para ello casos muy notables. Uno de los más importantes estudios es el concerniente á los *incendiarios*, diciendo que son en lo general débiles de voluntad, si bien para producir un incendio no se necesita fuerte resolución... Los *salteadores* se dan el aire de héroes, pero en el fondo no son más que ladrones, y nada hay que esperar de ellos en cuanto á la corrección, especialmente en lo que respecta á las mujeres».

Después de exponer de este modo las ideas de Krauss referentes á los envenenadores, homicidas y demás reos de delitos de sangre, exposición de la que prescindimos por no responder á nuestros propósitos, añade: «Krauss divide las tendencias criminales en *internas* y *externas* y *sociales*, necesidad, ocasión, afecto, embriaguez, egoísmo, educación, lujuria, codicia, venganza, preocupaciones, etc., y divide los tipos en:

1.º, coléricos, apasionados; 2.º, intrigantes; 3.º, debilitados, hipócritas, división que no resiste la menor crítica. El autor presenta además un cuadro de las simulaciones y de los criterios que deben servir para descubrirlas. Entre los criterios coercitivos contra el delito, sostiene la necesidad de graves penas para la primera delincuencia, aconsejando que no se dejen sin penar las más ligeras transgresiones del orden establecido».

Hemos dedicado las anteriores líneas á la teoría de Krauss acerca de los caracteres de los malhechores, más por la singularidad de algunas de sus ideas, que por el valor práctico de la misma. Que el carácter del verdadero criminal se forma por la acción de otros caracteres dependientes ó resultantes de influjos íntimos y externos, es una verdad que por inconcusa establece la ciencia criminológica; pero las subdivisiones que Krauss hace arrancar de ella son indefendibles, como con razón dice el doctor Marro.

En lo general, el carácter del individuo depende de su constitución fisio-psíquica y del medio ambiente en que se halle sumido. Cambiando á tiempo el medio se puede modificar más ó menos el carácter, pero siempre quedará algo del innato que, á la menor circunstancia favorable, recuperará su fuerza y se desarrollará. Esto que decimos del hombre considerado en general, puede muy bien aplicarse á los malhechores, y en especial á los que del hurto, el robo, la estafa y los demás atentados contra la propiedad hacen una profesión.

En el ladrón, y sobre todo en el *habitual*, en el *profesional*, no en el de *ocasión* ó *criminaloide*, se manifiestan caracteres fisio-psíquicos que pueden decirse comunes á todos los verdaderos criminales, y otros caracteres que le son privativos, propios suyos, que sirven para marcar el tipo, y que le diferencian, no ya de los reos por impulso pasional, no ya de los autores de delitos de sangre, no ya de los falsificadores, sino de los mismos estafadores, que algunos criminologistas comprenden en tal clase. También los ladrones ofrecen subclases que responden á la diversidad de sus caracteres, como los *bandoleros*, los *dronistas* y los *atracadores*, que efectúan sus robos em-

pleando la violencia en las personas; como los *topistas*, *espaldas*, *ratoneros* ó *alcantarilleros*, que se valen de la fuerza en las cosas, y como los *descuideros*, *tomadores del dos*, *tomadores* por la *muy*, *carteristas*, *mecheros*, etc, que utilizan la astucia, la agilidad y la habilidad. Á veces ponen en práctica diversos procedimientos, aun los más opuestos, y entonces cabe asegurar que poseen los correspondientes caracteres. Quien con detención, inteligencia y perseverancia suficientes explore el mundo del crimen y en él profundice, se persuadirá de la exactitud de nuestras aseveraciones. Y decimos que estudie el mundo del crimen penetrando de lleno en él, porque para conocer á fondo á los criminales y poder retratarlos física y psicológicamente no basta, ni con mucho, la lectura de los procesos, ni concurrir á las ceremoniosas vistas de las causas, ni considerarlos en las cárceles y en los presidios: es necesario además verlos y oírles en los lugares que habitan, en las tabernas donde se reúnen y encuentran sus encubridores, en los lupanares donde satisfacen sus más hediondos vicios, en las tiendas de los *peristas*, ó sea de los que les compran los objetos robados, en la casa de dormir donde algunos se refugian, en las cuevas y descampados donde en especial los *golfos* y pequeños *randas* acuden, y hasta en sus mismos campos de operaciones. Ante los tribunales y en las penitenciarías no es donde el malhechor, y principalmente el *profesional*, pone de manifiesto su carácter psíquico: en su vida ordinaria, en el medio en que vive, es donde le revela.

Uno de los escritores que le han estudiado en la forma y sitios que acabamos de indicar, ha sido el ya citado antropólogo Dr. Antonio Marro, que, principalmente, ha consignado el resultado de sus observaciones en *Los caracteres de los delincuentes*, uno de los libros que han tenido mayor aceptación y sido al mismo tiempo objeto de críticas apasionadísimas.

«El modo como se comete el delito y las disposiciones fisio-psíquicas concurrentes para su ejecución — dice — reclaman muy en especial la atención sobre los ladrones con escalamiento, que tienen muchos puntos de contacto con los salteadores de caminos, pues, con efecto, se encuentran casi iguales la naturaleza y peso del cuerpo, la medida del cráneo,

el índice cefálico, etc., siendo común á ambas clases la abundancia de caracteres atávicos, frecuentes también los morbosos y más aún los atípicos, reconociéndose en ellos la herencia mórbida. El alcoholismo, como agente desorganizador del sentimiento moral, despliega su influencia máxima... En los ladrones con escalo, el sentimiento religioso se encuentra todavía más deficiente que en los bandoleros; pero existe menor precocidad en los impulsos sexuales, prevaleciendo algún tanto la cultura intelectual, lo cual se comprende, pues en esta forma de la delincuencia, además de la energía, se necesita cierto grado de habilidad para concebir los designios criminosos y preparar los medios destinados á ponerlos en ejecución, lo cual requiere cierto desarrollo intelectual. La misma edad en que suele realizarse este género de delito corresponde á la plena juventud, cuando la conciencia de la propia fuerza da al delincuente la audacia necesaria para ejecutar el delito, y por eso aparece la edad como factor especial de esta clase de criminalidad.»

Como complemento de sus indicaciones referentes á los caracteres comunes y diferenciales de dos subclases de ladrones que ocupan el lugar más alto de la escala, agrega algunas otras acerca de los factores que los determinan. Según Marro, «á tales delitos llevan frecuentemente los hábitos de ociosidad y de intemperancia, favorecidos á veces por una condición especial de la familia», y así entiende que «cambiadas las condiciones domésticas, y desaparecidos en ocasiones por la propia imprevisión los medios pecuniarios poseídos por los futuros delincuentes, no tienen éstos la fuerza y el valor precisos para renunciar á los vicios y dedicarse al trabajo, prefiriendo dar cualquier golpe que llene su bolsillo y les permita la continuación de los hábitos que más les satisfacen».

Á continuación de estas ideas, apoyadas en minuciosas y bien dirigidas investigaciones, se ocupa el Dr. Marro de los caracteres de los malhechores que forman la numerosísima hueste de los *rateros*, subclase que comenzando por el precoz *randa*, que casi siempre se limita al merodeo utilizando los descuidos, termina en los que ya tocan con los anteriores delincuentes. El *ratero*, que generalmente se recluta entre los

golfos ó vagos, como el *dronista* más entre los vagabundos, es muy frecuente que no pase de su especialidad; pero también, y en no pocos casos, cual hemos podido comprobar, llega á los procedimientos criminosos personificados en el *topista* y en el *espadista*, alguna vez al particular del *timador*, y sólo despues de haber pasado repetidamente por los sitios de corrupción efectiva que se llaman cárceles, perfeccionada su educación para el mal, si no ha perdido todas sus energías, se atreve á esgrimir la *faca* y á dar *atracos* en los sitios solitarios.

¿Cuáles son, pues, los caracteres del verdadero *ratero*? El Dr. Marro nos los da á conocer en las siguientes líneas:

«En las otras clases de ladrones, que no lo son con escalo, disminuye el predominio de los caracteres *atávicos* y *atípicos*, presentando siempre los caracteres *morbosos*. Con todo, esto no quita que existan también numerosos caracteres distintivos congénitos entre ellos y los hombres normales. La diferencia más notable está en el color del pelo, más negro entre los ladrones que entre los delincuentes contra las personas, encontrándose también con igual frecuencia la falta de barba, prevaleciendo la descendencia joven menos que la de padres envejecidos. Su precocidad en el delito y la reincidencia son muy frecuentes. El alcoholismo, unido á la ociosidad, voluntaria ó forzosa, tiene parte principalísima en esta forma de delinquir. Haré notar un hecho curioso que puede servir para explicar la delincuencia. Entre los *rateros* por mí observados, había cuatro epilépticos, proporción á que no llegó ninguna otra clase de malhechores. ¿Debe considerarse como fortuita semejante coincidencia? La forma especial del delito y las mismas narraciones de los delincuentes hacen, por lo general, excluir en él la premeditación: la vista de una cadena de reloj que pende del ojal del chaleco de uno que duerme al aire libre, la cartera que abulta en el bolsillo de un transeunte, ejercen una especie de fascinación tal que provoca, casi por un impulso reflejo, el acto de cogerlas, aun cuando no se tuviese antes la intención de hurtarlas: es un movimiento reflejo psicológico que, dadas determinadas condiciones de necesidad, de falta de educación, como las otras influencias, provoca

el acceso convulsivo en quien por causa congénita ó adquirida contrajo el vicio.»

Bosquejados en esta forma los caracteres que á su juicio distinguen á los *rateros* considerados en general, lo hace el Dr. Marro de los pertenecientes á una de las subdivisiones de malhechores, ó sea de los *rateros domésticos*, que, tanto por su gran número como por sus condiciones especiales, bien merecen particular examen. «Entre los ladrones domésticos—dice—abundan los jóvenes que todavía no han llegado á los quince años de edad, y se encuentran otros que han traspasado la de cincuenta sin haber antes tenido que ver con la justicia criminal. Las condiciones y profesiones de confianza, como camareros, etc., dan el mayor contingente á esta clase de reos. Caracteres somáticos distintivos de esta clase lo son la frecuencia de frente estrecha, cabellos negros y barba escasa. En ella los caracteres anormales *atávicos* no se presentan con la frecuencia que se observa en los reos de delitos más graves, pero son en número proporcionalmente mayor los *atípicos* y *morbosos*, lo cual se debe á la relativa frecuencia de los abusos alcohólicos. El alcoholista, cuya potencia orgánica se disminuye, es afectado en las facultades psíquicas, sensoriales y motrices al mismo tiempo; se encuentra mal servido por el valor y la destreza; le asustan los asaltos en los caminos y los robos con escalo; le falta la habilidad de los tomadores, y en cambio, se presentan más en concordancia con su estado el hurto doméstico y la estafa, cayendo muy fácilmente en estos delitos. En esta clase son frecuentes los casos de enajenación mental, probando en muchos cómo el alcoholismo y el abuso ó anhelo de placeres no encuentran suficiente correctivo cuando no media una educación robusta, ó cuando prevalece el impulso de los instintos morbosos congénitos.

II

Del modo como el Dr. Marro ha considerado los caracteres de los malhechores, y por lo tanto de los ladrones, y las causas á que atribuye los que les asigna, han emanado muchas de las censuras y las más fundadas de las críticas que á los

criminologistas de la escuela positivista italiana se han dirigido, no solamente por los escasos sectarios del moribundo *clasicismo*, sino también por algunos de los que sostienen doctrinas intermedias ó eclécticas. Con efecto, el Dr. Marro ha concedido extraordinaria importancia á los caracteres físicos y á las causas de igual orden productoras de tales caracteres, lo cual ciertamente viene á constituir un error, pues por encima de los expresados caracteres deben colocarse los psíquicos, por ser los que en el malhechor prevalecen, actuando en la generación de unos y otros, dos, cuando menos, de las tres clases de factores de los tan perfectamente estudiados por Enrique Ferri. Pero este error de Marro no alcanza á toda la escuela en que tan distinguido puesto ocupa. Así lo han demostrado en sus escritos de polémica y en sus ya numerosas obras, sin exceptuar las de César Lombroso. Como prueba de ello y al mismo tiempo para dar á conocer su opinión, transcribiremos algun pasaje de su notabilísimo libro *El hombre delincuente*.

«Los ladrones que, como las meretrices, son apasionados por los vestidos de colores chillones, amarillo, rojo, azul, por las cadenas y las sortijas, son los más ignorantes y los más crédulos de la especie. Temerosos casi siempre de ser cogidos en falta, hablan sin sentido, aprovechan cualquiera pequeña circunstancia para hablar, se hacen amigos y confidentes del primero que llega, con tal de que hable su *jerga* y les parezca digno camarada; creen en los sueños, en los presagios y en los días nefastos, no raras veces afectan amores románticos, pero prefieren las prostitutas, sus naturales aliadas. Vidock escribió: «Quien vive con las prostitutas es un ladrón, si no es un espía» Muchos tienden á asociarse en el crimen, se complacen, sobre todo, con el bullicio y el tumulto de las grandes ciudades, porque alejados de ellas están como peces fuera del agua; son incapaces de un trabajo continuo, desenfrenados, embusteros, y los menos susceptibles de enmienda, especialmente sus mujeres, las cuales suelen ser prostitutas: los *atracadores* son precoces en el delito y en la venus.»

Insistiendo en otro de sus libros (*La antropología criminal*

y sus recientes progresos) en la efectividad de estos caracteres, más bien morales ó psíquicos que físicos y fisiológicos, caracteres muchos de los cuales pueden observarse en los ladrones de nuestro país, y exponiendo la opinión de Tarnowski acerca de las prostitutas, las ladronas y las lugareñas, dice que, según el mencionado escritor, «la ladrona desdeña frecuentemente su exterior, no es coqueta, y en la cárcel se preocupa poco de sus comodidades; que no es viciosa como la prostituta, y, por el contrario, toma de buen grado parte en los trabajos de los talleres de las prisiones, y llega á formar un pequeño peculio para la salida; que demuestra más energía y fuerza en lo que emprende, se entrega á la bebida bastante menos que la prostituta, tiene circunspección y prudencia, juntas á falta completa de sinceridad, gran desconfianza en el carácter, jamás abandono, niega siempre sus faltas con empeño, y atestigua ausencia absoluta de remordimiento».

A estas indicaciones que, aun cuando más aplicables á las ladronas de su patria, lo son también, en su generalidad, á las congéneres españolas, agrega el autor las siguientes: «Lo que más distingue á las ladronas de las prostitutas es la extremada mala voluntad que ponen de manifiesto cuando se las interroga sobre sus relaciones sexuales, guardando acerca de este particular gran reserva y dando muestras de gran pudor. A esto debemos añadir su mutismo desde que se toca á los motivos de su detención. Casi nunca confiesan francamente su falta, se resisten á rendirse á la evidencia, y dan explicaciones fantásticas para disfrazar la realidad. La acción de la herencia en las ladronas es menor que en las prostitutas. La *anamnesis* de los padres, por ejemplo, está menos cargada de alcoholismo... Las otras enfermedades debilitantes de los padres están representadas por cifras muy bajas en la *anamnesis* de las ladronas. Es verdad que estas circunstancias favorables á las ladronas aparecen siéndolo menos tan luego como se piensa en la dificultad que existe de tener noticias más ó menos ciertas de las mismas, sin embargo de lo cual, el examen anatómico certifica que presentan menos signos de degeneración física, lo que parece deponer en pro de su menos desfavorable herencia».

Lombroso pone término á estas breves consideraciones dedicando á los estudios que de las mujeres criminales hizo Salsottá algunas líneas, y dice que éste «reconoció en 130 ladronas los caracteres degenerativos y anomalías en el cráneo y en la fisonomía, pero en número menor que en los hombres».

Tales son algunos de los caracteres que muy notables antropólogos criminalogistas asignan, induciéndoles en sus perseverantes observaciones y estudio, á los ladrones, á esos desdichados seres que, careciendo por completo del llamado por Garofalo *sentimiento de probidad*, ó teniéndole atrofiado en alto grado, por causas congénitas ó adquiridas, internas ó externas, y que teniendo asimismo más ó menos perturbado el sentido moral, repiten los atentados contra la propiedad ajena, hacen de los robos y hurtos un hábito y, con frecuencia, su único oficio. La casi totalidad de dichos caracteres, á cuya formación concurren los factores antropológico y social, se advierte, con efecto, en los malhechores de la especie á que nos venimos refiriendo, y sobre todo en los *profesionales*. Los tipos que de ellos habremos de presentar constituirán la prueba más concluyente de que no son supuestos: ante la fuerza incontrastable de los hechos, ante lo que se ve y palpa diariamente, deben ceder las negaciones y las teorías basadas en preceptos apriorísticos.

CAPÍTULO III

Los caracteres generales del criminal y los particulares del ladrón, revelados por sus escritos, por su lenguaje y por sus procedimientos delictuosos.

I

El alma de los criminales, y entre ellos de los ladrones, ó, mejor aún, sus caracteres psíquicos, y hasta los físicos, sus sentimientos, sus instintos, sus pasiones, sus debilidades, etc., etc., tal vez más que por los hechos antijurídicos y antisociales que realizan, se ponen de manifiesto, se revelan en toda su triste y

repulsiva desnudez, en sus escritos y en el lenguaje de que hacen uso habitualmente, esto es, en su especial *jerga* ó *argot*. Y al hablar de criminales, debemos expresar que no nos referimos á los *criminaloides* ó de *ocasión*, ni á los *pasionales*, así como tampoco á los reos de delitos *artificiales*, creación exclusiva de las leyes penales, sino á los *habituales* y *profesionales*, entre los que descuella la siniestra figura del delincuente *instintivo*, criminales en cuya alma, por lo general, falta el claroscuro, siendo todo en ella tinieblas.

Los criminalistas clásicos, prescindiendo del estudio del malhechor, han concedido, como era consiguiente, escasisima importancia á las indicadas exteriorizaciones de la psiquis, del espíritu del delincuente. Bien al contrario, los antropólogos y sociólogos criminologistas modernos dedican no reducida parte de sus apreciables estudios al de tan interesantes extremos, lo cual es digno de aplausos.

Para conocer á fondo la creciente llaga social que se llama criminalidad, es necesario conocer no menos y en primer término al criminal. ¿Cómo podrá conseguirse? Utilizando cuanto pueda poner de relieve sus caracteres físico-psicológicos. Si la psicología del individuo no puede ser perfectamente conocida sino aprovechando sus medios de revelación, lo mismo acontece respecto á la del delincuente. Por la palabra, por los escritos y por los actos es como la da á conocer.

En prueba de la exactitud de lo que acabamos de expresar, y casi circunscribiéndonos á los ladrones, vamos á presentar y apreciar varios de sus escritos y procedimientos y á decir algo de su lenguaje especial, ó sea del *caló*, del que ha hecho un interesante estudio el distinguido escritor y antropólogo D. Rafael Salillas.

«¡Oh Código!—escribía un *tomador* y *timador*, citado por César Lombroso en su *Palimpsesto de las prisiones*.—¡Oh Código penal, cuánto castigas las raterías y las pequeñas estafas, mientras que el Gobierno con su *lotería* las practica aún más!» Y en una carta de otro se leía: «Tan luego como salgas de la cárcel, ve á Marsella á casa de..., y en seguida con él iremos á Nueva York donde espero que, *trabajando* ¡unidos y con energía, haremos fortuna».

Si estas cortas líneas bastan para dar á conocer lo que eran los que las trazaron, más claramente lo hacen, " así como la gradación ascendente en la criminalidad, las consecuencias de ciertos hábitos, la atrofia del sentido moral y la carencia absoluta del sentimiento de probidad, en las siguientes, que tan bien reflejan el alma de su autor: «Aunque no tengo más que quince años, mi vida y mis viajes formarían un libro. Comencé á los nueve años. La primera vez fuí condenado á un mes, la segunda á quince días, y la tercera á un año de prisión: así voy subiendo y hago mi carrera». Estas últimas palabras dicen por sí solas más de cuanto pudiéramos expresar: la práctica de los delitos y la estancia desde quince días á un año en las cárceles, las consideraba aquel precoz malhechor como una carrera que iba haciendo, y lo escribía con una fruición que no es concebible, dada la edad de quince años, sino en quien, afectado de morbosidades psíquicas, une á ellas el influjo de un medio ambiente de corrupción moral. Así pues, sin más que leer su escrito, puede formarse idea bastante exacta de su carácter moral, y adquirir el convencimiento de que se trata de un delincuente *nato* ó *instintivo*. Sólo un malhechor de esta especie puede á los quince años producirse de tal modo.

Aún más significativo, si cabe, más instructivo y más revelador de los caracteres del verdadero criminal, lo es el siguiente pasaje, tomado de un documento que muy acertadamente califica Lombroso de testamento de un malvado, pues, con efecto, fué escrito momentos antes de intentar suicidarse el que en él dió á conocer tan cumplidamente lo que en realidad era y sus íntimos sentimientos: «Siempre he robado, y continuaría haciéndolo porque es mi fatal destino. El papel en que escribo, la pluma y la tinta de que hago uso, han sido robados. Soy más desgraciado que perverso. Tengo el infortunio de no ser dueño de mi voluntad y de sufrir la influencia de la voluntad de los otros; hago lo mismo el bien que el mal, según me son sugeridos. ¡Ah! ¿Por qué el buen Dios me hace encontrar siempre personas que me aconsejan el mal? Una vez cometí una falta en la que juré no reincidir; pero acto seguido lo hice por las sugerencias de un mi-

serable que robaba conmigo y que inmediatamente, con premeditación, me denunció á la policía. Tengo la certidumbre de no poder vencer el vicio que me arrastra á envidiar y á coger los bienes de otros y que me ha hecho un perjuro, sabiendo que soy inútil á la sociedad, y debiendo comparecer ante el Tribunal, y arrastrar por el fango el nombre que mi padre estaba tan orgulloso de llevar; por tales motivos he decidido matarme el 26 de Mayo, por ser el aniversario de mi primera prisión». En estas líneas, que ofrecen todos los caracteres de sinceridad, encontramos una prueba concluyente en pro de las doctrinas de la escuela antropológica criminologista, se descubre el impulso interno irre sistible que tantos degenerados, clase á la que indudablemente pertenecía aquel ladrón habitual, lleva fatalmente á delinquir; se ven obrando de un modo funesto las sugerencias externas, ó sea el influjo de los más empedernidos criminales, y se percibe la horrible lucha entre las fuerzas anímicas que impulsan hacia el bien, y las que, perturbadas, sirven al mal.

Si la lectura del pasaje copiado inspira más que otros sentimientos los de tristeza y lástima, sentimientos muy distintos, aunque sí amargos y dolorosos, engendran estas otras líneas: «Ya he venido aquí cuatro veces—escribía un preso—y siempre inocente y puro como el agua sucia. ¡Oh pobres ladrones! Cuando se les prende se les debiera conducir, por lo menos, á la hospedería del Moro y no á la cárcel nueva. ¡Adiós, amigos míos!»

Otro preso escribía: «¿Por qué no puedo conseguir nunca éxito en mis robos? Siempre estoy en esta infame celda por haber robado. ¡Oh desgraciada y pobre Guayot!» Otro, acaso más malvado que los anteriores, decía en un papel que le fué ocupado: «Aquí yacen los despojos del pobre Tarlac, que cansado de robar en este mundo se va á robar al otro. Sus parientes, contentísimos, le dedican el presente recuerdo». «Procurad siempre robar en grande, porque únicamente son castigados los robos pequeños... Amigos míos, si queréis robar, robad bastante y con precaución, de modo que no seáis descubiertos. Todo el mundo es bueno para robar: únicamente hay que hacerlo con provecho.» Tales son las ideas expresa-

das en dos escritos, y de las que resulta una cruda sátira contra los Tribunales de justicia, sátira tal vez más mordaz en la carta de un *tomador del dos*, preso en la cárcel de Barcelona y que llegó á nuestras manos: «Por haber tropezado con tres pesetas en la bolsa de un tonto que se había dormido en la Rambla, estoy preso: si hubiera *afanado* un millón, sería *conseller*».

Puede servir de coronamiento á esta serie de escritos el á que muy acertadamente concede Lombroso bastante alcance: «Siempre he sido un buen hombre, y no obstante, ya he cumplido veinte años de presidio. Estoy preso de nuevo, y esta vez se me condenará á trabajos forzados por toda la vida, y todo por haber hecho el bien á mi prójimo. No he asesinado más que á seis, quitándoles del mundo porque padecían demasiado. He robado en las casas de muchos aldeanos, incendiándolas después, y todo esto lo he hecho por ganarme el pan perpetuo».

No seguiremos copiando escritos de igual índole y procedencia, pues á nuestros fines son suficientes los anteriores. Desde los primeros mencionados hasta el último, se observa una verdadera gradación en la maldad, reflejando fielmente los íntimos sentimientos de sus autores y el estado de sus almas. En los que escribieron aquéllos hay atrofia del sentido moral, no extinción completa; en los últimos falta en absoluto. Si algunos se limitan á los atentados contra la propiedad, absteniéndose de los delitos de sangre, no es porque su conciencia moral los rechace, es porque carecen de las energías necesarias para su perpetración, ó porque han sido influídos por un medio ambiente opuesto á tales delitos. Y sin más que leer sus escritos pueden afirmarse, por una parte, sus deficiencias ó anormalidades morales y, por otra parte, las influencias que determinaron sus caracteres psicológicos. Fijándose en ellos puede afirmarse con el distinguido expositor de las doctrinas anarquistas, Sebastián Faure (*El dolor universal*), que «el individuo es, y sólo puede ser, lo que le hacen la herencia, la educación y el medio», y con el cantor de *Fuerza y materia*, que «la falta de inteligencia, la pobreza y la carencia de educación son los tres grandes factores de los crímenes».

II

Si en sus escritos descubren los malhechores, y especialmente los ladrones habituales, y más aún cuando del robo hacen una profesión, y los *natos* del modo que acabamos de indicar, sus caracteres psíquicos no los ponen menos de manifiesto en su lenguaje particular, en el que hasta inconscientemente usan lenguaje muy distinto del común. Y sin más que oír hablar á un individuo puede inducirse de las palabras y giros que emplee si pertenece ó no á la denominada *hampa*, si forma parte de la *gente maleante* y si habitualmente practica, ya el robo calificado por la violencia en las personas, ó el que determina la fuerza en las cosas, ya el hurto en cualquiera de sus maneras de actuación, ya los *timos* ó estafas, infiriéndose también su mayor ó menor grado de perversión y, por lo tanto, su psicología. De aquí la importancia del estudio del *argot* ó jerga de los malhechores para el sociólogo criminologista.

Persuadidos de ello, decíamos en nuestro libro *Los malhechores de Madrid* que «el *caló* y *jerga* de los criminales puede servir para la prevención de los delitos, para descubrir ciertas inteligencias peligrosas y sorprender malignos propósitos, bastando el mero análisis del mismo para poder precisar la clase de malhechores, dando también á conocer los usos, las costumbres, las pasiones, los instintos, los vicios culminantes, los delitos que cometen con mayor frecuencia y los procedimientos que emplean, así como igualmente los factores que á su formación han contribuído». Por eso, como hemos indicado, los sociólogos criminologistas, que conceden preferente atención al estudio psicológico y fisiológico del delincuente, pues de su completo conocimiento esperan con razón que habrán de resultar no pocos beneficios para la sociedad, no han desdeñado, ni mucho menos, el estudio del lenguaje ó *jerga* de que tanto uso se hace en el mundo del crimen, lenguaje que hasta cierto punto constituye una variedad del propio de la *hampa*, con el que asimismo se relaciona el de otras

gentes de no muy correcta vida, y que indudablemente ha debido tener por causa productora la necesidad sentida por todos ellos de comunicarse entre sí en forma tal que no pueda comprenderse lo que dicen por quienes no pertenezcan á cualquiera de sus clases, y evitar de ese modo que al tratar de sus proyectos y arreglar sus *negocios*, en un momento de descuido ó en el calor de la conversación, puedan apercibirse de sus malvados propósitos personas extrañas.

Los ladrones, entre los que el Barón de Garófalo incluye á los estafadores y falsificadores, y que forman la clase más nutrida de malhechores, son, sin género de duda, quienes más frecuente empleo hacen del *argot* ó *caló*, y los que mayor número de locuciones le han aportado. Por ello, y por cuanto contribuye á revelar en mucho la psicología de sus más resueltos cultivadores, le dedicaremos algún espacio en este estudio.

Comenzaremos preguntando; ¿qué es el *caló*? « Es — decíamos en un trabajo especial publicado en la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia* — un arma que igualmente sirve para la defensa que para el ataque, y cuya utilidad disminuye á medida que se difunde su conocimiento. » El gran escritor francés del siglo XIX, el inmortal Víctor Hugo, que en su *Nuestra Señora de París* dió á conocer lo que en época ya remota eran las denominadas *Cortes de los milagros*, muy poco diferentes de las que se manifiestan y perpetúan en casi todos los países, dijo que el *argot*, *caló* ó *jerga* « es todo á la vez: nación é idioma, el robo bajo dos especies, pueblo y lengua, la lengua de la chusma de las cárceles, de los presidios, de todo lo más abominable de la sociedad; es el idioma de la miseria. No es más que un disfraz con el que se encubre la lengua cuando se va á realizar algo malo. Se reviste de palabras con máscara de metáforas y con harapos ».

Estas ideas, expresadas con el poético lenguaje característico del inmortal escritor, no son de estimar del todo exactas si se quiere hacerlas extensivas al *caló* en general, al de ciertas profesiones, oficios y colectividades, y aun al *caló flamenco* y de la repulsiva *chulapería*, que tanto se roza con el de la gente maleante; pero sí lo son circunscribiéndolas, cual indu-

dablemente las circunscribió Víctor Hugo, al *caló* propio de los malhechores, de cuantos constituyen las huestes de la hampa, y que no obstante de vivir en medio de la sociedad componen otra muy distinta, muy típica y fácil de conocer, siendo de gran provecho el conseguirlo por ser el medio más eficaz de contener sus funestas manifestaciones. Formando su lenguaje por agregación, y evolucionando cual todo evoluciona en las sociedades, recibe y se asimila palabras, giros y frases de otras épocas, de los pueblos más inmediatos, de los oficios y ocupaciones especiales de los que las adoptan, de los procedimientos que emplean para la realización de sus hechos delictuosos, de cuanto más en conformidad con sus instintos brota en esos nauseabundos espectáculos, que les entusiasman, en los no menos repugnantes establecimientos ó mansiones del vicio, que les atraen, y en las hediondas reuniones donde pasan horas y horas.

«En él hay que notar — añade Víctor Hugo — la creación directa de palabras constitutivas del misterio de las lenguas. Pintar con palabras que tienen figura, aunque no se sepa el cómo y el por qué, es el fondo primitivo de toda lengua humana. Abunda el *caló* en palabras de este género, palabras inmediatas, hechas de una pieza y repugnantes, algunas veces dotadas de singular fuerza expresiva. En segundo lugar viene la imitación, porque lo más propio de una lengua que quiera decirlo todo y ocultarlo todo, es la abundancia de figuras; vive de la lengua, hace uso de ella caprichosamente, la emplea al acaso y se limita muchas veces, cuando tiene necesidad de hacerlo, á desnaturalizarla sumaria y esencialmente. A veces con las palabras usuales, así transformadas y entremezcladas con las del *caló* puro, compone locuciones pintorescas.»

Estos caracteres son, con efecto, distintivos del *argot* ó *caló* propio de la *hampa*, y dentro de ella, muy en particular del de aquellos que habitualmente y como su principal, ya que no exclusivo, *modus vivendi* realizan los hechos llamados delitos, sobre todo los que se dirigen contra la propiedad. Puede decirse que esta clase de *jerga* es patrimonio de los *profesionales del crimen*, los cuales exteriorizan en ella las morbosidades de su espíritu.

Corroborando las anteriores ideas, ha dicho César Lombroso que «uno de los caracteres particulares del malhechor reincidente y asociado, como lo está siempre en las grandes ciudades ó centros de población, lo es el uso de un lenguaje propio, en el que, mientras las asonancias generales se conservan intactas, lo mismo que el tipo gramatical y sintáxico del idioma, se cambia por completo el *lexical*». Nosotros decíamos (*La criminalidad en Barcelona*), ocupándonos del *caló* catalán, que éste «tiene algunas locuciones tomadas del *caló* general de nuestro país, voces importadas, algo del idioma regional y no poco que denuncia su origen castellano; pero que en la esencia, en la estructura, en la combinación de vocablos, en las imágenes representativas de determinados objetos y hechos, es casi indígena», y añadíamos que «con tan singular lenguaje acontece en mucha parte lo que con los idiomas primitivos, pues está matizado de imágenes, de metáforas, de figuras retóricas, es un todo que se forma por agregación, dibujándose en él de un modo muy perceptible sus diversos elementos constituyentes».

Casi lo mismo puede decirse del *caló* castellano. Aun cuando en su prosodia y en su sintaxis tuvo algo de característico, de especial, en su conjunto sigue á nuestro idioma, pero á muchas de sus palabras, por más que sean las usuales, se les da sentido distinto, como, por ejemplo, alpargatas, que en el *caló* catalán son *barcas* ó *ligeras* y en el castellano *andarinas*, como dar cita para la perpetración de un robo, que en éste es *dar el santo*, como un año de presidio, que es *breva*, y en el catalán *castaña*. En otras palabras son las letras las que se cambian, y así boca es *coba*, forastero es *forasta*, plato es *tlapo*. En algunas se hace eliminación de sílabas, en especial las finales, como en camarero, que se dice *camara*, y escaparate, *escapara*. En varias se adicionan letras y hasta sílabas, y de ese modo en el catalán cuerda es *cordincha*, cuadro es *cuadrinche* y corbata es *corbatincha*. Y, por último, bastantes son objeto de transposiciones y transformaciones metafóricas, ó se emplean en sentido figurado.

Ya hemos dicho, y permítasenos que en ello insistamos, que el *caló* ha respondido al general movimiento evolutivo de los

idiomas. Con efecto, á la par de éstos, de la vida y de las condiciones sociales, se ha modificado, dejando unas voces y giros, cambiando algo de su estructura, y haciendo uso de locuciones y metáforas distintas. Esto puede comprobarse sin más que comparar el *caló* de nuestros días con lo poco que conocemos del de los tiempos de Rojas, Zavaleta, Hurtado de Mendoza, Cervantes, Quevedo, Mesonero Romanos, etc. Para ello sirven en alto grado las novelas y romances del género *picaresco*, siendo de citar, por las indicaciones que hacen de la jerga *truhanesca* ó de la gente *maleante* de las respectivas épocas, las *Aventuras del bachiller Trapaza*, de Solorzano; *El donado hablador*, de Jerónimo de Alcalá; *La Celestina*, de Rojas; las *Falacias y engaños de la corte*, de Luis Ignacio Querol; *La casa de juego*, de Francisco Navarrete; *El buscón*, *Los sueños*, *La hora de todos*, etc., etc., de Francisco de Quevedo; el *Rinconete y Cortadillo*, de Miguel Cervantes; *El Lazarillo de Tormes*, de Hurtado de Mendoza; el *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Aleman, etc., etc.; y casi tocando con nosotros la inmortal obra *Los españoles pintados por sí mismos*, varios de los siempre interesantes escritos del desventurado Fígaro y *Las escenas matritenses*, de Mesonero Romanos.

En todas esas inapreciables obras literarias se hacen, como acabamos de decir, indicaciones más ó menos amplias, pero siempre exactas, por ser la fiel expresión de la realidad, respecto á la vida, costumbres, hechos y lenguaje de los *hampones*, vagos, vagabundos, tahures, timadores, ladrones, bandoleros, etc., que formaban, y siguen formando, las huestes de los malhechores, ó que si todavía no pertenecen á ellas, son de considerar como provisionalmente acampados en las fronteras de la delincuencia. Por eso, y muy principalmente, nos son utilísimas para conocer no pocas de las interioridades de la vida criminal en los distintos periodos históricos, y bastante de su *jerga*, la cual por sí sola basta para poner muy de manifiesto las hediondecas de la mala vida y las tenebrosas regiones de las almas malvadas.

Sólo incidentalmente hemos hecho estas indicaciones referentes al *caló* por comprender la importancia de su estudio

para el antropólogo y el sociólogo criminologistas. No es menos interesante á los funcionarios que tienen á su cargo la vigilancia y la defensa de la seguridad de las personas y las propiedades, y á los jueces instructores y fiscales. Dicho estudio y conocimiento, aparte de otras incuestionables ventajas, ofrece, atendiendo á la persistencia y difusión de tal lenguaje, las de patentizar el acrecentamiento de la criminalidad *habitual y profesional*, propia de los delincuentes *natos, instintivos* y por *hábito adquirido*, criminalidad la más perniciosa y funesta y que deja muy por bajo á la *ocasional* y á la *pasional*, patentizando también la *semi-hermandad* de todos esos individuos, degenerados en su mayor parte, que no pudiendo adaptarse al ambiente social, ni vivir aislados, y conviniéndoles para la lucha antijurídica que tienen empeñada, se reúnen y agrupan, mantienen entre sí relaciones de cierta índole, pero más estrechas entre los que pertenecen á la misma clase, y con frecuencia se prestan mutuos auxilios. Con sólo fijarse en la extensión y arraigo que el uso del *caló* especial de los malhechores tenga en cualquiera población ó comarca, y en las palabras y frases que más abundan, puede conocerse si la delincuencia profesional es reducida ó extensa, y qué clase de delitos y de delincuentes predominan, así como los caracteres particulares de estos últimos, conocimiento que conceptuamos, si no necesario, al menos muy conveniente para encaminar por la verdadera vía, por la que puede conducir á resultados beneficiosos y seguros las medidas defensivas del orden social.

Los ladrones, desde el *randa* principalmente, hasta el temible *atracador*, hasta el osado y más temible *dronista*, y hasta el *salteador de caminos*, que ocupa la cúspide del siniestro edificio, son, juntos con los *timadores*, los más fervientes cultivadores del *caló*, los que más elementos le han aportado, cual lo hacen ver las numerosas palabras del mismo que se relacionan ó refieren á los hurtos, robos, etc. Fijándose en esas palabras puede formarse idea de sus hábitos, procedimientos, instintos y pasiones, así como también puede inferirse, del mayor o menor empleo que de unas ú otras haga una persona sospechosa, si es ó no malhechor profesional, y

la índole de los hechos delictuosos que más comúnmente ejecuta. El *caló* traduce, exterioriza el alma del criminal; sus más íntimos sentimientos, sus más arraigadas ideas, sus más voraces apetitos, sus morbosidades psíquicas, todo cuanto encierra, se desliza por sus labios, y lo verifica empleando las expresiones más gráficas, más típicas, por decirlo así, más adaptadas al medio en que vive, de su especial lenguaje, aun sin darse cuenta de ello, pues la imitación, el hábito y el ejemplo le hacen emplearlas inconscientemente.

Las cárceles y los presidios, tales como desgraciadamente subsisten, son los centros de irradiación de vicios repulsivos y de toda clase de maldades, son las escuelas del crimen, sobrepujando á la mancebía, á la taberna, al tugurio y al arroyo, y como tales escuelas, aleccionan en el *caló* á los que todavía no lo poseen, y como focos perniciosos le difunden después de enriquecerle con nuevos vocablos. El empleo de semejante clase de *jerga* supone cuando menos que se ha respirado un ambiente inficionado de miasmas deletéreos, que se ha vivido en un medio criminal, que se ha estado en contacto íntimo con delincuentes inveterados. Transpira también no poco de lo que constituye la psiquis del malhechor, de su carácter moral.

III

Los delitos que con mayor persistencia, ya que no exclusivamente, ejecutan, y la clase de procedimientos que para su comisión emplean, revelan también los caracteres fisio-psíquicos del criminal en general, y, como era consiguiente, los del ladrón. La índole y la perversión moral del *salteador de caminos* ó *bandolero*, del *dronista*, del *atracador*, que para realizar sus hechos ponen en ejercicio medios similares, se identifican entre sí, y en cambio se diferencian casi esencialmente del *descuidero*, del *tomador*, del *carterista*, de la *mechera*, etc., etc. Haciendo uso los unos de la violencia en las personas y la fuerza en las cosas conjuntamente, y afrontando los peligros inherentes á la defensa que puedan hacer los acometidos, pre-

cisan de energías físicas y psicológicas, y de ciertas cualidades que no se requieren en los otros, y en cambio huelgan en ellos la habilidad y la astucia, indispensables al *tomador*. Por eso los antropólogos generalmente asignan á éste una voluntad débil y un no menos débil organismo, pero también, como contrapuestas á tales deficiencias, una inteligencia y una malicia superiores á las del *forajido* en todas sus distintas especies. Entendemos ser suficiente saber que un malhechor obra como *bandolero*, *atracador*, etc., para poder indicar, sin temor de equivocarse, sus caracteres y afirmar su ineptitud, ó cuando menos su poca capacidad para los robos que constituyen la especialidad del *espadista*, del *tomador del dos*, del *ratonero*, etc.

Por eso son rarísimos los *forajidos* al mismo tiempo *tomadores*, y acaso más aún los *tomadores* que, puñal ó pistola en mano, atraquen á los transeuntes. El mismo *ladrón con escaló*, que necesita de cierta audacia, y el topista, que emplea la palanqueta, aun cuando uno y otro suelen ir armados, si al introducirse en los pisos se aperciben de que no se han ausentado de ellos los habitantes, huyen con precipitación, prefiriendo el ver malograda su empresa á tener que empeñar una lucha. Fundados en ello y en no pocas observaciones, creemos que los procedimientos criminales contribuyen al conocimiento de los caracteres psicológicos, acaso más que los físicos, de los verdaderos malhechores.

CAPITULO IV

El *golfo* y el *randa* y su precocidad en el vicio y en la delincuencia.

I

El que podremos llamar ladrón de las ciudades, que hace de las raterías un hábito y por el influjo de éste se convierte en ladrón *profesional*, debe, tanto ó más que á causas congénitas degenerativas, su génesis y desarrollo á las influencias sociales, y muy en especial al abandono en su infancia. Por

tal motivo, cuando se investiga desde sus comienzos la vida de la generalidad de los ladrones *profesionales*, de los reincidentes, de los constantes parroquianos de las cárceles y presidios, se llega al niño criado en el arroyo, y al *golfo*, en un principio, casi especialidad madrileña, pero que, aun cuando recibiendo nombres distintos, se conoce y se propaga no solamente en las grandes ciudades, sino hasta en los pueblos pequeños.

Como *golfos* comienzan la generalidad de los *randas* y de los *malhechores profesionales*, y casi todos deben su lamentable y dañosa manera de vivir al punible abandono en que se les tuvo y al ambiente que se les dejó respirar en esa primera edad, cuyas impresiones no se borran, ejerciendo poderosísimo influjo sobre las ideas, sobre los sentimientos y sobre la conducta toda del individuo, siendo una verdad vulgarizada, pero verdad incuestionable, la de que rarísima vez se endereza el árbol que al comenzar su crecimiento se tuerce.

No nos atrevemos á decir con el ilustrado antropólogo Lino Ferrari que el niño «es perezoso, ladino, cruel, embustero, pretencioso, vanidoso y propenso á las raterías», ni con Douglas Morison que, «lejos de ser inocente é inofensivo, es en sus cualidades é instintos un salvaje». Más que á estas ideas, altamente pesimistas, nos inclinamos á las de los célebres teóricos del anarquismo Sebastián Faure y Carlos Malato, según los cuales, en el alma del niño se encuentran en embrión las nociones del bien y del mal, los instintos y sentimientos buenos y los perversos, y atribuyen á la acción social, al medio ambiente, á la educación, etc., el que los unos preponderen sobre los otros y hasta que los sofoquen.

Hay, pues, bastante de cierto en lo que, coincidiendo con muchos sociólogos, escribió Kropotkine en sus *Palabras de un rebelde* refiriéndose al influjo de la educación social sobre los niños: «Hace que toda naturaleza independiente, poética ó altiva tome odio á la escuela, se encierre en sí misma y vaya, lejos de la verdad y del bien, á procurarse una satisfacción á sus pasiones. Unos buscan en la novela la poesía que les ha faltado en la vida, y se atiborran de esa literatura inmunda fabricada por la burguesía á quince céntimos entrega, y á

poca predisposición que tengan por el extravío, acaban, como el joven Lemaitre, por abrir el vientre ó cortar el cuello á otros niños con el propósito deliberado de hacerse asesinos célebres. Los otros se dan á una vida execrable, y sólo los niños del justo medio, los que no tienen pasiones, ni entusiasmos ni sentimiento de independencia llegan sin accidentes al fin apetecido».

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará).

TRISTE AMOR

Es un campo muy grande, inmenso; tiene tintes verdes en trozos sembrados de maíz, tonos de oro antiguo en bancales que fueron mies y son rastrojo y lo que no es ni verde ni amarillo, es tierra labrada, á veces de color de ocre y á veces de color de sangre.

Brillan á lo lejos, en una acequia, los cristales del agua que pasan riendo y murmurando alegrías porque espejan el sol.

Está partido en dos el campo por una carretera cubierta de polvo gris que parece ceniza y orlada de plátanos viejos cuyas ramas gimen cuando pasa el viento. El camino parece ser muy largo: á las veces se esconde detrás de un montecillo después de serpear su cuesta, pero más lejos, en un monte más alto, vuelve á blanquear para volver á esconderse; por él marcha un mozuelo de aspecto medio trovador, medio juglar, y mientras marcha, canta.

Son sus mejillas encendidas como la ira del sol cuando se mueve; son sus cabellos rubios como la mies tostada por el sol; tienen sus ojos brillantez de acero, tiene su andar el ritmo de una poesía y tiene la canción que canta, la alegría de un vivir y la tristeza de un amor.

Por la misma carretera, pero en sentido opuesto, viene un anciano de aspecto miserable; cubre sus carnes con andrajos que, al parecer, fueron atavíos de rey ó gran señor, pues aún ostentan, entre zurcidos y remiendos, hebras de oro enmohecidas, trozos de recias sedas que ya no crujen, huecos que fueron nidos de granates ó amatistas; vestigios, en fin, de muy pasada opulencia. Tiene el anciano barba gris, luenga, desigual y desgredada que parece nacerle de los huesos, pues su cara es enjuta; sus ojos debieron ser hermosos como sus

piernas derechas, pero de aquéllos y de éstas no quedan más que unos párpados que casi se cierran y unos huesos encorvados que han menester un báculo en la diestra del viejo para ayudarles á sostener el cuerpo.

Viejo y juglar siguen su camino y pronto han de encontrarse. Allí, en aquella piedra musgosa, se ha sentado el anciano y el joven ya va cerca; ya llega y se detiene.

—Dios os guarde, señor. ¿Queréis decirme si es éste el camino del Tiempo y si siguiendo mi marcha podré encontrar el sitio donde mora la reina Primavera?

El anciano suspira, vuelve la tonsurada cabeza para mirar la parte de carretera que pasó y

—Sí, mozo—responde;—éste es el camino del Tiempo y en él has de encontrar el palacio de la reina Primavera. ¿Qué es lo que allí buscas? Parecióme tu canción canción de amor, y de amor son historias de que gustan los viejos cuando labios jóvenes las narran. ¿Quieres decirme tu nombre y quieres contarme la historia de tu amor?

—Mi nombre es Florisel, llámanme Estío las gentes, y por tal me conocen. Mi amor no tiene historia: amo el cantar de los pájaros, amo el reír de los niños y el perfume de las flores y el azul del cielo y el verde de las hojas, y más que nada amo á la que dispone que canten los pájaros; que rían los niños, que se abran las flores, que el cielo se tiña de azul y que los árboles se vistan de alegría.

El viejo sonrío mirando el regatón de su báculo, que describe figuras en la arena. Después dice:

—Yo he visto á tu amada no hace mucho tiempo, y puedo asegurarte que es bella como un anochecer en su reino; vé, vé aprisa, que amor es algo que pasa pronto y que para pasar no espera.

Florisel ayuda al viejo á levantarse; pasa éste las manos huesosas por la nieve de su barba, y en silencio se aleja.

Mírale el mozo marchar, y cuando al final de la cuesta casi se pierde de vista, reanuda su camino y su canción.

El paisaje se extiende ante sus ojos con color de vida, y él sigue la senda, la senda que parece interminable á su corazón de amador...

Allá á lo lejos, en un montecillo de tonos pardos con heridas de ocre, hay un palacio que ha de ser el de la reina de las flores, pues perfume de ellas llega al camino incensando el aire, y cantar de ruiseñores se escucha desde lejos.

Florisel precipita su paso, sube la leve cuesta y llega al pórtico; cruza el zaguán, entra en el parque, y según avanza por una senda enarenada, va arrancando nerviosamente hojas de los altos evónimos que crecen á los lados

Termina la senda en una plazoleta redonda, en cuyo centro hay una fuente que llora sus lágrimas de cristal, lágrimas que se rompen en la taza y van á besar los pétalos de las cercanas flores, que, al sentir el beso frío, se estremecen.

Cabe la fuente, en un tronco que yace en el suelo, más bien que sentada tendida, está la reina Primavera. El cabello negro, largo y sedño cae en desorden acariciando sus hombros; las manos cubren el rostro y el pecho se agita en convulsiones de llanto. Primavera está enferma, Primavera se muere.

Florisel se acerca, pronuncia con timidez su nombre, y ella, al oirlo, intenta levantarse. Fija sus ojos azules en los del mozo, quiere llegar á él, pero cae sin sentido.

—Reina de las flores, reina Primavera, si supieses qué largo fué el camino que tuve que seguir hasta encontrarte; si supieras cuánta fué la nieve que con mis plantas deshice hasta llegar aquí, abrirías tus ojos para verme, y en vez de lágrimas que de ellos brotan, besos brotarían de tus labios para recibirme.

—¡Florisel! ¡Florisel!

Primavera quiere sonreír á su amado, y la sonrisa se muere en los labios antes de nacer; quiere abrir los ojos para verle, y sus párpados, apenas se separan, vuelven á juntarse; quiere consolar á su amante con frases de cariño, y las palabras se apagan en su garganta sin que pueda decirlas; quiere acariciar su rostro, pero los brazos se niegan á moverse.

Florisel la levanta, apoya la cabeza de la enferma en uno de sus hombros, y al ver la palidez del rostro, la llama con cariño; pero la lengua, muerta, no puede contestar. Los ojos del joven rebosan lágrimas, y entre sollozo y sollozo pronuncia el nombre de su amada.

La luna, grande, como un disco de plata, sube pausadamente camino del cielo y se empequeñece al avanzar; una brisa fresca pasa por los rosales deshaciendo las flores, cuyos pétalos—lágrimas fragantes—se enredan en las crenchas de la muerta ó caen en la fuente, haciendo ondular sus aguas.

Allá, muy lejos, por el extremo de una senda cubierta de hojas secas que crujen bajo sus pies, camina el viejo Otoño, y al escuchar el plañir del mozo murmura, mientras avanza hacia la fuente:

—¡Qué locura de mozo! ¡Pobre Estío! ¡Pues no fué á enamorarse de la reina Primavera!...

MIGUEL A. RÓDENAS.

POLITICA INTERIOR Y EXTERIOR

I

El Ministerio se sostiene bien—á pesar de la política de bastidores—y no puede menos de sentirse apoyado por la opinión general y sensata, que no quiere Cortes más que para lo absolutamente preciso: para aprobar los presupuestos del laboriosísimo García Alix y algunas leyes, muy estudiadas ó pensadas: nada de farsas, discursos, detalles y entretenimientos. El país quiere labor seria, y en ese terreno, tiene—unido á su plan económico—el Gobierno mayoría absoluta, aunque no la tenga en las Cortes. Así es que los mensajes de liberales, demócratas y republicanos se pierden en el vacío, á nadie interesan y son sólo restos lamentables de épocas y gustos pasados.

Con que el Gobierno active un poco su labor eficaz y no se detenga—como ahora lo ha hecho—en el camino emprendido, están contestados aquellos mensajes.

* * *

Esto no quiere decir que no se abran las Cortes, sino que se abran en tiempo oportuno y sólo para cuestiones nacionales ó de exigencia constitucional.

* * *

Tres cuestiones, á las que se ha querido dar aspecto social—aunque no le tienen,—han ocupado la atención general durante todo el mes vencido: el hundimiento del tercer depósito de aguas de Madrid, la modificación de la ley del descanso dominical y la huelga de panaderos de la corte.

Del primero nada diré yo, que era cosa prevista y que está además *subjudice*, sólo que no conviene desquiciar los asuntos y que, si bien es muy sensible, diariamente ocurren en provincias hechos análogos y aún más graves y no se les da tanta importancia.

Del segundo, que ha sido una buena obra la amplitud que se da á la ley del descanso dominical; era como todas las españolas—y de ahí el que ninguna se cumpla bien—restrictiva en extremo y casuística en demasía. Esta indicada la idea y es oportuno, como se ha hecho, aflojar los lazos para que la costumbre y la necesidad hagan lo que la ley nunca haría. El socialismo se mueve con acuerdos mutuos y no con preceptos legales.

Por fin, de la huelga de panaderos nada hay que decir, porque ellos mismos lo han dicho todo: ¡han sido engañados! Cómo, por quién y para qué, no hay que decirlo.

Las autoridades madrileñas han estado muy oportunas y previsoras y esto ha contribuído al fracaso de la huelga.

*
* *

Los viajes del Rey por España continúan en la misma forma que los antes efectuados; ya no hay más remedio que acabarlos así, aunque de este modo carezcan de efecto útil y nada se deduzca de ellos, ni aprenda en ellos, y después de los anunciados al extranjero, bueno sería que recorriese España en otra forma más vulgar, sin séquito, banderas ni banquetes y enterándose, como primer ciudadano, de lo que es el país en el que gobierna, de su carácter, necesidades y esperanzas y amargores.

II

Del extranjero lo más importante es lo que ya puede llamarse alianza anglo-francesa, que si bien parecía indicarse hace tiempo, ha sido sin duda precipitada por otra ligereza mas del Kaiser alemán. La intrusión de éste en Marruecos, las

amenazas veladas y no veladas, la tirantez con Inglaterra, sus paseos por el Mediterráneo, en el que, ocultando su grave dolencia, se entretiene en hacer política, ha adelantado un hecho que creemos es de conveniencia general, pues uniendo á dos naciones poderosas y que se complementan en intereses y caracteres, parece lógico esperar que sea una garantía de paz y aún que facilite la terminación de la guerra en el Extremo Oriente. Así es que en este hecho puede decirse que se ha reunido y cristalizado toda la política exterior del mes. Bueno sería que España á quien conviene la amistad de ambas, aprovechase la ocasión para cerrar ese ciclo y completar otra *triplice*, cuyo valor á nadie se oculta.

* * *

Fuera de esto, sigue en pie la situación interior de Rusia, que no acaba de resolverse en ningún sentido; pero en donde sólo el sostenerse latente el movimiento revolucionario es de una gravedad inmensa, y deja prever el resultado más ó menos próximo en favor de éste, y la lucha con el Japón que, á pesar de todo, no termina.

En mi última crónica, cuando todos daban á Rusia como definitivamente derrotada, después de la batalla de Muckden, decía que esto no era posible, pues aún le quedan muchos hombres y mucho dinero, y á pesar de las dificultades de su estado interior, está en mejor situación que el Japón que, victorioso y todo, está agotando sus hombres y su dinero, y ha perdido su industria y su comercio.

Un mes entero de detención de los japoneses en la Manchuria sin poder aprovechar aquella victoria y un mes entero de mar libre para poder reunirse las escuadras rusas y estar en condiciones de hacer frente á la nipona con los elementos compensados en forma que hagan dudoso el resultado, son pruebas bastantes de que la partida está aún sin terminar, y que no se puede prever el resultado final, ni dejarse llevar por impresionistas que no saben que en una campaña hay que tener en cuenta no sólo efectos militares, sino estados sociales, financieros, políticos, caracteres de raza y muchos facto-

res más. Aun al gran Napoleón no le bastó llegar arrasando todo hasta Moscú para no ser aniquilado luego.

De todos modos, si la alianza franco-inglesa supiese hacer esta paz, sería una buena obra humanitaria y un excelente comienzo de su labor.

ABDESLAN-BEN-URIZ EL ICHUDEF.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Los tres mártires húngaros (*canónigo Marcos Esteban Crisino y los Padres jesuitas Esteban Póngracz y Melchor Gródecz*).—Su precio, 0,15 céntimos.

Con mucho gusto hemos leído el librito *Los tres mártires húngaros* y lo recomendamos á nuestros suscriptores. Los profesores de primera enseñanza harían una buena obra si lo pusieran de texto en las escuelas.

* * *

Queralt, hombre de mundo, novela por FERNANDO DE ANTÓN DEL OLMET.—Su precio, 5 pesetas.—Madrid, 1905.

Acaba de ponerse á la venta la mencionada novela, y su argumento se refiere á la actual aristocracia española. Aunque, á juicio nuestro, peca de exageraciones y de crudeza en el estudio de esa clase social, la obra debe leerse porque la adornan bellezas de primer orden. Algunos retratos se hallan primorosamente hechos, en particular los de Queralt, Mara y Loló. Parécenos que el Sr. Antón del Olmet trata con demasiada rapidez algunos puntos, que no se detiene lo que debiera en los variados problemas sociales que entraña la obra y que abusa de sus conocimientos de la lengua francesa citando con demasiada frecuencia palabras en este idioma. Al lado de estos pequeños lunares, encontramos en el libro hermosos pensamientos, profundas ideas y admirable juicio crítico. Joven aún, conoce como un viejo el corazón humano; novel novelista, se ha colocado de un salto al lado de los mejores. Los capítulos *La bendición de una capilla* y *La moral de la derrota* son cuadros recargados de colores fuertes, pero dignos del pincel de laureados maestros.

* * *

La casa de Cervantes en Valladolid, por D. FIDEL PÉREZ MINGUEZ.—*Su precio, 1,50 pesetas.—Madrid, 1905.*

Todo lo que se ha escrito sobre la estancia de Cervantes en Valladolid y sobre las obras que escribió el Príncipe de los Ingenios en la ciudad del Pisuerga, se halla extractado admirablemente en el libro del Sr. Pérez Mínguez. ¿Escribió Cervantes el *Quijote* en Valladolid? Casi tentados estamos á creerlo después de leer el libro *La casa de Cervantes*. Felicitamos muy de veras al señor Pérez Mínguez por su curiosísimo trabajo.

* * *

Jorge Washington y los Estados Unidos.—*Tesis escrita para los ejercicios del grado de doctor en Filosofía y Letras, por D. FERNANDO CADALSO Y MANZANO.*

El Sr. Cadalso es uno de los jóvenes más laboriosos que han salido de nuestras universidades. Si para probarlo no fuese bastante los libros que sobre diferentes asuntos y materias ha publicado, bastaría su largo discurso *Jorge Washington y los Estados Unidos*. Reciba, que bien lo merece, nuestra cordial enhorabuena.

* * *

Reformas que convendría introducir en la formación de los presupuestos del Estado y en su discusión y aprobación por las Cortes, por D. DIEGO PAZOS Y GARCÍA, *registrador de la propiedad de Navalcarnero.*

Esta obra, premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en el concurso ordinario de 1903, consta de un volumen de 500 páginas en 4.º y se vende en las oficinas de dicha corporación, plaza de la Villa, núm. 2, al precio de coste, 3,25 pesetas ejemplar.

* * *

Memoria relativa á los ensayos realizados en el cultivo del algodón durante el año 1904, por D. EDUARDO NORIEGA, *ingeniero agrónomo y Director de la Granja Instituto de Agricultura de Jerez de la Frontera.*

El Sr. Noriega ha publicado una Memoria de mucha utilidad y que merece ser estudiada detenidamente por los agricultores andaluces. Los trabajos prácticos que sobre la materia ha reali-

zado el distinguido ingeniero prueban, no sólo la laboriosidad de éste, sino el interés que le inspira el mejoramiento y progreso de la agricultura de Jerez de la Frontera.



La hija del usurero, por D. ESTANISLAO MAESTRE.—*Su precio, 2 pesetas.—Biblioteca Patria.—Madrid, 1905.*

Muy bonita, muy bien escrita es la novela premiada por la Biblioteca *Patria*. Los retratos de los personajes son dignos de Blasco Ibáñez, que para nosotros es el primero de nuestros novelistas, y algunas escenas de la obra no desmerecen á las de *La barraca*. A todo esto hay que añadir que *La hija del usurero* es una lección de moral que los jóvenes deben leer y aun aprender.



La cadena, por D. M. AMOR MEILÁN.—*Su precio, 2 pesetas.—Biblioteca Patria.—Madrid, 1905.*

Un anarquista empedernido, Félix Matallana, vuelve al buen camino por el amor que le inspira Justina, una mujer que, si pecó, hubo de lavar con sus lágrimas, como Magdalena arrepentida, el pecado, regenerándose ella y regenerando al hombre que adoraba. Como el *Epistolario*, de Federico Santander, y *La hija del usurero*, de Estanislao Maestre—y no incluimos entre estas novelitas *Almas de acero*, de José Rogerio Sánchez, por las razones que después veremos,—propónese el Sr. Meilán combatir á los nuevos apóstoles de la sociedad, á los libertarios. La novelita está muy bien hecha, y si Paz, el amigo de Matallana, no fuera en sus discursos tan insistente y pesado, sería, en nuestro entender, la mejor de las obritas de la Biblioteca Patria.



Almas de acero, por JOSÉ ROGERIO SÁNCHEZ.—*Su precio, 2 pesetas.—Biblioteca Patria.—Madrid, 1905.*

Obtuvo el premio, seguramente con justicia, la novelita *Almas de acero*; pero si nosotros, á pesar de nuestro desconocimiento en asuntos tales, hubiésemos formado parte del Jurado, habríamos dicho al autor: El asunto nos agrada, el retrato del tío José es de

mano maestra; pero quite usted, ó por lo menos corrija mucho, la escena entre Dijón y Rosita, porque carece de verdad y no está conforme con la idea que se ha propuesto la Biblioteca Patria. Y conste que somos amigos cariñosos del Sr. Sánchez.

PEDRO ANSÚREZ.

* *

¡Golfines! *novela sociológica original de UBALDO ROMERO QUIÑONES.*
—Precio, 2 pesetas, 1905.

Por lo menos, plausible intención hay que reconocer en el incansable escritor, que ha aumentado la ya larga serie de sus novelas y trabajos sociológicos con la obra arriba indicada. En ella fustiga hipócritas convencionalismos y vicios repugnantes de nuestra sociedad y hace entrever la posibilidad de un nuevo estado social más puro y humanitario que el actual.

El nombre del Sr. Romero Quiñones y su reputación en materias sociológicas, adquirido por un estudio profundo, nos autorizan á recomendar á nuestros lectores la mencionada obra.

M. R.

* *

Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. *Concurso extraordinario para premiar un discurso sobre el tema «Estado social que refleja el Quijote».*

En este certamen se observarán las reglas siguientes:

1.^a El autor del discurso que resulte premiado obtendrá 500 pesetas en metálico, una medalla de plata, un diploma y doscientos ejemplares de la edición académica, que será costeadada por la corporación y propiedad de la misma.

2.^a Adjudique ó no el premio, podrá declarar *accésit* al discurso ó discursos que considere dignos, concediendo en este caso un diploma, la impresión del discurso por cuenta de la Academia y la entrega de 200 ejemplares al autor.

La corporación se reserva el derecho de imprimir los trabajos á que adjudique premio ó *accésit*, aunque sus autores no se presenten ó los renuncien.

3.^a Los discursos han de ser inéditos y presentarse escritos

en español con letra clara y señalados con un lema y el tema; se dirigirán al secretario de la Academia, debiendo quedar en su poder antes de las doce del día 7 de Mayo del año actual. Su extensión no podrá exceder de la que la índole del trabajo determina.

Cada autor remitirá con su discurso un pliego cerrado, señalado en la cubierta con el lema de aquél y que dentro contenga su firma y la expresión de su residencia.

4.^a Los autores de los discursos recompensados con premio ó accésit conservarán la propiedad literaria de ellos.

No se devolverá en ningún caso el ejemplar de los que se presenten al concurso.

5.^a Concedido el premio ó accésit, se abrirá en sesión ordinaria el pliego cerrado correspondiente al discurso en cuyo favor recaiga la declaración; los demás pliegos se inutilizarán en Junta pública. En igual acto tendrá lugar la solemne adjudicación de aquellas distinciones.

6.^a A los autores que no llenen las condiciones expresadas, que en el pliego cerrado omitan su nombre ó pongan otro distinto no se les otorgará premio. Tampoco se dará á los que quebranten el anónimo.

7.^a Los académicos de número de esta corporación no pueden tomar parte en el concurso.

Madrid 14 de Marzo de 1905.—Por acuerdo de la Academia, *Eduardo Sanz y Escartín*, académico secretario.



Teatro de ensueño, por G. MARTÍNEZ SIERRA, prólogo de Rubén Darío, ilustraciones líricas de Juan R. Jiménez.—Un tomo, 4 pesetas, 1905.

Llega á mi poder este libro en el momento en que tengo empezado un estudio sobre su autor. Como dicho trabajo ha de publicarse en esta revista, los lectores tendrán por él noticia extensa de la última obra del autor de *La humilde verdad*.

M. A. R.



Otras publicaciones.

Homenaje al Ilmo. Sr. D. Antolín López Peláez, Obispo de Jaca.—Trabajos de la velada en el Seminario de San José el día de la consagración.—Burgos, 1905.—En 4.º, 95 páginas, con un retrato del nuevo Prelado.

Bien conocido es de nuestros lectores el insigne Obispo de Jaca, porque con frecuencia han avalorado sus notables escritos las páginas de esta REVISTA. En el interesante folleto que nos ocupa, D. Bonifacio Díez Montero expone algunos *Notas biográficas* del señor López Peláez; D. Alejandro Martínez Luján lo estudia como orador, D. Guillermo Núñez Meriel lo considera como periodista y apologista; D. Jesús Cortón y Gayoso, como historiador; D. Luciano Huidobro, como arqueólogo; D. Julián Carabantes, como crítico y bibliógrafo y, por último, D. Valentín Dorao, como jurista. El Sr. Fernández Feijoó hace una discreta reseña de la velada.

Harto merecido tiene tal *homenaje* un varón de las excelsas virtudes, claro talento y asombrosa actividad del Sr. Obispo de la diócesis de Jaca.

El Padre intelectual de próceres de la independencia argentina, por Manuel Castro López.—Buenos Aires, 1905.—En 8.º, 78 páginas con un facsímile de firma y rúbrica y un grabado.

Con decir que ésta es la tercera edición que en poco tiempo sale á luz de esta producción de nuestro doctísimo compatriota, se comprende el éxito extraordinario que ha tenido. Castro López es una lumbrera española que enaltece á nuestro país en la República Argentina.

La Cruz Roja en la paz y en la guerra.—Conferencia pronunciada en el Centro del Ejército y de la Armada, en la noche del martes 24 de Enero de 1905, por D. Fernando Calatraveño.—Madrid, 1905.—En 4.º, 64 páginas con multitud de grabados.

El sabio Dr. Calatraveño, que á más de profundo hombre de ciencia es orador elocuentísimo, pone de realce la gran importancia de la benemérita Asociación, narrando con singular maestría los valiosos servicios que ha prestado ésta en todos los países del mundo.

Luz y agua.—Serie de artículos publicados en el *Diario de Ibiza*, por Bartolomé de Roselló.—Ibiza, 1905.—En 4.º, 27 páginas.

El Sr. Roselló, que es literato distinguido y preside con singu-

lar acierto el Municipio de la ciudad de Ibiza, isla tan bella como española, se afana por el mejoramiento de aquélla y expone un razonado plan para conseguir llevar á la práctica en plazo breve dos proyectos, el del agua y el del alumbrado. Si, como esperamos, las personas respetables de la citada población acogen con el entusiasmo que merece el trabajo concienzudo de su digno alcalde y si lo apadrina D. Pedro Tur, digno representante en Cortes de la isla, pronto será fecunda realidad lo que hoy es halagador proyecto.

*
* *

El algodón. *Su cultivo, producción y comercio.*

Vigente la ley de 19 de Julio de 1904, por la cual se estimula el cultivo del algodón, quedando exentos durante los tres primeros años del pago de contribución los inmuebles que se dediquen á la siembra y cultivo de esta planta, á más de los importantísimos premios de 50.000 y 250.000 pesetas que se concederán á los agricultores que acrediten con muestras la mejor calidad del producto obtenido, ha impulsado á los editores Bailly-Bailliére é Hijos á facilitar á los agricultores, no solamente el medio de participar de los beneficios de esta ley, sino el de procurarles un guía seguro y práctico para el cultivo y explotación de esta planta, editando una obrita de 160 páginas titulada *El algodón*, escrita por el doctor M. Rodríguez Navas, en la que, después de poner de manifiesto la conveniencia é importancia del cultivo en España del algodón, hace la descripción y clasificación de la planta algodонера y de sus fibras; da á conocer la composición química del algodón, la elección de terreno, las condiciones meteorológicas favorables á esta planta y las labores y operaciones necesarias para su mejor cultivo. A continuación se ocupa de cuanto se relaciona con la recolección; hace atinadas observaciones sobre la conveniencia de alternar el cultivo del algodón con otras plantas; analiza los accidentes, enfermedades y parásitos que atacan al algodón, terminando con un estudio de su producción y comercio y con la exposición de las disposiciones vigentes relativas al mismo.

Precio de esta obra: 1,50 pesetas en rústica y 2 encuadernada en tela, en todas las librerías y en la de sus editores, plaza de Santa Ana, 10, Madrid.—E.

Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º, bajo.

